Volver a Verte

by GusyManzanosa

Category: Brave, 2012, How to Train Your Dragon
Genre: Adventure, Romance
Language: Spanish
Characters: Hiccup, Merida, Toothless
Status: In-Progress
Published: 2014-08-10 17:50:13
Updated: 2015-02-14 04:42:30
Packaged: 2016-04-26 19:29:11
Rating: T
Chapters: 9
Words: 26,617
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Los antiguos amigos Hipo y MÃ©rida se ven separados por un desafortunado acontecimiento que les presenta el destino. Luego de muchos aÃ±os, Ã©stos encuentran la manera accidental de reencontrarse. Â¿SeguirÃ¡ existiendo ese fuerte lazo que los unÃ-a de pequeÃ±os? Â¿PodrÃ¡n hacerle frente al pasado para tener un futuro juntos? QuizÃ¡ el destino diga que son el uno para el otro.

1. PrÃ³logo

**Todos los personajes son propiedad de Disney y Dreamworks **

Fav si te gusta la historia :3 Â¡Me ayuda a saber si os agrada y de Ã©sta manera seguir adelante!

**Desde ya muchas gracias
y...**

Â¡Disfrutad!

-PrÃ³logo-

Toda Berk dormÃ-a profundamente. La calma reinaba la isla y eso era un asunto que no daba muy buena espina. Los dragones no habÃ-an atacado y tampoco parecÃ-a que fueran a hacerlo. Ni si quiera Estoico se habÃ-a preocupado de las rondas nocturnas esa noche.

Lo cual la hacÃ-a perfecta.

Los ligeros pasos apresurados de un joven de siete aÃ±os ni si quiera sacudÃ-an la tierra, pero hacÃ-an que su corazÃ³n se acelerase y aÃºn mÃ¡s sabiendo que lo que iba a hacer, estaba fuera de las restricciones de su padre. Impulsado por tanta adrenalina, apresurÃ³ su andar a pesar de que sus pies apenas rozaban la tierra. Estaba encantado porque todo parecÃ-a ir exactamente como lo habÃ-a planeado.

Luego de correr por un buen rato mÃ¡s, Hipo al fin llegÃ³ al punto de encuentro en el bosque. Ella parecÃ-a haberse retrasado, por lo que decidiÃ³ comenzar sin su presencia. AgrupÃ³ todas las herramientas que habÃ-a tomado prestadas de la herrerÃ-a al igual que todos los materiales que habÃ-a estado recolectando de toda la isla por tanto tiempo.

Algo se moviÃ³ entre los arbustos y por un momento se preocupÃ³ de que fuese un dragÃ³n intentado cazar su bocadillo de media noche, pero pronto divisÃ³ esa maraÃ±a de cabellos enrulados rojizos que lo hizo suspirar de alivio.

-Llegas tarde.- Le reprochÃ³ mientras la jovencita intentaba liberar su vestido de las viles garras de aquel arbusto.

-Mi madre no me dejaba en paz.- Se defendiÃ³ ella.- No todos somos ignorados por nuestros padres, Â¿sabes?- Hipo hizo oÃ-dos sordos a aquel ofensivo comentario de su amiga y siguiÃ³ ensamblando piezas. La pelirroja logrÃ³ ser libre y se acercÃ³ al castaÃ±o para observar por sobre su hombro.- Â¿Te falta mucho?- Le preguntÃ³.

-Solo debo terminar estos Ãºltimos detalles y ya.- Le respondiÃ³ a la vez que martillaba una placa metÃ¡lica intentando no hacer demasiado barullo. A MÃ©rida siempre le habÃ-a maravillado la inteligencia de Hipo, al igual que su gran facilidad a la hora de crear cosas, asÃ- que verlo en acciÃ³n era todo un privilegio. Ella simplemente observaba y se podrÃ-a decir que en aquel dÃºo era la mÃ¡s inÃºtil, pero Hipo la necesitaba. Si no fuese por ella, jamÃ¡s habrÃ-a tenido la suficiente seguridad y valentÃ-a como para desafiar las reglas de su padre.

-ApresÃºrate Hipo, ya no aguanto las ganas de probarlo.- Saltaba de emociÃ³n MÃ©rida.

-Ya casi termino. Ten paciencia, por favor.- Ella bufÃ³ y se sentÃ³ en la hierba a esperar a que su amigo terminase.

El cielo estaba completamente despejado y la luna brillaba sobre ellos. Todo era demasiado tranquilo y, como ya he mencionado, eso era realmente preocupante. Pero algo hermoso de la niÃ±ez, es que nunca eres consciente del verdadero peligro que te rodea, ya que todo tiene cierta aura mÃ¡gica y divertida. Me gustarÃ-a poder decirles que esa noche fue perfecta y que ambos niÃ±os lograron salirse con la suya, creando un hermoso recuerdo entre ambos; pero no fue exactamente asÃ- como ocurriÃ³.

MÃ©rida seguÃ-a observando el cielo, cuando una silueta negra se atravesÃ³ delante de la luna, demasiado rÃ¡pida como para asegurar lo que sea. Asombrada y algo asustada, se reincorporÃ³ de su lugar hasta llegar al hombre de Hipo, el cual sacudiÃ³ para llamar su atenciÃ³n. La silueta negra volviÃ³ a desfilar por el cielo nocturno.

-Hi-Hipo.- Lo llamÃ³, ya aterrada.

-Ya casi termino, te lo juro.- AnunciÃ³ el muchachito. MÃ©rida golpeÃ³ el hombro del castaÃ±o para que observase el cielo. Ã‰l desviÃ³ la vista de su proyecto para prestarle atenciÃ³n a eso que ponÃ-a nerviosa a la pelirroja. Al principio, el cielo se mantuvo

vacÃ-o y quito, dando la impresiÃ³n de estar parado en el tiempo; pero luego, la silueta volviÃ³ a atravesarse delante de la luna pero Ã©sta vez no siguiÃ³ su camino, sino que comenzÃ³ a descender a gran velocidad, cortando el aire y provocando un sonido inconfundible.

-Furia Nocturna.- SusurrÃ³ Hipo. Esto fue lo Ãºnico que necesitÃ³ MÃ©rida para tomar la manga de la camisa del muchacho y hacer que Ã©ste corriese.

Ambos niÃ±os corrieron sin rumbo por el bosque, aÃºn escuchando ese sonido ensordecedor detrÃ¡s de ellos. Los pies desclasos de la pelirroja le provocaban molestia y dificultad para correr, aunque Hipo tampoco era el mejor corredor de la isla, por lo que ambos se trasladaban lejos del peligro a una velocidad relativamente baja. MÃ©rida solo podÃ-a pensar en que el Furia Nocturna los alcanzarÃ-a en menos de lo que ella podrÃ-a gritar su nombre.

Debido al apuro, el vestido de la joven se quedÃ³ atascado en un arbusto de espinos, haciÃ©ndola caer y arrastrando a su compaÃ±ero al suelo. Hipo fue el primero en reincorporarse y animar a la pelirroja a hacer lo mismo, pero ella sentÃ-a que su tobillo le negaba esa virtud.

-Â¡Ã•nimos MÃ©rida! Â¡Tenemos que movernos!- Le gritaba Hipo mientras tiraba de su mano.

-Â¡No puedo! Â¡Me duele!- Lloraba ella. El castaÃ±o levantÃ³ la vista, observando que una silueta negra se les acercaba a gran velocidad.

-Â¡Auxilio!- GritÃ³ Hipo, con la esperanza de que alguien en la isla los escuchase.- Â¡Por favor, que alguien nos ayude!- El Furia Nocturna estaba cada vez mÃ¡s cerca de ellos. Era el fin e Hipo lo sabÃ-a. MÃ©rida le brindÃ³ una Ãºltima mirada a su amigo, despidiÃ©ndose para luego simplemente cerrar los ojos a esperar que todo terminara. Pero no acabÃ³.

De pronto el bosque se iluminÃ³ con antorchas y el ruido que provocaba el imponente dragÃ³n fue silenciado por los gritos de guerra de los Vikingos. Ambos niÃ±os fueron levantados con facilidad por unos brazos increÃ-blemente fuertes y velludos. Hipo reconociÃ³ la insignia del pecho de su padre mientras Ã©ste transportaba a su hijo y a su pequeÃ±a amiga ocultos en su pecho. El castaÃ±o se desplazÃ³ hasta poder observar sobre el hombro de su robusto padre cÃ³mo el Furia Nocturna escapaba con facilidad. HabÃ-an sido demasiado afortunados, sobrevivir al ataque de un Furia Nocturna era un hecho que ni los mejores Vikingos de la isla podÃ-an presumir.

-Â¡Esto es inaceptable, Estoico!- GritÃ³ la joven Elinor.- Â¡Tu hijo casi hace que maten a mi pequeÃ±a MÃ©rida!- La madre hundiÃ³ su cara en el cabello de su hija casi al borde de las lÃ¡grimas.

-Elinor, relÃ¡jate.- Le ordenÃ³ su esposo, tomÃ¡ndola por los hombros.

-Â¡Ni si te ocurra pedirme que me relaje, Fergus! MÃ©rida corriÃ³ un gran peligro hoy. Casi muere por la culpa de ese muchacho.- Se sobresaltÃ³. La joven pelirroja quiso interrumpir, pero su madre la

mantenÃ-a contra su pecho y eso hacÃ-a que fuese imposible interferir en el asunto.

-Lamento toda esta situaciÃ³n, Elinor.- Se disculpÃ³ Estoico a la vez que le echaba una mirada furiosa a Hipo.- No sÃ© quÃ© pasaba por la cabeza de mi hijo al creer que ir solos al bosque podÃ-a ser una buena idea.- Fergus mirÃ³ con lÃ¡stima al muchachito, quien se mantenÃ-a con la mirada baja y triste.

-Lo importante es que ambos estÃ¡n bien.- Dijo para intentar aliviar el ambiente.

-Â¿CÃ³mo dices?- Dijo ofendida Elinor.- Â¡Nada estÃ¡ bien!- Se reincorporÃ³ y enfrentÃ³ a su esposo.- Ã‰ste nunca fue un lugar seguro para nadie y aÃºn asÃ- insististe en venir a instalarnos aquÃ-.- Se girÃ³ para ver a MÃ©rida, quien se mantenÃ-a a sus espaldas.- No quiero que mi hija crezca rodeada de peligros que pueden acabar con ella en cualquier segundo.

-Â¿QuÃ© es lo que sugieres entonces, querida?- SuspirÃ³ rendido Fergus.

-Irnos.- AfirmÃ³ ella con total seguridad.

-Â¿QuÃ©?- PreguntÃ³ perdida MÃ©rida.- Â¡No!- CorriÃ³ hasta abrazar la pierna de su gigantesco padre.- PapÃ¡ no quiero irme, por favor.

-Â¡MÃ©rida! Â¡Vuelve aquÃ-!- Le reprochÃ³ su madre. La pelirroja mirÃ³ a la mujer con ojos repletos de lÃ¡grimas, pero obedeciÃ³ las Ã³rdenes. MÃ¡s relajada, Elinor decidiÃ³ proceder.- Nos iremos a nuestras antiguas tierras, a nuestro verdadero hogar, del cual jamÃ¡s debimos haber salido.- MirÃ³ a su esposo, el cual asintiÃ³ con un suspiro.

MÃ©rida mirÃ³ a su amigo, el cual seguÃ-a observando el suelo. No podÃ-a imaginarse lejos de Ã©l. Era su Ãºnico amigo, el Ãºnico que entendÃ-a su alocado sentido de la libertad y la diversiÃ³n. Â¿QuÃ© harÃ-a ahora?

-Puedo encargar un barco para esta misma noche.- Dijo con firmeza Estoico, aunque se notaba que tambiÃ©n le dolÃ-a separarse de su gran amigo y hermano conquistador de tierras, Fergus.

-Excelente.- Fueron las Ãºltimas palabras de Elinor antes de tomar a su hija en brazos y marcharse de la habitaciÃ³n.

Hipo al fin levantÃ³ la vista para ver cÃ³mo MÃ©rida se alejaba de su vida. La pelirroja tenÃ-a las mejillas hÃºmedas y los cabellos revueltos, pero aÃºn asÃ- sabÃ-a que aquella irracional jovencita era la persona con mÃ¡s importancia de su existencia.

Y la habÃ-a perdido para siempre.

2. CapÃ-tulo 1: Algo en el horizonte

Â¡Fav si te gusta la historia!

**Me ayuda a saber si de verdad os gusta y, de esta menara, seguir

adelante...**

Â¡Desde ya muchas gracias!

-CapÃ-tulo 1: Algo en el horizonte-

MÃ©rida se encontraba serena observando el atardecer. Nunca lo habÃ-a tenido demasiado claro, pero sabÃ-a que el horizonte le aguardaba algo especial.

HabÃ-an pasado casi tres aÃ±os desde que su madre le insistiÃ³ por primera vez para que se comprometiera con alguno de los hijos de los clanes aliados y, hasta ese dÃ-a, el tema jamÃ¡s se habÃ-a vuelto a tocar.

Angus, su fiel amigo, dejÃ³ de pastar en el bosque para acercarse a su ama a aquel peligroso risco del cual emanaba una misteriosa y mÃ¡gica cascada. Su dueÃ±a acariciÃ³ la melena del corcel, haciendo que Ã©ste relinchara de alegrÃ-a. La pelirroja suspirÃ³, querÃ-a dejar de penar aunque sea un momento. Ni si quiera una cabalgata por el bosque la habÃ-a relajado. Aquel espinoso tema del compromiso era algo que detestaba escuchar. Ella sabÃ-a perfectamente que desde pequeÃ±a habÃ-a odiado las ataduras y un "hasta que la muerte los separe" no le agradaba para nada.

-Solo quiero que me dejen ser yo, Angus.- Dijo en un susurro. El caballo meneÃ³ la cabeza y MÃ©rida, aunque sabÃ-a que era absurdo, lo tomÃ³ como una seÃ±al de lÃ¡stima. Se recostÃ³ sobre el musculoso cuello de su ahora tumbado caballo y volviÃ³ a observar al sol escondiÃ©ndose de la Tierra. Pronto escuchÃ³ unos fuertes galopes acercÃ¡ndose a ella.

Se reincorporÃ³ e inmediatamente se armÃ³ con su arco. Ãšltimamente estaba verdaderamente precavida, como si esperase que a cada minuto sucediera algo que le signifique peligro para su vida, pero tambiÃ©n era verdad que constantemente se desilusionaba. QuizÃ¡ su vida se habÃ-a vuelto, nuevamente, monÃ³tona.

-MÃ©rida, hija mÃ-a.- Dijo su madre una vez mÃ¡s cerca de ella. La reina Elinor, antes considerada por su firmeza y elegancia, ahora era un poco mÃ¡sâ€¦ como su hija. Esa tarde llevaba el cabello suelto, aunque se lo habÃ-a cortado recientemente y no le llegaba poco mÃ¡s que a los hombros. Su reluciente corona seguÃ-a firmemente colocada en su cabeza, como si su madre la llevase desde nacimiento, aunque no la habÃ-a recibido hace mucho. La pelirroja no pudo evitar desviar la mirada de los ojos suplicantes de su madre, quien respondiÃ³ con un suspiro agotado mientras desmontaba su caballo.- SÃ© que no quieres tratar este tema, pero es algo de lo que debemos platicar.- Le dijo, intentando acercarse a ella para tomarla de los hombros. MÃ©rida respondiÃ³ con un sacudÃ³n violento.

-Tienes razÃ³n, madre, no quiero tratar este tema.- Dijo, cruzÃ¡ndose de brazos.

-Â¿Piensas que para mÃ- es fÃ¡cil tener que suplicarle a mi hija para que contraiga matrimonio?- PreguntÃ³ la reina arqueando una ceja.

-Al parecer si lo es, ya que sigues haciÃ©ndolo.- Elinor suspirÃ³ y se colocÃ³ frente a su hija, esta vez sin tocarla.

-MÃ©rida, estÃ¡s atacÃ¡ndome sin si quiera saber cuÃ¡les son mis intenciones.- Se justificÃ³.- Tienes veintiuno, MÃ©rida.- Le dijo con dulzura.- Pronto te cederÃ© mi lugar como Reina y quiero estar segura de que tengas a alguien a tu lado para protegerte.- La pelirroja bufÃ³ ante esto.

-Â¡No se quÃ© mÃ¡s quieres que haga para probarte que puedo defenderme sola, mamÃ¡!- GritÃ³ aventando su arco contra el suelo. Elinor dejÃ³ que su hija se tranquilizara, tomÃ³ el arco y lo inspeccionÃ³.

-Ya me has mostrado demasiado, MÃ©rida.- La pelirroja quedÃ³ desconcertada. Por primera vez, quiso escuchar lo que dirÃ-a su madre a continuaciÃ³n.- Pero yo no hablo del mal fÃ-sico, hija mÃ-a. El dolor del cuerpo no es nada comparado con el dolor del alma.- MÃ©rida seguÃ-a sin entender.- Siempre que el estrÃ©s de ser una Reina para tantas personas me sobrepasa y me comienza a destruir, el Ãºnico que estÃ¡ ahÃ- para tenderme una mano es tu padre. Â¿Acaso nunca has pensado quÃ© es lo que exactamente vi en Ã©l?- La joven negÃ³ levemente la cabeza, ya con mÃ¡s curiosidad.- Es un hombre demasiado robusto, peludo y casi todo el tiempo huele mal, pero tiene esa dulzura y humor que a mi vida siempre le faltaron. Ã‰l me relaja, hace que me sienta bien incluso cuando no lo estoy. Es mi mejor amigo y mi vida jamÃ¡s estarÃ-a completa sin Ã©l.- Elinor dejo de ver el horizonte para tenderle el arco a MÃ©rida.- Quiero que tÃº tambiÃ©n sientas eso, MÃ©rida.- La pelirroja tomÃ³ el arco.

-No puedes obligarme a amar, mamÃ¡.- Dijo la mÃ¡s joven tomando el arco, ahora mÃ¡s relajada por saber que las intenciones del apuro de su madre al verla comprometida no eran polÃ-ticas.- Si aparece alguien especial y siento que de verdad quiero pasar el resto de mi vida con ese alguien, estarÃ© dispuesta a comprometerme, pero por ahoraâ€¦- Su madre volviÃ³ a suspirar.

-Quieres ser libre.- Dijo, completando esa frase que se sabÃ-a de memoria.- Â¿CuÃ¡nto tiempo mÃ¡s quieres ser libre, MÃ©rida?- La joven abriÃ³ la boca para contestar, pero simplemente se quedo callada. Su madre terminÃ³ por agotarse, por lo tanto se subiÃ³ a su caballo dispuesta a regresar al castillo.- Solo dÃ©jame darte un consejo.- Dijo antes de indicarle a su corcel que avanzara.- Esa libertad que tanto buscas quizÃ¡ no estÃ© allÃ-.- SeÃ±alÃ³ con la barbilla el horizonte.- Si no, aquÃ-.- Se llevÃ³ la mano derecha al corazÃ³n, para luego dejar a MÃ©rida nuevamente sola y con un montÃ³n de preguntas rondando en su cabeza.

* * *

><p>Era una maÃ±ana muy frÃ-a, de esas que congelan las entraÃ±as y quiebran los labios. Hipo miraba el horizonte congelado. Estaba tan lejos de casa que volver a Berk le tomarÃ-a varias semanas. Ya comenzaba a extraÃ±ar la calidez de su hogar, con la chimenea encendida y los pasos pesados de las botas de Astrid merodeando por la casa.<p>

La extraÃ±aba demasiado, pero necesitaba alejarse de todo por un tiempo.

Chimuelo habÃ-a calentado una gran roca y ahora reposaba sobre ella. Su amigo no era demasiado apegado al frÃ-o, por lo cual aquel clima

lo ponÃ-a nervioso. En Berk, tenÃ-an un refugio especial para que los dragones pasaran el invierno sin problema alguno, asÃ- como tambiÃ©n abrigos con los cuales arropaban en caso de necesitar volar con ellos. Pero esa vez Hipo no habÃ-a tenido planeado viajar tan lejos y, a pesar de que en Berk apenas llegaba el otoÃ±o, allÃ- donde se encontraba el invierno se hacÃ-a inminente.

-Lo lamento, amigo.- Le dijo a su fiel dragÃ³n mientras acariciaba su cabeza.- Te juro que no tenÃ-a idea de que estas islas serÃ-an tan frÃ-as.- Chimuelo gimiÃ³ grave, no demasiado de acuerdo con las decisiones de su amo, pero por fin terminÃ³ por cederle un lugar a su lado. Hipo se recostÃ³ sobre el vientre de su dragÃ³n, provocÃ¡ndole a Ã©ste ligeras cosquillas. No pudo evitar reÃ-r.

Ya en su cÃ³modo lugar, tomÃ³ su mapa improvisado y comenzÃ³ a seÃ±alar a esas islas que habÃ-a descubierto como "terriblemente heladas". Chimuelo observaba atento mientras Hipo trazaba su nueva ruta. Dos semanas fuera de casa no le eran suficientes para poder poner sus ideas en su lugar, necesitaba mÃ¡s tiempo para ser el mismo. MirÃ³ el horizonte, esperando que algo milagroso apareciera dibujado en Ã©l, pero nada ocurriÃ³. SuspirÃ³ y siguiÃ³ seÃ±alando lugares que podrÃ-an llegar a ser interesantes. Chimuelo empujÃ³ levemente el brazo de su amo, haciendo que trazara una lÃ-nea justo en un par de islas que estaban al norte. SabÃ-a que estaban allÃ-, pero jamÃ¡s las habÃ-a observado de cerca.

-Â¿Quieres ir allÃ-?- Le pregunto mientras seÃ±alaba con un cÃ-rculo las islas ya mencionadas.- En cualquier forma serÃ¡ mÃ¡s cÃ¡lido que este trozo de hielo flotante.- Al momento en que terminÃ³ de formar el cÃ-rculo, cayÃ³ de uno de las tantos escondites de su armadura ese amuleto que le habÃ-a dado Astrid. Era esa piedra caliza tan extraÃ±a que encontraron una vez en la playa. Ella se la habÃ-a reservado para ella hasta que Hipo decidiÃ³ expandir su conocimiento de los horizontes. Fue en su primer viaje hacia lo desconocido cuando se la entregÃ³ para que Ã©l jamÃ¡s la olvidara y, desde entonces, nunca habÃ-a podido lograrlo.

Ese viaje improvisado naciÃ³ en cuanto su padre le advirtiÃ³ al nuevo y renovado Hipo que ya era momento de hacerse cargo de la isla. Hipo se sintiÃ³ acorralado y no podÃ-a imaginarse tomando el mando de todas las cosas que sucedÃ-an en tierras vikingas. Ã‰l solamente querÃ-a ser libre y aÃºn no habÃ-a encontrado esa libertad que tanto anhelaba, por lo tanto tampoco se sentÃ-a listo para asentarse en Berk para siempre. QuerÃ-a descubrir, viajar y conocer nuevas tierras. QuerÃ-a seguir siendo ese Hipo sin ataduras que Ãºltimamente le habÃ-a tomado cariÃ±o.

Lo que mÃ¡s le asustaba, no era ser el lÃ-der de la isla, sino que una vez aceptado el puesto, sabÃ-a que se venÃ-an todas las formalidades. Las personas comenzarÃ-an a tenerle aÃºn mÃ¡s respeto del que se habÃ-a ganado como domador de dragones, ademÃ¡s comenzarÃ-an a preguntarse cuÃ¡ndo se le propondrÃ-a a Astrid y cuÃ¡ndo ambos tendrÃ-an hijos. Las formalidades le asustaban. No querÃ-a estar atado a nada y mucho menos sentirse acorralado por su amada Astrid. No querÃ-a sentirse asÃ-.

-Solo quiero que me dejen ser yo.- SusurrÃ³ para si mismo, sacudiendo la cabeza para poder despejarse de esos pensamientos que nuevamente lo perturbaban.

Lo habÃ-a decidido, aÃºn no estaba listo para regresar. Se prometiÃ³ que luego de investigar aquellas islas volverÃ-a a su hogar para hacerle frente a su padre. Su relaciÃ³n habÃ-a mejorado y mucho, pero seguÃ-a sintiÃ©ndose intimidado por aquel enorme vikingo. MirÃ³ nuevamente el horizonte, que se pintaba de un color rojizo. PresentÃ-a que en ese viaje descubrirÃ-a su libertad.

3. CapÃ-tulo 2: Tu inconfundible mirada

Â¡Si os agrada la historia dejad un Fav!

Â¡Me ayuda a saber si os gusta la historia!

Desde ya muchas gracias y...

Â¡Disfrutad!

-CapÃ-tulo 2: Tu inconfundible mirada-

Una maÃ±ana tranquila, mÃ¡s bien aburrida, en las islas del sur de Escocia. La bella princesa del reino de los cinco clanes miraba expectante por la ventana de su habitaciÃ³n, buscando una salvaciÃ³n repentina a aquel ahogo que estaba sintiendo en ese momento. Su madre estaba sentada sobre su cama, que aÃºn seguÃ-a pareciendo la de una niÃ±a pequeÃ±a llena de esos peluches de felpa que conservaba de su adorable niÃ±ez.

-MÃ©rida, Â¿sigues conmigo?- Le preguntÃ³ su madre. Se le llenaron los ojos de lÃ¡grimas.

-SÃ-, mamÃ¡.- Su madre se parÃ³ hasta llegar a tomarla de los hombros y luego proseguir a abrazarla. MÃ©rida se volteÃ³ y abrazÃ³ a su madre con todas las fuerzas posibles.

-Â¡No puedes hacerme esto!- Le reclamÃ³ con su cabeza hundida en su pecho.- Â¡No puedes! Â¡MamÃ¡!- Gritaba entre sollozos.- No puedesâ€¦- TerminÃ³ por susurrar.

-Uno no puede cambiar la voluntad de los Dioses, hija mÃ-a.- La mÃ¡s joven de las dos levantÃ³ la mirada, que aÃºn seguÃ-a dominada por las lÃ¡grimas.- SerÃ¡s una excelente Reina.- MÃ©rida volviÃ³ a abrazar a su madre y lo hizo tan fuerte, que provocÃ³ que su madre tosiera. Al notarlo, se separÃ³ instantÃ¡neamente de ella, mirÃ¡ndola con pena, como si se disculpara. Su madre sonriÃ³ y volviÃ³ a tomar a su hija, para abrazarla mÃ¡s suavemente.

* * *

><p>El viento revoleaba sus castaÃ±os cabellos, tratÃ¡ndolos con brutalidad y negÃ¡ndoles la virtud de quedarse quietos por un segundo. Hipo se mantenÃ-a serio, con los pensamientos perdidos en el horizonte. Solo ansiaba que esas islas que sabÃ-a que estaban allÃ- aparecieran, estaba cansado de ver Ãºnicamente ocÃ©ano por tanto tiempo. Chimuelo se quejaba con gruÃ±idos graves que intentaba disimular, aunque Hipo se habÃ-a vuelto demasiado experto en su fiel amigo como para no notar que estaba muy agotado.<p>

-Tranquilo amigo, ya casi llegamos.- Le dijo mientras le acariciaba la parte inferior del cuello. Chimuelo emitiÃ³ un sonido desde la

garganta, parecido al ronroneo de un gato. Hipo sonriÃ³.

Luego de varios minutos de tortura, una enorme isla llena de montaÃ±as se alzÃ³ en el horizonte, provocando una imperfecciÃ³n sobre el ocÃ©ano. Hipo se quedÃ³ maravillado ante la belleza de aquel lugar, lleno de vegetaciÃ³n e irregularidades, toda una tierra salvaje. Una tierra nueva, Ãºnicamente para Ã©l y su amigo.

SoltÃ³ un grito de victoria, haciendo que Chimuelo aumentara la velocidad y girase en al aire con alegrÃ-a. Ambos, llenos de Ã©xtasis, se apresuraron para tener tierra firme bajo sus pies.

* * *

><p>CorriÃ³ lo mÃ¡s rÃ¡pido que pudo, casi quedÃ¡ndose sin aliento. Las lÃ¡grimas se resbalaban por sus mejillas, imaginÃ¡ndose sentada en un trono, esposÃ¡ndose y, lo que era aÃºn peor, perdiendo a su amada madre. AsÃ- eran las jugadas de los Dioses, que con solo lanzar un par de dados, podÃ-an quitarte a un ser querido.<p>

Al llagar a su lugar favorito de la isla, MÃ©rida se arrojÃ³ con todas sus fuerzas sobre la hierba. RevolcÃ¡ndose y sollozando como quien estÃ¡ a punto de morir. Su madre, quien se habÃ-a convertido en su mejor amiga, ahora estaba sufriendo de una enfermedad mortal que acabarÃ-a con su vida antes de lo que ella pudiese imaginarlo.

Angus, quien habÃ-a seguido los pasos de su rota dueÃ±a, se acercÃ³ a MÃ©rida para darle Ã¡nimos. La jovencita se aferrÃ³ al cuello de su corcel, llorando desesperadamente sobre Ã©l.

-Angusâ€¦ Â¿QuÃ© voy a hacer ahora?- Se detuvo para secar un poco sus lÃ¡grimas.- Â¿QuÃ© harÃ© sin mi madre?- MirÃ³ el atardecer, pensando en la conversaciÃ³n que habÃ-an tenido algunos dÃ-as atrÃ¡s.- Ella solo quiere que yo sea feliz.- Se dijo a sÃ- misma.- Siempre quiso verme comprometida.- Se abrazÃ³ las piernas y hundiÃ³ su cabeza entre sus rodillas.- Y ahora nunca lo harÃ¡, Angus.

* * *

><p>La vista era maravillosa, aunque llegar a las islas les habÃ-a costado un poco mÃ¡s de lo que esperaban. Ya habÃ-a anochecido y la luna imponÃ-a su lugar en el cielo. Chimuelo se sentÃ-a mucho mÃ¡s a gusto en ese clima cÃ¡lido, aunque de todas formas calentÃ³ una roca no muy lejos de donde habÃ-an aterrizado para pasar la noche.<p>

-Â¿En serio ya quieres dormir, amigo?- PreguntÃ³ Hipo mientras tomaba varios palos para formar una antorcha improvisada. Chimuelo bostezÃ³ en respuesta a esta pregunta.- EstÃ¡ bien, descansa.- Dijo su amo mientras encendÃ-a la antorcha.- Es cierto que tÃº has hecho la mayor parte del trabajo.- A continuaciÃ³n le dio una Ãºltima caricia a su dragÃ³n y saliÃ³ en busca de algo interesante para hacer.

Hipo se abrÃ-a paso por el bosque, iluminando todo aquello que parecÃ-a estar hundido en una terrible oscuridad. La isla parecÃ-a segura, aunque claro, no estaba cien por ciento seguro. El joven vikingo miraba a su alrededor. SentÃ-a que habÃ-a algo mÃ¡gico en aquel bosque, algo que nunca antes habÃ-a sentido en Berk ni en ningÃºn otro lugar que habÃ-a visitado antes. Era una sensaciÃ³n

extraÃ±a, pero reconfortante. Como si cada paso lo llevase a algo magnÃ-fico.

De repente, algo se iluminÃ³ no muy lejos de donde Ã©l se encontraba. Una luz azul e intensa, seguida por susurros agudos de voces inexistentes. Se precipitÃ³, pero algo le decÃ-a que no habÃ-a nada que temer. CaminÃ³ dudoso hacia la pequeÃ±a llama azul que flotaba en medio del bosque. Una vez estuvo a pocos centÃ-metros de ella, estirÃ³ la mano para poder tocarla, haciendo que esta se desvaneciera y que otra apareciera un poco mÃ¡s alejada. RepitiÃ³ este mismo procedimiento con la que habÃ-a aparecido hace poco y, cuando estuvo a punto de tocarla, esta se desvaneciÃ³ y apareciÃ³ nuevamente mÃ¡s alejada.

Desesperado por tomar a una de esas llamas entre sus manos, comenzÃ³ a apresurar sus pasos, dejando la duda a un lado. Mientras mÃ¡s rÃ¡pido se movÃ-a y mÃ¡s entusiasmo le ponÃ-a a la captura de una de esas luces, Ã©stas parecÃ-an difuminarse con mÃ¡s rapidez y aparecer rÃ¡pidamente en otra posiciÃ³n. AsÃ- fue siguiendo a todas y a cada una de las pequeÃ±as luces que aparecÃ-an y desaparecÃ-an frente a Ã©l, hasta llegar a un claro, en donde no era necesaria la antorcha, ya que la luz de la luna brillaba con gran intensidad. Cerca se oÃ-a una cascada y, solo con alzar la mirada, presenciabas una vista extraordinaria.

Hipo se acercÃ³ lentamente a la cascada, observando aquel torrente de agua que imponÃ-a un gran poder. Asombrado por aquel maravilloso espectÃ¡culo, ni si quiera notÃ³ que unos ligeros pasos se movÃ-an detrÃ¡s de Ã©l. No fue hasta que escuchÃ³ cÃ³mo un arco se tensaba a sus espaldas que girÃ³ sobre sus tobillos, tomando su espada y poniÃ©ndose en posiciÃ³n de defensa.

* * *

><p>MÃ©rida no podÃ-a creerlo. Â¿QuiÃ©n era aquel hombre que se atrevÃ-a a invadir su santuario en un momento tan triste de su vida? No estaba du humor para un confortamiento con nadie, pero no podÃ-a permitirle a aquel extraÃ±o con esa armadura de segunda pisar su Ãºnico lugar donde podÃ-a ser ella misma, sin su permiso.<p>

Ã‰l la apuntaba con una espada y MÃ©rida no podÃ-a entender cÃ³mo es que podÃ-a detectarla si se mantenÃ-a oculta en los sombras. No podÃ-a identificarlo, ya que llevaba un casco puesto y esto hacÃ-a que la pusiese aÃºn mÃ¡s furiosa.

-Â¿QuiÃ©n eres?- PreguntÃ³ el muchacho a la hermosa, aunque aÃºn oculta, princesa.

-Eso debo preguntarte yo.- ContestÃ³ ella, demostrando con suma tranquilidad que a pesar de que Ã©l seguramente la superaba en fuerza, no le temÃ-a en absoluto.- Ahora dime, Â¿quiÃ©n crees que eres para irrumpir la tranquilidad de mi santuario?- QuizÃ¡ llamar a aquel lugar oculto en el bosque "Santuario" era demasiado, pero MÃ©rida sentÃ-a que si perdÃ-a la tranquilidad que le aportaba aquel lugar, se volverÃ-a completamente loca.

-No sabÃ-a que este lugar era propiedad de alguien.- ContestÃ³ el joven, un poco confundido al haber escuchado que la voz de su atacante le pertenecÃ-a a una mujer.

-Pues te has equivocado.- ContestÃ³ ella.- Este sitio es mi propiedad y tÃº no tienes ningÃºn derecho de estar aquÃ-.- Estaba un poco mÃ¡s agresiva de lo habitual, pero esa maÃ±ana se habÃ-a enterado de que su madre fallecerÃ-a probablemente en pocos meses, aÃ±os si tenÃ-a mucha suerte; y no estaba de humor para tratar con intrusos.

-Lo lamento.- Se disculpÃ³ el muchacho, ya mucho mÃ¡s tranquilo, guardando la espada en su respectivo lugar oculto entre la armadura. Ahora el joven se dedicaba a levantar las palmas de sus manos frente a ella, como si tratase de domar a un animal salvaje. MÃ©rida no supo interpretar esta acciÃ³n correctamente, dejÃ¡ndola desconcertada e, incluso, intrigada.- No voy a hacerte daÃ±o y lo apreciarÃ-a mucho si tÃº tambiÃ©n bajases tu arma.- MÃ©rida arqueÃ³ una ceja, aunque claro, Ã©l no podÃ-a verla. Lentamente relajÃ³ su arco, aunque aÃºn seguÃ-a alerta.

-Â¿QuiÃ©n eres?- Le preguntÃ³, mirÃ¡ndolo con intriga.- Â¿De dÃ³nde vienes?- Se interesÃ³.

-Mi nombre es Hipo Horrendo Abadejo III, hijo del jefe de Berk, Estoico el Inmenso; y vengo de las islas norteÃ±as de Berk.- MÃ©rida no podÃ-a creer la informaciÃ³n que sus oÃ-dos les brindaban. Â¿PodÃ-a ser? Luego de tantos aÃ±osâ€¦

-Hi-Hipoâ€¦- SusurrÃ³ para ella misma.- No puede ser.- SiguiÃ³ susurrando. Ella mirÃ³ con intensidad a aquel muchacho que prometÃ-a ser su viejo amigo Hipo, aquel que alguna vez habÃ-a sido imprescindible para ella y que ahora poco se acordaba de Ã©l.- QuÃ-tate el casco.- Le reclamÃ³.

-Â¿Por quÃ©?- PreguntÃ³ el joven, pero al no recibir respuesta, terminÃ³ por suspirar y quitarse su preciado casco, el cual mantenÃ-a oculto su inconfundible cabello castaÃ±o y sus hermosos ojos verdes.

-Por todos los Diosesâ€¦- SusurrÃ³ MÃ©rida, lo suficientemente alto como para que su acompaÃ±ante lo oyera.

-Â¿Q-quÃ© ocurre?- PreguntÃ³ Hipo, nervioso por la sorpresa de la misteriosa mujer. MÃ©rida se apresurÃ³ por dar varios pasos al frente, saliendo de su escondite para dejar que la luz de la luna la iluminara por completo.

* * *

><p>Â¿Era real aquello que sus ojos veÃ-an? Â¿PodÃ-a serâ€¦ MÃ©rida? De todas las personas que posiblemente esperase encontrar apuntÃ¡ndole con un arco y una flecha, ella ni si quiera entraba en la lista. Inconfundible con sus indomables rizos rojizos y sus profundos ojos celestes, le miraba con ese semblante emocionado y sus ojos intensamente fijos en los suyos. Ella dio otro paso al frente, siempre siendo la primera en arriesgarse. Tal cual y como la recordaba.<p>

HabÃ-an pasado demasiados aÃ±os, habÃ-an ocurrido miles de cosas desde que MÃ©rida habÃ-a dejado Berk , pero aÃºn asÃ- seguÃ-a aÃ±orando su reencuentro. TambiÃ©n era verdad que su mente no se mantenÃ-a ocupada pensando en ella todo el tiempo, pero de vez en cuando, cuando no habÃ-a nada mÃ¡s en que pensar, le gustaba aÃ±orar viejos tiempo y, obviamente, ella formaba parte de muchos.

-Esto no puede estar pasando.- Dijo ella.- De verdad eres tÃº.- SusurrÃ³ a la vez que ponÃ-a sus manos sobre el pecho de su viejo amigo.- Â¿QuÃ© es esta horrorosa armadura? Â¿Tu nuevo estilo?- RiÃ³ ella, aunque se le escaparon algunas lÃ¡grimas. Hipo no pudo evitarlo, fue algo que simplemente lo llevÃ³ a hacerlo, pero a penas la tuvo a unos pocos centÃ-metros la tomÃ³ de la cintura y la abrazÃ³ fuertemente.

-CreÃ- que te habÃ-a perdido para siempre.- Le susurrÃ³ y MÃ©rida correspondiÃ³ feliz al abrazo. Ambos sucumbieron ante risas torpes que se incrementaron mientras Hipo hacÃ-a que MÃ©rida girase en el aire. Una vez se dieron cuenta de que aquel momento habÃ-a terminado, Hipo volviÃ³ a depositar a su amiga en el suelo volviendo a conectar sus miradas.

-MÃ-rate.- Le dijo ella golpeado su hombro.- Eres todo un macho alfa.- Hipo soltÃ³ una carcajada.

-Â¿Y quÃ© hay de ti? CreÃ- que luego de aquella noche jamÃ¡s volverÃ-as a usar vestidos.- La pelirroja riÃ³ con ganas.

-Mi madre cree que los pantalones y camisetas no son apropiados para una "princesa".- Esto desconcertÃ³ a Hipo.

-Â¿Princesa?- PreguntÃ³. MÃ©rida sonriÃ³, habÃ-a tanto que contarse el uno al otro.

-Larga historia.- SonriÃ³.- Â¿CuÃ¡nto tiempo te quedarÃ¡s?- Le preguntÃ³, perturbada por perder nuevamente a aquel muchacho que, sin razÃ³n aparente, seguÃ-a siendo muy importante para ella. Hipo dudÃ³.

-No lo sÃ©, no pensaba quedarme mucho tiempo, pero ahora que nos hemos encontrado, supongo que tenemos muchas largas historias que contarnos.- MÃ©rida sonriÃ³ y lo tomÃ³, entusiasmada, del brazo.

-Mi padre estarÃ¡ encantado de verte. Â¡Y les caerÃ¡s tan bien a mis tres hermanitos! Â¡Y mi madreâ€¦- MÃ©rida se interrumpiÃ³ a sÃ- misma.

-Â¿QuÃ© ocurre?- Le preguntÃ³ el castaÃ±o.

-Nada.- NegÃ³ MÃ©rida. La situaciÃ³n de su madre le afectaba demasiado, aunque tener de regreso a su mejor amigo no era algo que pasaba todos los dÃ-as. Ambos asuntos eran realmente importantes, aunque llorar por la futura muerte de su madre tampoco harÃ-a que ella se sintiese mejor. Por otro lado, ver a su hija feliz seguramente que sÃ- lo harÃ-a.- Estoy ansiosa por que todos te conozcan. Â¡Vamos al castillo, rÃ¡pido!- MÃ©rida arrastrÃ³ a su viejo amigo hasta su caballo, subiÃ©ndose sobre Angus con facilidad y tendiÃ©ndole la mano al castaÃ±o para ayudarlo. El sonriÃ³ y, con superioridad, anuncio:

-No gracias, yo tengo mi propio transporte.- Luego de emitir un silbido, una figura negra desfilÃ³ delante de la luna, provocÃ¡ndole a MÃ©rida una perturbarte sensaciÃ³n de haber vivido eso antes y un horrible escalofrÃ-o por la espalda.

4. CapÃtulo 3: Diferencias que nos unen

Si os gusta la historia dejadme un Fav o un Review:3

Me ayuda a saber si os gusta la historia y, de esta forma, seguir adelante con Ã©ste y mÃ¡s proyectos

**Â¡Un besazo! **

Disfrutad...

-CapÃtulo 3: Diferencias que nos unen-

-Â¡SuÃ©ltame!- Gritaba ella mientras intentaba apartarse de Ã©l. Hipo se negaba a dejarla ir tan fÃ¡cilmente y mucho menos luego de veinte minutos de haberse reencontrado. Ã‰l habÃa sido testigo de muchas revelaciones ante los dragones. Muchos se quedaban anonadados, otros se aterraban y a otros simplemente les resultaba indiferente.

Pero MÃ©rida no reaccionaba bien ante la presencia de Chimuelo.

En la primera apariciÃ³n de su amigo alado, la joven pelirroja comenzÃ³ a temblar e intentaba advertirle a Hipo la proximidad del animal que ella creÃa salvaje. El vikingo y domador de aquel dragÃ³n que se les acercaba, le pidiÃ³ a su amiga que se relaje, que no le pasarÃa nada; pero eso no fue exactamente lo que ocurriÃ³. Cuando Chimuelo se encontraba a pocos metros de ambos, MÃ©rida se armÃ³ con su arco y una flecha, comenzÃ¡ndole a disparar con furia al dragÃ³n. Aterrado ante esta escena, y bastante impactado debo agregar, Hipo intentÃ³ detener a MÃ©rida poniÃ©ndose en el camino entre sus flechas y su querido Furia Nocturna. Enfadada, la pelirroja le ordenÃ³ que se moviese, sin dejar de apuntar en su direcciÃ³n. Chimuelo, que ahora tambiÃ©n habÃa malinterpretado la situaciÃ³n, vio a MÃ©rida apuntando a su amo con un arma letal y, como era de esperarse, corriÃ³ en defensa de su amo.

Chimuelo se abalanzÃ³ sobre la pelirroja, quien no dejaba de gritar de espanto. Con rapidez y sin demasiado esfuerzo, inmovilizÃ³ a la joven bajo sus patas, preparado para disparar una de sus poderosas bolas de fuego directo hacia su cabeza. Hipo le gritaba Ã³rdenes a Chimuelo, pero el dragÃ³n parecÃa no escucharlo sino hasta el Ãºltimo segundo, en cual tuvo que desviar su ataque hacia un montÃ³n de Ã¡rboles para que no hiriese a la jovencita.

Aterrada, MÃ©rida forcejeÃ³ en vano contra el dragÃ³n, haciendo que Ã©ste se molestara y le gruÃ±era. Su amo le ordenÃ³ que la soltase y, como era de esperarse, Chimuelo obedeciÃ³. Hipo corriÃ³ para ayudar a MÃ©rida que ahora ademÃ¡s de estar aterrada estaba confundida y muy molesta.

-Â¿Por quÃ©â€¦- Se detuvo para tomar aire.- Â¿Por quÃ© demonios ese dragÃ³n te obedece?- Hipo le tendiÃ³ la mano pero ella la rechazÃ³.- Â¿Acaso has domado un Furia Nocturna?- El tono en que MÃ©rida le preguntaba aquello no era de asombro ni de enfado, sino de ofensa. El castaÃ±o asintiÃ³, haciendo que la pelirroja se levantara furiosa y caminara en direcciÃ³n opuesta a Ã©l.

Volvemos al principio, en donde MÃ©rida camina lo mÃ¡s rÃ¡pido que puede lejos de Hipo mientras Ã©l intenta explicarle las cosas. Como no puede caminar tan apresuradamente y decir todo lo que quiere

decir, toma a MÃ©rida del brazo aunque ella se zafa con brutalidad.

-Â¡SuÃ©ltame!- Grita ella, aunque Hipo insiste.

-DÃ©jame explicÃ¡rtelo, Chimuelo no querÃ-a lastimarte. Ã‰l simplemente me estaba defendiendo. Ã‰-Ã©l creÃ-a que tÃº me harÃ-as daÃ±o.- MÃ©rida seguÃ-a caminando e Hipo intentaba seguirle el paso.

-Â¿Chimuelo?- PreguntÃ³ irÃ³nica.- Â¿Acaso ahora las bestias que matan humanos poseen un nombre ademÃ¡s de "demonios"?-

-Â¿Desde cuÃ¡ndo eres tan terca, MÃ©rida?- Ahora era Hipo quien comenzaba a enfadarse.- Te estoy diciendo que Ã©l no querÃ-a hacerte daÃ±o. Es mÃ¡s, no lo hizo. EstÃ¡ bien entrenado, todos los dragones en Berk lo estÃ¡n. Son inofensivos y resultÃ³ una gran ayuda para todos los habitantes de la isla. Es un gran amigo y se entenderÃ¡n muy bien si le das una oportunidad.-

-Â¿CÃ³mo puedes llamar a uno de esos "amigo", Hipo?- MÃ©rida girÃ³ sobre sus talones, revelando que estaba mÃ¡s roja de lo habitual y con la furia desbordando sus ojos en forma de lÃ¡grimas.- Â¡Han matado a cientos de humanos!-

-Â¡Y nosotros a miles de ellos!- Hipo se habÃ-a puesto frente a frente con MÃ©rida, revelando que le pasaba por casi una cabeza y media. Ella lo miraba a los ojos sin dejar esa furia de lado. Â¿QuÃ© era lo que tanto le molestaba? Al final, el castaÃ±o suspirÃ³. Pelear no servirÃ-a de nada.- MÃ©rida, sÃ© que esto te resultarÃ¡ difÃ-cil de entender peroâ€¦- La tomÃ³ de los hombros, haciendo que su cuerpo se relajara y que su mirada volviese a ser cÃ¡lida.- Los dragones no son malos.- En ese preciso instante, Chimuelo saltÃ³ de los arbustos mientras perseguÃ-a, como si lo harÃ-a un pequeÃ±o felino, a una mariposa.- Y mucho menos Chimuelo.- MÃ©rida miraba con sospecha al animal, aunque tambiÃ©n con cierta tristeza.

-Hipo, una de esas cosas fue la que me obligÃ³ a irme de mi hogar.- MÃ©rida mirÃ³ nuevamente a Chimuelo, quien ahora mantenÃ-a la vista perdida en la pequeÃ±a mariposa que revoloteaba sobre su cabeza.- Yo adoraba Berk. TenÃ-a a todos mis amigos y familia. Si yo no me hubiese ido, habrÃ-a evitado cientos de problemas y momentos dolorosos. Probablemente mi madre no estarÃ-a muriendo por una enfermedad pulmonarâ€¦- MÃ©rida se tragÃ³ la angustia para poder continuar.- Y todo fue culpa de una de esas cosas.- Hipo se quedÃ³ anonadado. Â¿La madre de MÃ©rida estaba gravemente enferma?

-Lamento mucho lo de tu madre.- Le dijo con dulzura, ya que no sabÃ-a que otra cosa agregar. Hace mucho tiempo que no veÃ-a a MÃ©rida e incluso era casi absurdo que ella siguiese significando algo grande para Ã©l. Pero verla tan triste lo destrozaba. Se sentÃ-a terrible por no poder hacer nada para evitarle el dolor. MirÃ³ a su alado amigo y luego volviÃ³ la vista hacia la pelirroja.- QuizÃ¡ lo mejor sea que me vaya.- MÃ©rida se sobresaltÃ³.

-Â¡No!- GritÃ³, provocÃ¡ndole un pequeÃ±o respringo al dragÃ³n y a su domador.-Â¿Por quÃ© quieres irte?- Dijo mÃ¡s calmada y un poco avergonzada.

-No quiero que te pongas ansiosa por la presencia de Chimuelo. Ya

tienes demasiadas cosas en que pensar y no quiero que sufras mÃ¡s.- MÃ©rida sonriÃ³, secÃ¡ndole algunas lÃ¡grimas que antes se le habÃ-an caÃ-do.

-Eres un tonto al creer que renunciarÃ© a ti Ãºnicamente por un dragÃ³n.- Hipo se sonrojÃ³ al escuchar este comentario, pero lo ocultÃ³ mientras fingÃ-a acomodarse el cabello.- Ven, vamos a ver a la familia. Seguro mueren por volver a verte.- MÃ©rida dio un vistazo rÃ¡pido hacia Chimuelo, volviÃ©ndole la amargura a su timbre de voz.- Solo que Ã©l no podrÃ¡ venir.- Hipo mirÃ³ a su dragÃ³n a la vez que suspiraba.

-TendrÃ¡s que esconderte un par de dÃ-as aquÃ- en el bosque, amigo.- Le dijo mientras se acercaba para acariciar su cabeza.- Te traerÃ© todo el pescado que quieras en cuento pueda.- Chimuelo ronroneÃ³, no demasiado acuerdo con que su amo se fuese sin Ã©l con una pelirroja que casi lo habÃ-a matado de un flechazo.- EstarÃ© bien. Te lo prometo.- Chimuelo terminÃ³ por ceder e Hipo siguiÃ³ a su joven amiga hasta su caballo.

-No serÃ¡ un dragÃ³nâ€¦- Dijo MÃ©rida mientras subÃ-a al lomo de Angus.- Pero tambiÃ©n es muy rÃ¡pido.- Hipo subiÃ³ detrÃ¡s de MÃ©rida bastante confiado, pensando que el caballo no podrÃ-a igualar en nada a Chimuelo, pero cuando MÃ©rida tirÃ³ de la riendas, el caballo saliÃ³ tan bruscamente, que Hipo terminÃ³ en el suelo. Las risas alegres de la pelirroja fueron mÃºsica para sus oÃ-dos.

* * *

><p>-Â¿CÃ³mo estÃ¡?- Le preguntÃ³ Fergus al doctor de un clan vecino, uno que decÃ-an que era muy bueno, pero tampoco hacÃ-a milagros.<p>

-No voy a mentirte, Fergus, tu esposa estÃ¡ muy grave. Al parecer su Ãºltima gripe le ha provocado una infecciÃ³n en los pulmones y Ã©stos comienzan a llenarse de sangre haciendo que se ahogue lentamente.- El Rey de Escocia suspirÃ³ con tristeza, iba a perder a su Reina y no sabÃ-a si estaba preparado para ello.- Le he hecho una pequeÃ±o corte en su lateral derecho con la intenciÃ³n de quitar un poco del lÃ-quido de sus pulmones y ha salido a borbotones. SobrevivirÃ¡ un par de meses si revisamos periÃ³dicamente que los pulmones no se llenen de lÃ-quido, pero la sangre que se pierde es mucha y el proceso es muy doloroso. Si la infecciÃ³n no la mata, en el prÃ³ximo invierno el frÃ-o y las enfermedades si lo harÃ¡n.

-Gracias, Teodoro.- Le dijo y el doctor procediÃ³ a retirarse. Fergus ingresÃ³ tÃ-mido a la habitaciÃ³n que habÃ-a compartido con su esposa tanto tiempo, pero que ahora ya no la sentÃ-a tan cÃ¡lida como antes, sino que lÃºgubre.- Hola mi amor.- Le dijo una vez estuvo a su lado. Intentaba no mirar el pequeÃ±o corte en su lateral, que goteaba sangre hasta un cubo. Las damas de compaÃ±Ã-a que habÃ-an venido con el doctor se habÃ-an quedado a vigilar a la Reina, pero Ã©stas se retiraron al ver ingresar al Rey.

-Fergusâ€¦- Dijo ella forzando una sonrisa.- Â¿DÃ³ndeâ€¦- Se interrumpiÃ³ para tocer y quejarse por el dolor.- Â¿DÃ³nde estÃ¡ MÃ©rida?

-No ha vuelto del bosque.- Le contestÃ³ mientras acariciaba su cabeza.

-Ve a buscarla. Estoy preocupada por ella.- Fergus sonriÃ³.

-Es como si no la conocieras, Elinor.- La Reina sonriÃ³.- Ella estarÃ¡ bien, vendrÃ¡ a casa en cuanto se sienta lista.- Fergus desviÃ³ la mirada hacia el corte.- Â¿Duele?- Le preguntÃ³ con cierta ignorancia.

-Como el infierno.- IntentÃ³ reÃ-r Elinor.- Solo espero estar lista para poder cenar con mi familia.

-El doctor me ha dicho que el proceso dura un par de horas, luego cocerÃ¡n tu herida y te encontrarÃ¡s mejor.- La Reina sonriÃ³.

-No intentes engaÃ±arme, cariÃ±o.- Fergus se mantenÃ-a con el semblante entristecido.- SÃ© que esto no me curarÃ¡.

-Pero te ayudarÃ¡ a sentirte mejor.- La interrumpiÃ³ y justo cuando Elinor iba a contestarle algo, alguien llamÃ³ a la puerta. TÃ-midamente, una de las enfermeras del doctor, que estaban vestidas con sedas blancas, asomÃ³ la cabeza.

-Disculpen por la interrupciÃ³n, pero debo cerrar el corte de la Reina.- Ambos asintieron y Fergus se acomodÃ³ del otro lado de la cama para seguir tomando la mano de su Reina.

-MÃ©rida lo tomÃ³ muy mal.- Dijo Elinor de repente.- Y yo que en un pasado lleguÃ© a pensar que MÃ©rida me preferÃ-a muerta.- Fergus se sobresaltÃ³.

-Â¿QuÃ© dices, Elinor?- Le reprochÃ³.- MÃ©rida te ama, al igual que yo, al igual que los niÃ±os.

-Y yo los amo con toda mi alma.- La enfermera insertÃ³ la ajuga en la piel de la Reina provocÃ¡ndole un quejido.

-Lo lamento.- Se disculpÃ³ con educaciÃ³n.

-EstÃ¡ bien, querida, continÃºa.- Fergus mirÃ³ a su esposa con tristeza. Ella siempre habÃ-a sido la fuerte, la que organizaba toda su vida. Â¿QuÃ© harÃ-a sin ella?- Solo querÃ-a ver a MÃ©rida casada. QuerÃ-a verla feliz y protegida. QuerÃ-a asegurarme de que nunca le pasarÃ-a nada.- ComentÃ³ triste.

-Y la verÃ¡s, Elinor.- La Reina riÃ³ con un poco de ironÃ-a.

-Esa niÃ±a estÃ¡ demasiado ocupada siendo "libre" como para contraer matrimonio ahora mismo. AdemÃ¡s, quiero que sea con un hombre que ella de verdad ame. SÃ© que en el pasado querÃ-a obligarla a casarse por conveniencia, pero ahora entendÃ- que estaba equivocada. Yo me casÃ© contigo porque eras el amor de mi vida, me hacÃ-as ver la vida con otros ojos. No quiero que MÃ©rida se sienta presionada, quiero que escoja correctamente, pero para ello necesitarÃ¡ mucho tiempo. Tiempo que yo no tengo.- Fergus suspirÃ³. La enfermera terminÃ³ de coser la herida y prosiguiÃ³ a ayudar a la Reina a ponerse de pie. Con ayuda de la otra enfermera la vistieron adecuadamente para la cena y pronto la radiante Reina estaba caminando sobre sus tacones con la postura excelente que la caracterizaba. Pero le dolÃ-a. SentÃ-a que su cuerpo gritaba ayuda, aunque no lo desmostarse.

* * *

><p>Los dos jÃ³venes dejaron descansar al caballo de su rÃ¡pido andar casi un kilÃ³metro antes del castillo. TenÃ-an tanto de quÃ© hablar que no sabÃ-an si tendrÃ-an el tiempo suficiente como para contarse todo el uno al otro. MÃ©rida, con su habitual energÃ-a inagotable, era la que mantenÃ-a el ambiente infantil en todo aquello.<p>

-Y luego, mi madre era un oso. Â¿Puedes creerlo?- Hipo riÃ³ y negÃ³ con la cabeza.- Fue tan extraÃ±oâ€¦ Â¡Y mi padre querÃ-a matarla! Ã‰l pensÃ³ que el oso, mi madre, habÃ-a matado aâ€¦ Â¿Mi madre? En fin, ella saliÃ³ corriendo del castillo y corriÃ³ hacia el bosque. La seguÃ-, ya que no tenÃ-a idea de lo que serÃ-a capaz de hacerâ€¦- Hipo la escuchaba con atenciÃ³n pero al mismo tiempo su mente no podÃ-a parar de sentirse culpable por algo.

MÃ©rida no habÃ-a cambiado nada. Era tal cual y como la recordaba, con ese entusiasmo, alegrÃ-a y hÃ¡bitos de una niÃ±a pegueÃ±a. Ella habÃ-a mantenido su inocencia y alegrÃ-a, e Hipo no podÃ-a parar de sentir que Ã©l habÃ-a perdido la suya. Al ver a la pelirroja contar aquella historia con tanta pasiÃ³n, le dio algo de vergÃ¼enza imaginarse contÃ¡ndole su historia de cÃ³mo domÃ³ a Chimuelo. Era un relato que habÃ-a contado tantas veces que ya le parecÃ-a aburrido y en las Ãºltimas veces ni si quiera se habÃ-a esmerado en captar la atenciÃ³n de aquel o aquellos que la escuchan. Se sentÃ-aâ€¦ un adulto. Cada vez se estaba pareciendo mÃ¡s a su padre, mientras que MÃ©rida cada vez se parecÃ-a mÃ¡s a ella misma. Cuando la miraba, solo pesaba en aquella hermosa niÃ±a que le habÃ-a robado su corazÃ³n hace tantos aÃ±os, pero ahora se sentÃ-a triste porque Ã©l no era el mismo de antes.

-Â¿Hipo?- PreguntÃ³ MÃ©rida al ver que su captor no le estaba prestando demasiada atenciÃ³n.- Â¿Todo va bien?- ArqueÃ³ una ceja. Hipo sonriÃ³ y se acomodÃ³ el cabello hacia atrÃ¡s.

-SÃ- estoy bien.- ForzÃ³ una sonrisa.

-Â¿Te estoy aburriendo?- PreguntÃ³ la chica con inocencia, revelando en sus ojos algo de decepciÃ³n.

-Â¡No!- Se sobresaltÃ³ Hipo, poniÃ©ndose nervioso al pensar que la habÃ-a ofendido.- Disculpa Meri, es solo queâ€¦- SuspirÃ³.- Es que sigues igual y yoâ€¦ Solo mÃ-rame, soy diferente y eso por alguna razÃ³n me molesta.- Â¿Desde cuÃ¡ndo era tan abierto y sincero con alguien? Ni si quiera podÃ-a expresar esa sinceridad con Astrid o con su padre.

-No estÃ¡s diferente, Hipoâ€¦ Solo estÃ¡s mÃ¡sâ€¦- MÃ©rida se interrumpiÃ³. Estuvo al borde de decir "apuesto". Las mejillas se le enrojecieron, pero gracias a su cabello pudo disimularlo un poco.

-Â¿Estoy mÃ¡sâ€¦ quÃ©?- PreguntÃ³ Hipo algo confundido.

-MÃ¡s cubierto de metal que de piel.- IntentÃ³ zafarse la pelirroja.- Solo mira esa armadura tuya. No estamos en ninguna guerra, no hay necesidad de llevarla.- Hipo notÃ³ que la pelirroja bromeaba y no pudo evitar soltar una risita.- Â¿Y tu cabello? Â¿Acaso en Berk estÃ¡ de moda que los hombres usen cortes de mujer?- Hipo volviÃ³ a sonreÃ-r y eso hacÃ-a sentir muy bien a MÃ©rida.- Oh y por su puesto

estÃ¡ el hecho de que domas dragones. Â¿A caso no te conformabas con domar caballos? Â¿De verdad tenÃan que ser dragones?- El castaÃ±o soltÃ³ una gran carcajada, sintiÃ©ndose aliviado de haber compartido con su gran amiga su pesar y que ella lo haya resuelto en tan pocas palabras.

-Ya entendÃ.- Le dijo.- Pero tienes que admitir que me veo mÃ¡s guapo.- MÃ©rida riÃ³, tomÃ¡ndolo del brazo para hacer que avanzara.

-Vale, no exageres.- Hipo mirÃ³ a la pelirroja que lo llevaba a rastras del brazo. QuÃ© bien se sentÃa tenerla cerca. Su voz. Su tacto. Todo a su alrededor lo reconfortaba. Era mÃ¡s perfecta de lo que recordaba y eso lo asustaba mucho. Se mentÃa a sÃ mismo diciendo que lo Ãºnico que sentÃa por ella era aprecio, ese aprecio que alguna vez sintiÃ³ de pequeÃ±o, pero era obvio que habÃa algo mÃ¡s ademÃ¡s que simplemente cariÃ±o entre ellos. HabÃa algo especial, pero averiguar quÃ© era traerÃa mÃ¡s consecuencias que virtudes e Hipo ni MÃ©rida estaban bien emocionalmente como para pasar por todo ese dolor que tomar ese camino comprometÃa.

Pero estos dos jÃ³venes no estÃ¡n prÃ³ximos a rendirse.

* * *

><p><strong>Notas de la autora: Lamento tardar tanto en poner Ã©sto, pero bueno, soy muy colgada y casi nunca me doy cuenta de nada...<strong>

**Especiales agradecimientos a: **

**-Utatane
Armstrong**

-Paolabaez

-LittleDragonAmazon

**Por dejarme unos hermosos Reviews y Favoritos, en serio me alegra muchÃsimo que os agrade la historia y solo con saber que ustedes la apoyan hace que seguir adelante sea aÃºn mÃ¡s fÃ¡cil y divertido para mÃ. Sigo haciendo esto por ustedes... Â¡Un besazo! Â¡Y miles de gracias! **

TambiÃ©n agradecer a:

-trueloveofredheads

**-Avatar Baru **

Por dejarme vuestros Favoritos... Â¡Millones de gracias! Siempre recalco que son los lectores quienes hacen una historia, puesto que yo sin ustedes no soy una escritora, sino simplemente una persona que escribe para sÃ misma. Â¡Ustedes me dan Ã¡nimos de seguir adelante! Â¡Simplemente gracias!

**Muchos besos y abrazos 3 **

5. CapÃtulo 4: Una madre jamÃ¡s olvida

Â¡Fav si os gusta la historia, me da muchÃ-simos Ã¡nimos para seguir adelante!

Adoro saber sus opiniones y sugerencias, asÃ- que si tenÃ©is tiempo y ganitas, dejadme un Review :3 Adoro leerlos!

Ahora si... Â¡Disfrutad del capÃ-tulo 4!

-CapÃ-tulo 4: Una madre jamÃ¡s olvida-

Se encontraban ya en el pueblo que rodeaba el palacio de Dunbroch. Los pueblerinos reconocÃ-an a la hermosa y joven princesa de su reino, pero no al joven de extraÃ±as apariencias que la acompaÃ±aba. Algunos dirigieron miradas furiosas hacia el joven sin siquiera saber por quÃ© razÃ³n. MÃ©rida, como siempre perdida en su mundo, poco notÃ³ aquel comportamiento de su gente mientras que seguÃ-a parloteando historias sobre todo aquello que recordaba. Incluso Angus comenzÃ³ a ponerse incÃ³modo, mientras que ella seguÃ-a sin percatarse de nada.

-Meriâ€¦- La llamÃ³ Hipo en un susurro.

-Dime.- Dijo ella sin dejar de caminar.

-Â¿Por quÃ© todo el mundo me mira como si te estuviera llevando de rehÃ©n?- MÃ©rida se detuvo y observÃ³ a su alrededor. Todo el mundo los observaba y habÃ-a un inquietante silencio aterrador. MÃ©rida sonriÃ³ incÃ³moda para su pÃºblico enfadado y saludÃ³ brevemente antes de seguir caminando a toda prisa.

Ya casi llegando al castillo, depositaron a Angus en su establo, dÃ¡ndole por su ardo trabajo de traer a dos personas (Una con una pesada armadura) lo mÃ¡s rÃ¡pido posible a casa, tres merecidas zanahorias. El caballo relinchÃ³ de alegrÃ-a a lo que estiraba el cuello para que el jinete de dragones le acariciara el cabello.

-Le agradas.- Dijo MÃ©rida mientras sonreÃ-a con ternura.

-Es solo porque tengo las zanahorias.- Se encogiÃ³ de hombros Hipo, un poco apenado.

-No, al contrario.- MÃ©rida desviÃ³ la mirada hacia Angus, quien cerraba los ojos por el placer que le provocaban las caricias de Hipo.- Mi padre lo rescatÃ³ de unos cazadores que criaban esta especie de caballos con brutalidad. SegÃºn lo que me dijo, lo separaron de su madre al nacer para someterlo a duros entrenamientos. Solo lo dejaban verla para que se alimentara.- SuspirÃ³ a la vez que el caballo desviÃ³ su atenciÃ³n a las zanahorias.- Su madre se rompiÃ³ una pata y la sacrificaron, no para que no sufriera, sino que ya no les servÃ-a una yegua que no podÃ-a andar. Era peso muerto y no tenÃ-an tiempo para cargar con ella.- Angus, como si se sintiese perturbado por la historia, le dio la espalda a ambos. Hipo miraba con atenciÃ³n a la joven, que parecÃ-a tan dolida por la historia como su corcel.- Angus llegÃ³ a mis brazos poco despuÃ©s de eso. Algunos lo acusaron de indomable y violento, pero mi padre siempre fue muy apegado a los caballos y negÃ³ la posibilidad de sacrificarlo. No confiaba en nadie. No permitÃ-a que nadie lo alimentase. Rechazaba todo tipo de muestras de afecto. Mi padre decÃ-a que el mismo caballo estaba intentando matarse.- MÃ©rida

suspirÃ³.- Hasta que lo encontrÃ©. Yo era solo una niÃ±a y creo que fue mi inocencia la que evitÃ³ que Ã©l se sintiera amenazado.- SonriÃ³ levemente.- Nadie podÃ-a creerlo. Una jovencita de nueve aÃ±os habÃ-a logrado domar a lo indomable.- El corcel se acercÃ³ al castaÃ±o, dejando que Ã©ste lo acariciase.- Desde entonces somos inseparables y ha aprendido a vivir con tranquilidad cerca de los humanos. Pero aÃºn asÃ-, Hipo, jamÃ¡s acepta premios que no sean de mis manos. No bebe ni come alimentos que son servidos por los demÃ¡s. Ni hablar de que nadie ademÃ¡s de mi puede acariciarlo.- SonriÃ³.- Le agradas, lo cual es envidiable.- Hipo le sonriÃ³ al caballo. No entendÃ-a por quÃ©, pero nunca se habÃ-a sentido tan halagado. QuizÃ¡ habrÃ-a sido la sinceridad de MÃ©rida al confesar que le sentÃ-a cierta envidia por ya no ser la Ãºnica a la cual Angus le tenÃ-a afecto, pero tampoco parecÃ-a enfadada, sino aliviada.

-Â¡MÃ©rida!- Se escuchÃ³ brevemente la voz de su madre a lo lejos.- Â¡Â¿Eres tÃº?!- Gritaba Ã©sta.- Â¡La cena ya estÃ¡ lista!- MÃ©rida le dio una Ãºltima caricia a Angus, la cual Ã©ste recibiÃ³ con alegrÃ-a, y tomÃ³ a Hipo del brazo para acarrearlo hasta adentro.

* * *

><p>El palacio era muy cÃ¡lido por dentro. A pesar de la tristeza que habÃ-a pasado los Ãºltimos dÃ-as allÃ-, MÃ©rida sentÃ-a una extraÃ±a sensaciÃ³n de alegrÃ-a al ingresar a su hogar nuevamente. Una alegrÃ-a que parecÃ-a tener algo que ver con su nuevo invitado.<p>

-Â¿Quieres librarte de toda esa basura antes de cenar?- Le dijo con una sonrisa mientras le daba unos golpecitos a su armadura.

-Desde que nos hemos encontrado has estado en contra de mi nuevo atuendo.- RiÃ³ el castaÃ±o.

-Puede ser.- SonriÃ³.- Es que te deja demasiado atractivo y las chicas de por aquÃ- son unas fieras.- MÃ©rida lo habÃ-a dicho en forma de broma, como un colegueo entre viejos amigos, aunque no pudo evitar sonrojarse levemente tras ese comentario. Hipo no se quedÃ³ atrÃ¡s. La palabra "atractivo" mencionado por esos labios carmesÃ- le provocaba que su estÃ³mago se contrajera. Ambos intentaron disimularlo, obviamente, pero la esencia del momento se habÃ-a quedado en el aire.- B-bueno, te mostrarÃ© tu habitaciÃ³n.- Dijo la pelirroja y avanzÃ³ rÃ¡pidamente, seguido por un Hipo con demasiadas emociones nuevas encontradas y una conciencia no del todo limpia.

* * *

><p>Elinor dibujÃ³ en su rostro el espanto en persona. No podÃ-a estar pasando de nuevo, creÃ-a que en todos estos aÃ±os habÃ-a mantenido a MÃ©rida a salvo, pero no, el mal la habÃ-a hallado de nuevo.<p>

-Gracias Erasmus.- Dijo casi sin aliento.- Me ocuparÃ© de este asunto.

-Lamento tener que darle tan amargas noticias, su majestad, incluso sabiendo de su inestable salud; pero me pareciÃ³ incorrecto ocultarle este tipo de informaciÃ³n sabiendo lo importante que es para usted su hija.- La Reina alzÃ³ la vista hacia el joven herrero del pueblo, un amigo cercano a su hija. Noble, apuesto y un gran caballero. Elinor

le tiene un gran aprecio, pero en ese momento lo detestaba por haberle traÃ-do tan malas noticias.

-Entiendo.- ContestÃ³ la Reina.- Te agradezco de todos modos.- El joven hizo una leve reverencia ante la Reina y se retirÃ³ de la habitaciÃ³n.

Â¿CÃ³mo es que podÃ-a tener tan mala suerte? Primero fue su salud, luego la tristeza de su hija y ahora el peligro de Ã©sta. Elinor se enderezÃ³, apretÃ³ los puÃ±os y se dispuso a seguir con la idea de cenar en familia, incluso sabiendo que quizÃ¡ no sea la cena mÃ¡s agradable de todas. Conociendo a MÃ©rida, reaccionarÃ-a mal ante la noticia. Pero ella no lo entiende, Elinor solo quiero que estÃ© a salvo. Ella no sabe las historias que se cuentan por Berk, mientras que su madre sÃ-. Un domador de dragones, jinete de un Furia Nocturna. MÃ©rida tendrÃ-a que estar severamente mal de la cabeza si cree que su madre permitirÃ¡ que corra semejante riesgo.

* * *

><p>Por primera vez en su vida MÃ©rida se arreglÃ³ para cenar. Se dio un baÃ±o, se puso uno de sus vestidos elegantes, intentÃ³ arreglar su cabello e incluso se hecho algo de perfume. Â¿QuÃ© estaba pasando? Se decÃ-a a sÃ- misma que Ãºnicamente querÃ-a estar bien vestida para complacer a su madre, ya que siempre habÃ-a soÃ±ado con una MÃ©rida respetuosa que comiera con la boca cerrada y dejara las armas en su cuarto. SÃ-, eso era. Ãšnicamente para complacer a su madre. Nada tenÃ-a que ver con un castaÃ±o que dormÃ-a en el cuarto de invitados.<p>

-Claro que no.- Se dijo a sÃ- misma mientras se miraba en el espejo.- Es solo por mi madre, estoy segura.- SuspirÃ³ y se tapÃ³ la cara con las manos.- Â¿A quiÃ©n engaÃ±o?- VolviÃ³ a mirarse en el espejo.- No es por mamÃ¡ y deberÃ-a darme vergÃ¼enza ponerla como excusa.- ParecÃ-a una loca hablando sola, pero no tenÃ-a idea de con quiÃ©n podÃ-a tratar ese asunto mÃ¡s que con ella misma.

Se vio interrumpida por unos leves golpes en la puerta.

-SÃ-, adelante.- Dijo ella mientras terminaba por ponerse los zapatos.

Hipo asomÃ³ la cabeza con timidez, sintiÃ©ndose incÃ³modo por irrumpir en la habitaciÃ³n de la joven, pero no conocÃ-a nada mÃ¡s en el castillo y, para ser honestos, sentÃ-a algo de miedo de perderse. MÃ©rida sonriÃ³ al verlo, indicÃ¡ndole que todo estaba en orden.

Al verla, su corazÃ³n dio un vuelco. Simplemente no pudo dejar de mirarla, estaba mÃ¡s hermosa que nuncaâ€¦ Si es que eso era posible. Se tomÃ³ la libertad de admirar su belleza sin temor a sentirse avergonzado, puesto que ella rebuscaba algo en su escritorio sin prestarle demasiada atenciÃ³n al atÃ³nito joven parado en su puerta. Hipo sintiÃ³ que un escalofrÃ-o le recorriÃ³ toda la espalda, dejÃ¡ndolo boquiabierto y confundido. Â¿Desde cuÃ¡ndo MÃ©rida le provocaba esa reacciÃ³n?

FÃ¡cil: Desde siempre.

Mientras la observaba ponerse unos pendientes, recordÃ³ aquella sensaciÃ³n de temor que sentÃ-a cuando era tan solo un niÃ±o. Esa

sensaciÃ³n de miedo de decir algo tonto y quedar como tal, esa sensaciÃ³n de terror al pensar en MÃ©rida con otro chico, esa sensaciÃ³n de profunda tristeza cuando ella abandonÃ³ la isla aquella frÃ-a noche.

La pelirroja terminÃ³ de alinear los Ãºltimos detalles para dirigirle una mirada algo avergonzada a Hipo. Ã‰l tenÃ-a sus ojos verdes calvados en ella y, por alguna extraÃ±a razÃ³n, le gustaba. Se sentÃ-a victoriosa, como si hubiese logrado su objetivo. No fue hasta que sus ojos se encontraron cuando Hipo desviÃ³ la mirada, terriblemente apenado por ser tan obvio ante su amiga. Porque eso era lo Ãºnico que eran. Amigos.

La palabra le sabÃ-a a vinagre.

-Â¡Vaya!- ExclamÃ³ ella mientras se le acercaba, intentado ocultar su profunda satisfacciÃ³n.- Ahora si eres un poco mÃ¡s el Hipo de antes.- El castaÃ±o sonriÃ³ y se acomodÃ³ el cabello hacia atrÃ¡s.- Te dije que parte del problema era la armadura.

Hipo vestÃ-a una camisa verde pantanoso como la que solÃ-a usar hace aÃ±os, pero sin ese horroroso chaleco de cuero marrÃ³n. Lo combinaba con unos pantalones negros bastante sueltos pero apretados en las pantorrillas. Se sentÃ-a cÃ³modo, aunque un poco mÃ¡s vulnerable, como si su armadura representara la valentÃ-a y hombrÃ-a que habÃ-a tenido recientemente. Ahora, con esa vestimenta, se sentÃ-a un poco mÃ¡sâ€¦ Hipo.

-Me siento extraÃ±o.- ConfesÃ³. La pelirroja sonriÃ³.

-Me gusta.- Dijo con tanta sencillez que Hipo dudÃ³ si tomar aquello como un ligue. Se sonrojÃ³ de todas formas, pero gracias a la colorada luz que ofrecÃ-an las antorchas y velas del lugar, casi ni se le notÃ³. Casi.- Â¿Te pongo incÃ³modo?- Se preocupÃ³ MÃ©rida.

-Â¡No! Â¡No!- Se sobresaltÃ³ Hipo.- P-para nada.- SonriÃ³ incÃ³modamente.- Somos amigos, Â¿no es asÃ-?-

-SÃ-.- AfirmÃ³ MÃ©rida con poco entusiasmo.- Amigos.- Mencionar aquella palabra le dejÃ³ un nudo gigante en la garganta.

* * *

><p>Los dos jÃ³venes amigos no fueron los primeros en llegar a la mesa. Desde la escalera principal podÃ-an admirar a su padre en la cabecera de la mesa, a su madre a su derecha y a sus tres hermanos sentados a la izquierda de su madre. Todos charlaba alegremente, sin si quiera tocar la comida. MÃ©rida sabÃ-a que la estaban esperado, pero se sorprendiÃ³ al notar que habÃ-a dos platos colocados a la izquierda de su padre. Uno para ella y otro para Hipo. Â¿CÃ³mo se habÃ-an enterado la llegada de su amigo?<p>

De todas formas, decidiÃ³ dejar el suspenso hasta el final para darle una sorpresa a su padre, quien seguramente estarÃ-a feliz de ver a Hipo luego de tantos aÃ±os.

Le indicÃ³ a su amigo que se mantuviera oculto hasta que ella se lo indicara y bajÃ³ rÃ¡pidamente por las escaleras. Se madre esbozÃ³ una sonrisa al verla.

-Â¡Ya era hora!- Dijo alegremente. MÃ©rida sonriÃ³ y se acomodÃ³ en su lugar, no sin antes besar la mejilla de su madre y de su padre. Elinor notÃ³ la elegancia de su hija y sintiÃ³ un temor enorme. MÃ©rida jamÃ¡s se arreglaba para cenar, su preocupaciÃ³n por su imagen solo podÃa ser por una razÃ³n. Una razÃ³n castaÃ±a, de ojos verdes y venida de Berk.- MÃ©rida, que grata sorpresa.- Dijo con indiferencia.- Aseada, arreglada y sin armas en la mesa. Â¿QuÃ© estÃ¡ ocurriendo?- La joven princesa simplemente sonriÃ³.

-Es ciertoâ€¦- Dijo Fergus, su padre.- Â¿A quÃ© se debe tu repentino interÃ©s por ser educada?- Los tres trillizos soltaron una carcajada ahogada.

-Fergus.- Lo regaÃ±Ã³ Elinor.- Supongo que al fin todas mis lecciones sobre cÃ³mo ser una princesa dieron sus frutos.- MÃ©rida tomÃ³ una manzana y le dio un mordisco.

-Todos ustedes estÃ¡n exagerando.- Dijo con la boca llena.- No estoy tan arreglada, simplemente me di un baÃ±o.

-Â¡Y quÃ© baÃ±o!- ExclamÃ³ uno de sus hermano, la similitud entre los tres era tal que le costÃ³ reconocer de quiÃ©n se trataba.- Resulta que eras humana.

-JA, JA.- ExagerÃ³ la pelirroja.- Â¿Desde cuÃ¡ndo eres comediante?- Su hermano la mirÃ³ con suficiencia. MÃ©rida se puso seria.- En fin, hoy tenemos un invitado.- Los hermanos de MÃ©rida sonrieron de oreja a oreja.- Y no, pequeÃ±os mocosos, ni se les ocurra hacer comentarios de mÃ¡s. Es solo un amigo.- Tuvo una ligera dificultad al decir lo Ãºltimo.

-Â¿Es alguien que ya conocemos?- Quiso saber la ya enterada Elinor.

-Probablemente.- CanturreÃ³ MÃ©rida con desinterÃ©s mientras observaba la manzana.- Pero dudo que lo recuerden.- Fergus arqueÃ³ una ceja.

-Hija mÃa, me estÃ¡s matando con el suspenso. Â¿Ya podemos saber quiÃ©n es?-

-EstÃ¡ bien.- SonriÃ³ MÃ©rida al ver la ansiedad de su padre.- Oh, invitado misterioso. Â¿Por quÃ© no bajas y le enseÃ±as a mi familia quiÃ©n eres?- Hipo entendiÃ³ aquello como su seÃ±al.

Elinor estaba demasiado tensa. Arrugaba su vestido entre sus puÃ±os por debajo de la mesa, mientras que su rostro mostraba total intriga por saber quiÃ©n era el muchacho que su hija traÃa a cenar a casa. Lo Ãºnico que querÃa era confirmar lo que Erasmus le habÃa dicho, puesto que aquella realidad era demasiado mala como para ser cierta. Â¿De verdad habÃa regresado? Y de ser asÃ, Â¿por quÃ©? Â¿Acaso vino en busca de MÃ©rida?

Hipo bajÃ³ las escaleras demasiado despacio como para mantener el suspenso en la sala por un minuto mÃ¡s. Al revelar su rostro ante la familia Vikinga, pudo ver diferentes reacciones. ConfusiÃ³n por parte de los tres pequeÃ±os de entre diez y doce aÃ±os sentados frente a MÃ©rida, quienes supuso que eran sus hermanos, aunque nunca habÃa mencionado que Ã©stos eran trillizos. Asombro en el rostro del

envejecido Fergus, quien lo miraba con una expresiÃ³n iluminada y la boca semi abierta, como si hubiese suspirado profundamente. MÃ©rida lo observaba con orgullo, como si hubiese traÃ-do a casa un trofeo de cacerÃ-a.

Pero detrÃ¡s de su encantadora amiga, un par de ojos verdes oscuros lo miraban con intenso odio. A pesar de que el rostro de Elinor permanecÃ-a intacto de alguna seÃ±al de desagrado, sus ojos irradiaban furia, dejando a Hipo dudoso de seguir avanzando.

La Reina no logrÃ³ contenerse y golpeÃ³ la mesa fuertemente, volcando la copa de vino de su marido. Se levantÃ³ de su asiento haciendo que la silla volara hacia atrÃ¡s, dejando a todos atÃ³nitos y confundidos.

-MÃ©rida, Â¿quÃ© hace Ã©l aquÃ-?- La princesa estaba mÃ¡s que asombrada, estaba atÃ³nita y terriblemente confundida. Hipo se encontraba igual que ella, aunque en el fondo sentÃ-a ademÃ¡s algo de temor, no de la Reina, sino de lo que ella era capaz de hacer.

-M-mamÃ¡, Ã©l es Hipo. Mi amigo. El de Berk.- IntentÃ³ explicarse apresuradamente MÃ©rida, como si aquello fueran palabras que Elinor deseaba escuchar.

-Â¿CÃ³mo te atreves a irrumpir en nuestro hogar luego de todo lo que nos has obligado a pasar?- Elinor se dirigÃ-a hacia Hipo, aunque Ã©ste no sabÃ-a quÃ© diablos contestar.

-Y-yoâ€¦- ComenzÃ³.

-Â¡Silencio!- Le ordenÃ³ Elinor.- No te he dado permiso para que hablaras.- Fergus tomÃ³ el brazo de su Reina con cariÃ±o, intentado que se calmara.- Â¡No me toques, Fergus!- GritÃ³, completamente enloquecida.- Â¡Exijo que alguien me explique quÃ© hace Ã©l aquÃ-!- MÃ©rida, instintivamente, se apresurÃ³ a colocarse frente a Hipo, con una mano levantada hacia su madre, intentando tranquilizarla.

-Yo lo he invitado, mamÃ¡.- Dijo al borde de las lÃ¡grimas.- PensÃ© que su visita serÃ-a de tu agrado.

-Â¡Â¿CÃ³mo se te puede ocurrir tal cosa?!- Elinor estaba dispuesta a caminar hacia su hija, pero su esposo la detuvo tomÃ¡ndola de los hombros. La Reina no dejaba de mirar con desprecio al joven invitado.- Â¡Por su culpa casi mueres aquella noche! Â¡EstÃ¡s loca si crees que serÃ¡ bienvenido en mi castillo!- MÃ©rida respiraba agitadamente, sin saber quÃ© hacer.

-Elinor, relÃ¡jate.- Le dijo Fergus en un susurro.- Recuerda tu salud.

-Â¡Me importa muy poco mi salud si es que mi familia estÃ¡ en peligro!- RespondiÃ³ con agresividad.

-Es solo un muchacho indefenso, querida, no puede hacernos daÃ±o.- RetomÃ³ el Rey con paciencia.

-Â¿Indefenso?- Elinor comenzÃ³ a reÃ-r de forma desquiciada.- Un muchacho indefenso con un Furia Nocturna bajo sus Ã³rdenes.- MÃ©rida se quedÃ³ atÃ³nita, ella se habÃ-a enterado de aquello hace tan solo

unas horas. Â¿CÃ³mo podÃ-a su madre saber aquello? Su padre tampoco parecÃ-a demasiado asombrado.- Fergus, Â¿cÃ³mo puedes estar de acuerdo con esta locura?- Susurraba Elinor mientras comenzaba a sollozar.

-CÃ¡lmate, Elinor.- Ver llorar a su madre por su culpa le rompiÃ³ el corazÃ³n. MÃ©rida dejÃ³ que algunas lÃ¡grimas se resbalaran y ahora el que se sentÃ-a peor era el joven castaÃ±o a su espalda. Hipo no sabÃ-a cÃ³mo reaccionar ante aquella escena, se sentÃ-a terrible. Elinor lloraba, MÃ©rida lloraba y Fergus mantenÃ-a el semblante entristecido. ParecÃ-a imposible que aquella familia estuviese haciendo chistes hace tan solo algunos minutos atrÃ¡s.

-MÃ©rida, por favor, alÃ©jate de Ã©l.- Le suplicÃ³ Elinor a su hija.- Sabes que solo deseo tu seguridad.- La joven pelirroja estaba demasiado confundida. Odiaba ver a su madre de esa forma, pero por alguna razÃ³n sentÃ-a que alejarse de Hipo la lastimarÃ-a aÃºn mÃ¡s. Dio unos pasos hacia atrÃ¡s.- MÃ©rida. Por favor.- Suplicaba su madre entre sollozos. Hipo no deseaba ver a la madre de MÃ©rida de esa forma, pero sentÃ-a la necesidad de tomar a la joven princesa en sus brazos y sacarla de aquella situaciÃ³n tan horrible.

-MamÃ¡, no me hagas esto.- Dijo la pelirroja mientras otras lÃ¡grimas exigÃ-an lugar en sus mejillas.- No vuelvas a separarnos.- Elinor simplemente extendiÃ³ la mano hacia su hija, como intentando alcanzarla, mientras que ella seguÃ-a retrocediendo hasta dar con el cuerpo quieto y tenso del castaÃ±o.

Hipo no lo hizo a propÃ³sito. No lo hizo pensando. Simplemente lo hizo porque pensÃ³ que serÃ-a lo correcto. ExtendiÃ³ su mano hasta alcanzar la suave y delicada mano de su amiga; y la tomÃ³. MÃ©rida, sin si quiera prestar atenciÃ³n a este acto, reafirmÃ³ su agarre, sorprendiendo a Hipo en el acto.

El rostro de Elinor pasÃ³ de ser de tristeza absoluta a ira mÃ¡xima.

-Â¡MÃ©rida! Â¡Vuelve aquÃ-!- Le ordenÃ³ su madre, recordÃ¡ndole aquella noche en la que ella obedeciÃ³, obligÃ¡ndose a sÃ- misma a dejar a Hipo ir. Esta vez, serÃ-a diferente.

-No.- Dijo, tomando con fuerza la mano de su amigo. No lo volverÃ-a a perderle otra vez.

-Â¡MÃ©rida!- ChillÃ³ su madre, comenzando a caminar furiosa hacia la joven pareja de amigos.

Fue suficiente para que la pelirroja tomase la iniciativa y corriera fuera del castillo de la mano del joven domador de dragones.

* * *

><p><strong>Buenas a todos, lamento no poder responder sus comentarios hoy, pero lo harÃ© si o si el prÃ³ximo capÃ-tulo...<strong>

Â¡Estas semanas han sido terribles!

Y no querÃ-a retrasar mÃ¡s su lectura, por lo que estoy publicando esto a las apuradas...

Â¡Nos leeremos muy pronto!

IntentarÃ© regresar a la rutina (Ahora que las aguas estÃ¡n mÃ¡s calmas) de 1 capÃtulo por fin de semana

Â¡Un besazo!

Â¡Gracias por continuar leyendo!

6. CapÃtulo 5: LlÃ©vame lejos

**Hellow my friends... Bueno, primero que nada: Â¡PerdÃ³n! Â¡PerdÃ³n! Â¡Se que me retrasÃ© demasiado! La verdad es que estaba falta de inspiraciÃ³n porque, aunque no lo crean, hasta hace poco yo contaba sin la experiencia de haber visto la pelÃcula de CÃ³mo Entrenar a tu DragÃ³n 2... SÃ, lo sÃ©, vivo en un pinche termo. AsÃ que no me veÃa demasiado conforme escribiendo y vaya que tenÃa razÃ³n, es decir, wow... en la segunda peli pasan tantas cosas irrelevantes que habÃa ignorado por completo y que Wikipedia no me dijo... Â¡Veanla si tiene la oportunidad! **

**Ahora sÃ, el capÃtulo... He llegado a una conclusiÃ³n. Como este es un Fan Fiction y yo soy la autora puedo hacer lo que se me cante, pero siguiendo obviamente un orden lÃ³gico entre pelÃculas. He decidido lo siguiente: UbicarÃ© este FanFic despuÃ©s de CEATD1 y despuÃ©s de la pelÃcula Brave o Valiente, como sea en tu paÃs, pero estarÃ¡ especÃficamente meses antes de los acontecimientos de CEATD2, ya lo verÃ¡n con Ã©ste capÃtulo... **

**En serio, disculpen nuevamente por el retraso, pero es que con la vacaciones y todo tenÃa tan pocas ganas de escribir como tÃº ahora mismo de leer todo el testamento que te he dejado. AsÃ que disfruta el capÃtulo y nos vemos pronto...**

_**ADVERTENCIA: El siguiente contenido puede llegar a contener Spoilers de CÃ³mo Entrenar a tu DragÃ³n 2, si no has visto la pelÃcula...Â¿QuÃ© estÃ¡s esperando? Â¡EstÃ¡ genial!
**_

-CapÃtulo 5: LlÃ©vame lejos-

Las pisadas de ambos resonaban por todo el bosque. MÃ©rida respiraba agitadamente, dirigiendo la marcha y recibiendo varios golpes de ramas y hojas que se atravesaban en su camino. Hipo mantenÃa su agarre firme, no la soltarÃa por nada en el mundo.

Minutos atrÃ¡s se habÃan visto amenazados por la madre de MÃ©rida, quien seguÃa teniendo resentimiento hacia el joven domador de dragones. EntendÃa que la seguridad de MÃ©rida le preocupaba, pero Hipo sabÃa perfectamente que aquello era algo mÃ¡s personal. Nadie puede odiar tanto a una persona por un error que cometiÃ³ cuando era tan solo un niÃ±o.

MÃ©rida tropezÃ³ con algo y cayÃ³ con fuerza al suelo, seguida por Hipo, quien mantenÃa sus manos fuertemente unidas. El golpe lo desconcertÃ³, dejÃ¡ndolo con un extraÃ±o pitido que le retumbaba por los oÃdos. SacudiÃ³ la cabeza para deshacerse del mareo y de aquel molesto sonido, para luego dirigir su atenciÃ³n hacia la pelirroja

quien la miraba preocupada.

-Como lo siento.- Dijo con el llanto amenazando en su voz.- Â¿Te encuentras bien?- Hipo podÃ-a notar la desesperaciÃ³n en la respiraciÃ³n de la joven. MÃ¡s allÃ¡ del susto por la caÃ-da, MÃ©rida se encontraba realmente afligida ya sea por la pelea con su madre, por no tener lugar a donde ir o, simplemente, por ambas. Hipo tomÃ³ el rostro de MÃ©rida entre sus manos para que lo mirara directamente hacia los ojos. La respiraciÃ³n de la joven seguÃ-a siendo agitada, pero se clamaba de a poco.

-Estoy bien.- TerminÃ³ por decirle.- TranquilÃ-zate, todo va a estar bien.- MÃ©rida mirÃ³ a su acompaÃ±ante directo a los ojos, siendo imposible evitar que una lÃ¡grima se resbalara. Hipo secÃ³ aquella lÃ¡grima escurridiza con su pulgar y le sonriÃ³ a la perturbada joven quien seguÃ-a siendo presa de sus manos.- No llores, Meri. Vamos a estar bien.- Dijo con dulzura.

-No la entiendo.- SoltÃ³ de repente, con la frustraciÃ³n volviendo a su mirada.- PensÃ© que ella querÃ-a verme feliz.- ArrugÃ³ la frente, desviando por primera vez la vista de esos atrapantes ojos verdes.

-Solo estÃ¡ preocupada por ti.- Hipo corriÃ³ un mechÃ³n de aquel indomable cabello detrÃ¡s de la oreja de su dueÃ±a, haciendo que Ã©sta volviese a alzar la vista hacia Ã©l. Le sonriÃ³ y, esta vez, algo cambiÃ³ en la mirada de la princesa.

-Hipoâ€¦- SusurrÃ³, llevando una de sus manos hasta el rostro del joven. La proximidad entre ambos era tal que podÃ-a escuchar el latir de su corazÃ³n que era tan rÃ¡pido y ansioso como el de ella. El domador de dragones, impulsado por una fuerza inexplicable, acortÃ³ aÃºn mÃ¡s la distancia entre ambos amenazando con que sus labios se unieran en un inevitable beso.

Pero un sonido en el bosque hizo que ambos desviaran la atenciÃ³n hacia la profunda oscuridad.

* * *

><p>-Esto no puede ser posible.- La Reina aventÃ³ otro plato contra la pared, gritando con furia luego de ver a Ã©ste rompiÃ©ndose en miles de pedazos. Sus dos damas de compaÃ±Ã-a la observaban sin saber quÃ© hacer, rogando con todas sus fuerzas que el Rey apareciera de una vez por todas con la princesa MÃ©rida en sus brazos.<p>

Y eso fue lo que ocurriÃ³, pero sin la presencia de la joven pelirroja.

-Â¡Fergus!- CorriÃ³ hacia Ã©l la Reina.- Dime que la has hallado. Â¡Dime!- Se aferro expectante a la camisa de su marido.

-Lo lamento, Elinor. No los he logrado alcanzar.- El rostro de la Reina cambiÃ³ completamente, volviendo a mostrar esa furia incomprensible. Se tomÃ³ del cabello y cayÃ³ de rodillas al suelo, sin saber si llorar o gritar, por lo que realizÃ³ ambas acciones a la vez. El Rey la observaba con tristeza, sin saber quÃ© hacer. Nadie en el castillo sabÃ-a si habÃ-a algo ademÃ¡s de la llegada de MÃ©rida que calmase a la Reina.

-Â¡MaldiciÃ³n!- Gritaba.- Â¿Â¡Por quÃ©!?- Suplicaba, golpeando los puÃ±os contra el suelo. Fergus no podÃ-a continuar parado sin hacer nada, por lo que sujetÃ³ a su amada esposa con fuerza, evitando asÃ- que esta continuara haciÃ©ndose daÃ±o.

-Â¡Elinor! Â¡Ya basta!- Le exigÃ-a y, luego de un rato mÃ¡s de forcejeo, la Reina terminÃ³ por rendirse ante el cansancio y dejarse llevar por los fuertes brazos de su esposo.- RelÃ¡jate, querida.- Le susurraba Ã©ste al oÃ-do.- Los encontraremos.- SeguÃ-a diciendo.- Traeremos a nuestra pequeÃ±a a casa.- Elinor simplemente asintiÃ³, mientras que en su cabeza pasaban miles de pensamientos y planes para traer de vuelta a MÃ©rida. De tantos, solo uno terminÃ³ por convencerla.

DebÃ-a eliminar al muchacho.

* * *

><p>Hipo se parÃ³ instintivamente para colocarse frente a MÃ©rida, quien no tardÃ³ en ponerse de pie y pararse al lado de su amigo. La pelirroja maldijo en su mente la hora en que decidiÃ³ vestirse de gala y dejar su arco y su carjac de flechas en su habitaciÃ³n.<p>

De las sombras, una figura pequeÃ±a y encorvada comenzÃ³ a hacerse presente. Era una mujer, una anciana, que caminaba con dificultad recargada sobre un bastÃ³n de madera. MÃ©rida casi dio un vuelco al reconocer de quiÃ©n se trataba.

-TÃºâ€¦- Dijo en un susurro lo suficientemente alto para que la mujer y su acompaÃ±ante la oyeran.- CreÃ- que te habÃ-as ido para siempre.- La anciana se quitÃ³ la capucha que cubrÃ-a su rostro para que la luna iluminase su sonrisa. Hipo estaba algo confundido, claramente su amiga conocÃ-a a aquella anciana, aunque para Ã©l resultase una total extraÃ±a.

-Â¡Pero si es la niÃ±a que querÃ-a cambiar su destino!- RiÃ³ con entusiasmo.- Â¿CÃ³mo te fue con eso, eh?- MÃ©rida apretÃ³ la mandÃ-bula.

-No muy bien.- ConfesÃ³, recordando todos esos horribles momentos en los que su madre fue un oso.

-Oh, que pena oÃ-r esa noticia.- La mujer dirigiÃ³ la mirada al aÃºn confundido castaÃ±o y le ofreciÃ³ una sonrisa torcida.- Pues a mÃ- me parece que has encontrado algo mÃ¡s interesante.- RiÃ³ nuevamente. Hipo no supo interpretar aquello.

-Es solo un viejo amigo.- Le advirtiÃ³ MÃ©rida, aunque la bruja pudo notar fÃ¡cilmente el desagrado en su timbre de voz. La anciana se rascÃ³ el mentÃ³n y arqueÃ³ una ceja, como si supiera exactamente que aquello no era demasiado cierto.

-Â¿CÃ³mo te llamas, jovencito?- PreguntÃ³ dirigiÃ©ndose a Hipo y tomÃ¡ndolo por absoluta sorpresa. HabÃ-a estado tan fuera de la conversaciÃ³n que se sintiÃ³ algo perdido al escuchar que esa pregunta le fue dirigida.

-H-Hipo.- ContestÃ³, algo dudoso.

-Hipo Horrendo Abadejo III, Â¿verdad?- El castaÃ±o se quedÃ³ algo

anonadado.

-SÃ-, asÃ- es.- ContestÃ³, con cierto temor en su voz.

-Â¡Que honor tener al famoso domador de dragones frente a mÃ-!- GritÃ³ complacida la bruja.- He estado por Berk durante mis vacaciones y sus habitantes no dejaban de contar historias sobre ti. Por desgracia no tuve la oportunidad de conocerte en persona hasta el dÃ-a de hoy.- Hipo simplemente sonriÃ³, algo avergonzado.

-Un minuto, Â¿estuviste en Berk?- PreguntÃ³ MÃ©rida, un poco atÃ³nita, ya que ningÃºn barco llevaba hasta Berk por prohibiciÃ³n de la Reina. Un poco mÃ¡s tarde, recordÃ³ que se trataba de una bruja.

-Â¡Estuve en todos lados, mi niÃ±a!- RiÃ³ la anciana.- Han sido las vacaciones mÃ¡s complacientes de mi vida, como para continuar esculpiendo estructuras de madera durante otros cien aÃ±os mÃ¡s.- SonriÃ³.- A propÃ³sito, Â¿quÃ© hacÃ©is ustedes dos aquÃ- en la oscuridad del bosque, solos?- AlzÃ³ una ceja mientras sonreÃ-a picaronamente.

-Â¡Oh, no!- LevantÃ³ sus manos la algo avergonzada MÃ©rida.- Solo estÃ¡bamosâ€¦- MirÃ³ a Hipo en busca de ayuda.

-Tomando aire fresco.- AgregÃ³ Ã©l, con una sonrisa forzada. La anciana arqueÃ³ una ceja, no demasiado convencida.

-Pues es demasiado tarde como para que dos jovencitos paseen solos por el bosque.- SonriÃ³ e hizo un ademÃ¡n con la mano.- Seguidme, pueden quedarse en mi casa por esta noche.- VolteÃ³ sobre sus talones y comenzÃ³ a caminar en direcciÃ³n opuesta. Ambos amigos compartieron una mirada traviesa, como si hubiesen sido pillados en medio de una travesura, para luego seguir en silencio a la anciana bruja.

* * *

><p>Muy lejos de allÃ-, casi al otro lado del mundo, descansaba una hermosa joven vikinga en el recinto de su nuevo hogar. Un hogar que compartÃ-a con su ausente prometido.<p>

No se quejaba, pues entendÃ-a las claras razones de su amante para huir de todo por un tiempo, pero ese tiempo habÃ-a resultado ser demasiado largo y ya comenzaba a extraÃ±arlo mÃ¡s de lo que su corazÃ³n podÃ-a soportar.

Dio algunas vueltas en la cama vacÃ-a, buscando ese calor que alguna vez existiÃ³ entre las sabanas, pero simplemente se encontrÃ³ con la decepciÃ³n de la soledad. FijÃ³ la vista en el techo, con demasiadas emociones encontradas.

Hipo le habÃ-a prohibido ir en su bÃºsqueda si es que alguna vez se ausentaba por mÃ¡s tiempo del determinado, pues no querÃ-a que ella corriese algÃºn peligro, pero era tan difÃ-cil continuar actuando como si todo estuviese normal cuando su amado tenÃ-a casi dos semanas de retraso.

MÃ¡s vueltas y su mente seguÃ-a sin aclararse. Necesitaba hacer algo. Si Hipo habÃ-a estado o estaba en peligro, necesitaba saberlo. No podÃ-a seguir ignorando aquel hecho.

Se incorporÃ³ abruptamente, sentÃ¡ndose en la cama, y le dirigiÃ³ una mirada a su dragÃ³n, quien dormÃ-a plÃ¡cidamente a sus pies. Ã‰ste, al notar la inquietud de su dueÃ±a, terminÃ³ por abrir los ojos y observarla intensamente.

-EstÃ¡ decidido, amigo.- Astrid se acomodÃ³ el cabello hacia un lado.- MaÃ±ana vamos en busca de Hipo.

* * *

><p>El sol le daba directo en la cara, lo que hacÃ-a imposible seguir durmiendo, a pesar de que lo deseara con todas sus fuerzas.<p>

La dÃ©bil y pacÃ-fica respiraciÃ³n de su compaÃ±era hizo que desviara la atenciÃ³n hacia ella, quien descansaba placenteramente sobre su pecho. MÃ©rida se encontraba con los ojos cerrados y con una dÃ©bil sonrisa dibujada en sus labios. Sus manos estaban aferradas a la camisa del muchacho y su cabeza descansaba justo donde se ubicarÃ-a el corazÃ³n del joven.

Hipo no podÃ-a creer lo hermosa que era esa mujer. Tan perfecta. Era imposible dejar de observarla. No pudo resistir la tentaciÃ³n de acariciar su cabello, deslizando sus dedos a travÃ©s de sus rizos sin ninguna dificultad. RozÃ³ la yema de sus dedos en el suave rostro de la joven, provocÃ¡ndole una sensaciÃ³n imposible de contener. Le siguiÃ³ un escalofrÃ-o y una calidez en el pecho. SabÃ-a lo que era aquello. Lo sabÃ-a perfectamente, pues ya lo habÃ-a experimentado antes, pero no con esa intensidad.

Estaba enamorado. Perdida y totalmente enamorado.

SufriÃ³ un ahogo de culpa en ese momento, pues el nombre "Astrid" resonaba en toda su mente. SabÃ-a que aquello estaba mal, pues ya le habÃ-a jurado su amor a otra mujer a la cual le habÃ-a prometido tener una vida juntos, pero era imposible contenerse, ya que su corazÃ³n siempre le habÃ-a pertenecido a MÃ©rida. Se lo habÃ-a entregado mucho antes de que el amor tuviese un significado para Ã©l.

Sus pensamientos fueron dejados a un lado cuando aquellos obres celestes fueron siendo revelados poco a poco. Los ojos de MÃ©rida se abrÃ-an despacio, para dirigirse directamente hacia los suyos. Una vez ella habÃ-a despertado por completo, le sonriÃ³, con cierto sonrojo en las mejillas. Hipo tuvo que contenerse para no besarla.

-Buenos dÃ-as.- Dijo ella en un susurro.

-Hola.- RespondiÃ³ Ã©l con otra sonrisa. MÃ©rida reciÃ©n pareciÃ³ darse cuenta de su posiciÃ³n cuando esto ocurriÃ³, lo que hizo que, completamente roja, intentase levantarse con dificultad. Los brazos de Hipo la detuvieron.- Espera.- Le dijo, sin saber cuÃ¡l serÃ-a la razÃ³n exacta que darÃ-a para retenerla mÃ¡s tiempo.- No me molesta.- ConfesÃ³, torpemente, rogando a los Dioses que no permitieran que aquella mujer se alejara un centÃ-metro de Ã©l. Para su deleite, MÃ©rida simplemente sonriÃ³ y volviÃ³ a colocarse sobre el pecho del muchacho. Ã‰ste sonriÃ³ complacido, sintiendo la suficiente confianza en sÃ- mismo como para atreverse a acariciarle el cabello estando despierta.

MÃ©rida tampoco se quedaba atrÃ¡s, comenzÃ³ a dibujar cÃ-rculos sobre el hombro de Hipo, subiendo hasta su cuello y luego pasando a su cabello. Era mucho mÃ¡s suave de lo que imaginaba, de aquel intenso castaÃ±o que la volvÃ-a loca. SufrÃ-a con su tacto, pues se sentÃ-a culpable de estar allÃ- acostada mientras su madre seguramente se retorcÃ-a de dolor. Pero era imposible detenerse. Tenerlo cerca la reconfortaba, hacÃ-a que todo en el mundo pareciese tan sencillo, como si de repente todo tuviese un sentido y un orden natural. No cabÃ-a duda que su reencuentro, habÃ-a sido escrito en el destino. DebÃ-an estar juntos.

-Hipo.- Lo llamÃ³ en un susurro la joven princesa.

-Â¿QuÃ© ocurre?- PreguntÃ³ Ã©ste, cesando las caricias, pensando con desilusiÃ³n que aquello de alguna forma habÃ-a ido demasiado lejos.

-No vuelvas a dejarme.- Le rogÃ³, con tanta tristeza cargada en su voz, que le rompiÃ³ el corazÃ³n al domador de dragones.

Hipo se reincorporÃ³, obligando a MÃ©rida a observarlo a los ojos. Ã‰sta tenÃ-a la mirada llena de desesperanza, como si supiese que ese amor jamÃ¡s tendrÃ-a lugar a pesar de que jamÃ¡s le habÃ-a mencionado nada de su vida en Berk. TomÃ³ un de sus rizos con manos temblorosas, pues contenerse ante el impulso de tomarla en sus brazos y huir de todo era casi imposible de contener, y lo depositÃ³ detrÃ¡s de su oreja terminando por acariciar su mejilla. VolviÃ³ a estremecerse y su respiraciÃ³n estaba entrecortada, mientras que MÃ©rida se mantenÃ-a tan calma que lo hacÃ-a parecerse un estÃºpido.

-No pienso irme a ningÃºn lado sin ti.- SoltÃ³, completamente cegado por esa sensaciÃ³n embriagadora que la piel de MÃ©rida le hacÃ-a sentir.

-Entonces llÃ©vame lejos, Hipo.- Y fue demasiado. Demasiado para dos jÃ³venes sedientos de amor, de pasiÃ³n y de algo que habÃ-an estado buscando desde el primer momento de su reencuentro.

MÃ©rida rodeÃ³ el cuello de Hipo con sus brazos y Ã©ste la tomÃ³ fuertemente por la cintura. Nadie habÃ-a comenzando el beso, pues fue tan involuntario y sincronizado, que ambos se fundieron en la calidez de sus labios momentÃ¡neamente. La princesa besaba con intensidad al domador de dragones, quien temblaba por el placer que le producÃ-an los labios de su mejor amiga. Ambos respiraban agitadamente, desesperados por disfrutar de sus bocas el mayor tiempo posible. Estaban tan concentrados el uno en el otro, que el tiempo pareciÃ³ detenerse a su alrededor. De repente, no habÃ-a madres enfermas, ni prometidas esperÃ¡ndolos en el altar; simplemente existÃ-an dos jÃ³venes con demasiadas ganas de amarse. MÃ©rida dejÃ³ escapar un ligero gemido, inaudible para la mayorÃ-a, pero mÃºsica para los oÃ-dos de Hipo. Se sentÃ-a tan bien. Su tacto, sus labios, su calidez; estaban perdiendo el control, era imposible parar.

-Hipoâ€¦- SusurrÃ³ MÃ©rida entre besos.

-MÃ©rida.- ContestÃ³ Ã©l, firmemente, sin una gota de miedo en su voz mientras continuaba disfrutando de los labios de su compaÃ±era.

-Debemos parar.- SuplicÃ³ ella, a pesar de que su cuerpo demostrase lo contrario al aferrarse al joven con todas sus fuerzas.

-SÃ-.- ContestÃ³ Ã©l, sin dejar que se apartase, continuando ese beso que ambos ansiaban regalarse desde hace tiempo.- Debemos parar.- Dijo mÃ¡s para sÃ- mismo que otra cosa.

Lentamente, la pasiÃ³n fue reduciendo y el mundo volviÃ³ a ser oscuro, pero los dos amantes no dejaban de disfrutarse el uno al otro. Con caricias suaves y besos largos pero profundos, los labios de ambos se fueron despidiendo hasta que simplemente quedÃ³ una mirada intensa, como cenizas luego de un fuego. MÃ©rida acariciaba el rostro de su viejo amigo mientras Ã©ste jugaba con sus rizos cuando unos leves golpes en la puerta desviaron la atenciÃ³n de ambos.

-Â¿PequeÃ±os pilluelos ya estÃ¡n despiertos?- PreguntÃ³ la anciana.- Â¿Quieren desayunar? Â¡PreparÃ© cafÃ©!- AnunciÃ³ con gran Ã©xtasis en su voz. MÃ©rida le sonriÃ³ a Hipo y, luego de un corto beso en la frente por parte de Ã©ste, ambos se levantaron de la cama, dejando atrÃ¡s aquel momento glorioso, que quizÃ¡ nunca mÃ¡s volverÃ-a a repetirse.

* * *

><p>El castillo mantenÃ-a un aura oscuro. Nadie rondaba por los pasillos y lo Ãºnico que permitÃ-a ver a la Reina Elinor su camino era la tenue luz que entraba por las diminutas ventanas.<p>

Se mantenÃ-a silenciosa, caminando con cuidado de no hacer ruido ni llamar la atenciÃ³n. BajÃ³ las escaleras y entrÃ³ en el gran salÃ³n a esperar a su invitado. La espera no fue muy larga, puesto que solo le dio tiempo de tomar su lugar en el trono real cuando un hombre cubierto por una capa de piel de dragÃ³n ingresÃ³ en la sala con suma cautela.

-Drago Mano Dura.- PronunciÃ³ la Reina con cierto asco en la voz.- Por fin vas a serme Ãºtil, mi viejo amigo.-

-Mi queridÃ-sima Reina Elinor.- Se burlÃ³ Ã©ste mientras se acercaba al trono.- Los aÃ±os no te han ayudado mucho.-

-Â¡Silencio!- Le ordenÃ³.- No estÃ¡s aquÃ- para humillarme.- Ambos conectaron sus miradas, miradas sombrÃ-as con el mismo odio y repugnancia presentes.- Te he llamado porque tengo un trabajo que no puedo realizar con mis manos y, a pesar de que desearÃ-a hacerlo, no es bien visto que una Reina realice el trabajo de campo.- Drago solo se mantenÃ-a en silencio, escuchando cada palabra.- Tenemos un enemigo en comÃºn: Estoico y su heredero, Hipo. Necesito que los elimines.-

-Â¿A ambos, majestad?- PreguntÃ³ con una oscura curiosidad el mÃ¡s temido domador de dragones.-

-Â¡A todo Berk si es necesario!- ContestÃ³ ella, perdiendo la paciencia. Drago sonriÃ³.

-Voy a necesitar tropas.-

-Te darÃ© todo lo que haga falta para cumplir tu cometido. Todo nuestro ejÃ©rcito quedarÃ¡ a tu merced, al igual que nuestro armamento y navÃ-os. AdemÃ¡s, si logras lo que te pido, tendrÃ¡s a todas las Tierras Altas bajo tu poder.- Drago soltÃ³ una carcajada.

-Ni si quiera voy a preguntar por quÃ© deseas tanto la muerte de aquellos dos como para darme todo tu reino como recompensa. Lo Ãºnico que me interesa saber es si el Rey Fergus estÃ¡ enterado de esta transacciÃ³n.- SonriÃ³ con suficiencia.

-No lo estÃ¡, por lo que debes ser cuidadoso con tus movimientos. Yo me encargarÃ© de inventar una guerra falsa para que puedas llevarte todas las tropas.- Elinor suspirÃ³, notando una fuerte punzada en su pulmÃ³n izquierdo.- Y una cosa mÃ¡sâ€¦ Debes cumplir tu objetivo con rapidez. En semanas, si es posible. Quiero asegurarme de que hayas hecho tu labor antes de marcharme en paz. Si me muero antes de que tenga el cadÃ¡ver de Estoico y de Hipo en mi salÃ³n de trofeos, no habrÃ¡ recompensa.- VolviÃ³ a sentir una punzada, no podÃ-a ser nada bueno. Pero debÃ-a resistir por su pueblo, por su familia, por su hija.- Eso es todo.- PronunciÃ³ y, luego de abanicar su enorme y pesada capa, aquel hombre de cabello negro y armadura de hierro se retirÃ³ del lugar, mÃ¡s complacido que la misma Reina de las Tierras Altas.

Ã‰l ya contaba con un plan. HabÃ-a estado esperando una oportunidad asÃ- durante aÃ±os y ahora, al fin tenÃ-a una oportunidad para realizar su tan esperada venganza. Toda Berk pagarÃ-a.

7. CapÃ-tulo 6: Lo correcto

_Ey ey ey, hola a todos otra vez. Â¿Ha pasado poco, eh? Lo sÃ©, estoy intentando remediar mi ausencia tan larga... Bueno, Ã©ste capÃ-tulo promete. Sinceramente me estÃ¡ fascinando escribir esta historia porque al fin estamos llegando a la parte interesante. Quiero agradecer a todos los que me alientan para seguir adelante y a los que siguen este Fic. MuchÃ-simas gracias por formas parte de esta historia. Sin mÃ¡s preÃ¡mbulos: El capÃ-tulo... _

-CapÃ-tulo 6: Lo correcto-

-MÃ©rida, ya para.- PidiÃ³ el castaÃ±o entre risas. La bella princesa no paraba de dar vueltas por toda la casa, cantando y bailando, a veces arrastrando a Hipo en su camino. Esa maÃ±ana se habÃ-a despertado con todo el humor del mundo e Hipo sentÃ-a cierta culpabilidad de la buena por ello. Al fin MÃ©rida habÃ-a vuelto a ser la alegre pelirroja que recordaba con tanto cariÃ±o y Ã©l se sentÃ-a mucho mÃ¡s relajado yâ€¦ feliz.

-Todos bailando, damas girando, padres cantando asÃ-â€¦ Â¡Yeah!- Cantaba ella con tanto entusiasmo mientras hacÃ-a que, dÃ© a turnos, Hipo y la anciana se movieran con ella. Era obvio, algo habÃ-a cambiado en su interior, ella misma lo sentÃ-a con mucha profundidad; y sabÃ-a perfectamente que esa alegrÃ-a que no habÃ-a experimentado en meses se debÃ-a a aquel despertar junto a su amado Hipo.

Lo tenÃ-a claro. Lo amaba, no habÃ-a nada que hiciera que cambiase de opiniÃ³n. Aceptarlo la habÃ-a llevado a darse cuenta de dos realidad completamente diferentes: La primera era que finalmente y luego de

tanto esperar, se habÃa enamorado realmente. La segunda, por desgracia, era que lo habÃa hecho del chico mÃ¡s errÃ³neo que alguna vez pudo imaginarse.

Sin embargo, no querÃa pensar en aquello, por ahora solo querÃa dejar que su corazÃ³n disfrutara de ese calor agradable que le habÃa faltado por tanto tiempo.

-Â¡Muy bien, muy bien!- Hipo tomÃ³ en brazos a la bella joven que se desplazaba por la cocina y la atrajo hacia Ã©l para pararla. Sus ojos estaban inundados de felicidad. Eso lo reconfortaba ya que MÃ©rida habÃa derramado demasiadas lÃ¡grimas en muy poco tiempo y verla sonreÃr era todo un logro para el domador de dragones. Con su mano libre se asegurÃ³ de acariciar la suave mejilla de su amada amiga, solo para luego no poder contener el impulso de darle un ligero beso en los labios.

-Â¿A quÃ© se debe ese beso?- PreguntÃ³ ella con una sonrisa. Una inocente y cÃ¡lida sonrisa que cada vez que tenÃa la osadÃa de aparecer, a Hipo le fallaban las neuronas.

-Esta maÃ±ana estas radiante.- ConfesÃ³ Ã©l, con cierto sonrojo placentero.- Â¿CÃ³mo piensas que pueda resistirme?- MÃ©rida simplemente sonriÃ³ y volviÃ³ a entrelazar sus labios, esta vez llegando un poco mÃ¡s allÃ¡ que un simple roce. A sus espaldas se escucharon varios carraspeos incÃ³modos.

-Bueno, supongo que es mejor que vaya a dar un paseo.- ComenzÃ³ a decir la anciana bruja que, aunque ambos se habÃan olvidado de su presencia, ella seguÃa estando allÃ.

-Oh, no es necesario.- Dijo MÃ©rida en cuanto se separaba rÃ¡pidamente de Hipo y sus mejillas se tornaban aÃºn mÃ¡s rojas de lo que ya naturalmente eran.- Solo estÃ¡bamosâ€¦- Quiso agregar.

-Hija.- La interrumpiÃ³ ella.- QuizÃ¡ sea una anciana de trescientos aÃ±os que se pasa sus dÃas esculpiendo madera, pero sÃ© exactamente cuÃ¡ndo ciertas situaciones requieren de privacidad.- SonriÃ³, mientras guiÃ±aba un ojo hacia la pareja de jÃ³venes.- IrÃ© a la ciudad en busca de provisiones.- AgregÃ³.- Intenten no desordenar demasiado la casa.- SonriÃ³ y, luego de un breve saludo con la mano, se colocÃ³ su capucha para retirarse con el silencio de una sombra por la puerta.

Hipo y MÃ©rida compartieron una mirada avergonzada, un poco pretenciosa y juguetona. La pelirroja decidiÃ³ aligerar el ambiente mientras recogÃa los utensilios que habÃan utilizado para el desayuno, labor que nunca realizaba, pero debÃa comenzar por algo.

La mente del domador de dragones era un verdadero desastre. No encontraba otro milÃmetro mÃ¡s de materia gris que ocupar. Era evidente que su vieja amiga lo volvÃa loco y hacÃa que todos sus principios se esfumaran con tan solo dedicarle una sonrisa; pero tambiÃ©n era evidente que lo que hacÃa se llamaba traiciÃ³n y engaÃ±o. Mientras Ã©l pretendÃa jugar al amante con MÃ©rida, quien por supuesto no tenÃa la culpa de absolutamente nada, Astrid se encontraba sola en casa, aguardando por su llegada. No necesitaba ser un genio para saberlo, puesto que Ã©l tambiÃ©n la echaba de menos y

estaba cien por ciento seguro de que ese sentimiento era mutuo. Se sentÃ-a un completo fracasado, mal novio y amigo.

Una duda se plantÃ³ en lo profundo de su mente, dejÃ¡ndolo perturbado y muy enfurecido consigo mismo: Â¿QuÃ© harÃ-a ahora?

Dejar a MÃ©rida en ese momento no era una opciÃ³n, puesto que habÃ-a sufrido mucho estos Ãºltimos dÃ-as y no querÃ-a causarle mÃ¡s dolor. Tampoco era viable quedarse en Dunbroch, ya que a pesar de que no querÃ-a admitirlo, debÃ-a volver a Berk con su padre y su futura esposa; no podÃ-a quedarse haraganeando.

La joven princesa desviÃ³ la vista hacia su amigo, solo para notar que Ã©ste miraba con un semblante demasiado triste hacia el horizonte. DejÃ³ su tarea de lado y se acercÃ³ a Ã©l para tomarlo por el hombro y preguntarle si todo andaba bien.

-Solo estoy algo perturbado.- ConfesÃ³ Ã©l, intentando ser lo mÃ¡s honesto posible con la pelirroja. Era lo que ella se merecÃ-a, despuÃ©s de todo.

-Â¿QuÃ© es lo que te aflige?- PreguntÃ³ con dulzura, mientras lo tomaba del brazo y lo hacÃ-a sentarse en un sofÃ¡ que se encontraba no muy lejos de ambos, para luego ella colocarse frente a Ã©l. Hipo agachÃ³ la mirada, sin saber quÃ© responderle a la joven. Herirla harÃ-a que perdiera todo el respeto que se tenÃ-a a sÃ- mismo. No, no iba a decirle nada sobre Astrid. Por lo menos, no aÃºn; no ahora que el estado de MÃ©rida era tan delicado.

-Es Chimueloâ€¦- MintiÃ³, rompiendo su idea de ser completamente sincero con ella.- Entiende que no estoy acostumbrado a estar mucho tiempo separado de Ã©l. Es mi mejor amigo, despuÃ©s de todo.- Dijo, con algo de decepciÃ³n en su tono de voz. MÃ©rida pareciÃ³ no notarlo, o quizÃ¡ ella no querÃ-a notarlo. Tal vez simplemente no querÃ-a dudar de Ã©l.

-Â¿Acaso no tienes otros amigos en Berk?- SonriÃ³ ella con aire gracioso, intentando subirle el Ã¡nimo al castaÃ±o.- No creÃ- que mi partida te hubiese traumatizado tanto como para no volver a hacer amigos humanos.- Hipo soltÃ³ una leve risita ante este Ãºltimo comentario.

-No te burles.- Le pidiÃ³.- Hasta que no le demostrÃ© a todo Berk que era un grandioso domador de dragones, nadie me creÃ-a y no tenÃ-a ningÃºn amigo.- ConfesÃ³, algo triste.- Chimuelo fue el primero de todos, de hecho. Pero luego los salvÃ© a todos de una muerte horrible a menos del dragÃ³n Alfa y los amigos, el respeto, las invitacionesâ€¦ las mujeresâ€¦- SonriÃ³, provocando a su amiga.- Llegaron solos.- MÃ©rida estirÃ³ la mano para rozar sus cÃ¡lidos dedos al dorso de la palma de Hipo.

-Lamento no haber estado ahÃ- para apoyarte.- Hipo levantÃ³ la vista, para ver que los ojos de MÃ©rida se mostraban realmente arrepentidos.- Yo te hubiese creÃ-do.- Hipo bufÃ³.

-Luego de ver cÃ³mo reaccionaste ante Chimuelo me cuesta mucho creerte.- MÃ©rida se cruzÃ³ de brazos, ofendida.

-Hipo, en aquel entonces yo te veÃ-a a ti comoâ€¦ como un genio.- SonriÃ³, algo ruborizada.- Para mÃ-, todo lo que tÃº hacÃ-as o

decÃ-as era lo correcto y te admiraba como jamÃ¡s he admirado a nadie en mi vida. Siempre supe que tÃº serÃ-as diferente, pero el tipo de personas diferentes que hacen cambios tan grandes y extraordinarios que quedan grabados en las estrellas.- Hipo se sonrojÃ³ ante los halagos de su amiga, ella estirÃ³ su brazo para llegar a la mejilla de Ã©ste y acariciarla con dulzura.- Yo hubiese puesto mis manos al fuego por ti. Lo seguirÃ-a haciendo hasta el dÃ-a de hoy. SÃ© que eres capaz de cosas magnÃ-ficas y nunca dudÃ© de que toda Berk se inclinarÃ-a ante ti algÃºn dÃ-a.- El domador de dragones, ya completamente halagado, tomÃ³ la mano que antes mantenÃ-a presa su mejilla y la llevÃ³ a hacia sus labios, para luego depositarle un tierno beso.

-Entoncesâ€¦ Â¿ConfÃ-as en mÃ-?- Le preguntÃ³, con cierto aire juguetÃ³n. La princesa asintiÃ³, interesada por el repentino cambio de humor de su amigo.- Bien, porque hay algo que quiero que intentes.-

* * *

><p>Las fuertes pisadas de aquellas botas de piel de dragÃ³n resonaban en la habitaciÃ³n de aquel apestoso bar en esa brumosa isla en medio del ocÃ©ano. Todos esos criminales y mentes malvadas le serÃ-an muy Ãºtiles en su venganza contra Berk. Ya tenÃ-a el ejÃ©rcito y los hombres necesarios gracias a la amabilidad de la Reina Elinor, ahora solo necesitaba los dragones.<p>

Se sentÃ³ en la barra, siendo protagonista de muchas de las miradas de los allÃ- presentes. PidiÃ³ cerveza, la cual le fue servida por el camarero luego de lanzar un gruÃ±ido ante la actitud dominante de su cliente. PodÃ-a oÃ-r cÃ³mo susurraban a sus espaldas.

-Â¿QuiÃ©n se cree ese forajido?- Preguntaba uno.

-Ã‰l es Drago Mano Dura.- Le respondÃ-a otro. Al escuchar esto, sonriÃ³ y se girÃ³ ante su pÃºblico.

-AsÃ- es, mis apestosos amigos.- Le dio un buen sorbo a su bebida, para luego volver la vista a todos aquellos criminales que gozaban de su presencia.- Mi nombre es Drago Mano Dura y no me he ganado el respeto de todo el OcÃ©ano NÃ³rdico precisamente por ser un encanto de persona.- RiÃ³.- Estoy buscando un equipo de caza dragones que tangan las suficientes agallas como para trabajar para mi causa.- Le dio otro sorbo a su trago antes de continuar.- La paga vale la pena, pero deberÃ¡n ser eficientes. No tolero errores ni quejas, no soy el tipo mÃ¡s paciente tampoco.- DesviÃ³ la mirada hacia todos aquellos que le prestaban atenciÃ³n, que eran absolutamente todas las personas allÃ- presentes. Un joven fornido, de cabello castaÃ±o y tatuajes en la cara, fue quien dio un paso al frente.

-Mi tripulaciÃ³n y yo estamos acostumbrados a lidiar con dragones. JamÃ¡s se nos ha escapado ninguno.- Drago sonriÃ³ con suficiencia.

-Â¿Crees que tienen la habilidad necesaria para cumplir todas mis expectativas?- El joven asintiÃ³.- Bien, comenzarÃ¡n ahora mismo. Â¿CÃ³mo se supone que debo llamarte?- RiÃ³ Drago, sorprendido ante sus sarcÃ¡sticos modales.

-Mi nombre es Eret.-

* * *

><p>-H-hipo.- TartamudeÃ³ MÃ©rida.- Creo que esto no es una buena idea.-<p>

-Estaremos bien.- Dijo Ã©l, absolutamente relajado, aunque algo falto de aire debido al fuerte abrazo que le proporcionaba MÃ©rida.- Dijiste que confiabas en mÃ-.- La acusÃ³ Ã©l.

-ConfÃ-o en ti.- AclarÃ³.- Pero no confÃ-o en Ã©l.- ConfesÃ³ mientras le lanzaba una mirada de disgusto al dragÃ³n.

Ambos se encontraban en el mismo lugar en donde se habÃ-an reconcentrado, lugar en donde se ocultaba Chimuelo. El dragÃ³n se mostrÃ³ algo repulsivo hacia la princesa, aunque no era su culpa, puesto que MÃ©rida tampoco se veÃ-a muy convencida de la idea de montarse en un Furia Nocturna o montarse en cualquier otra cosa que no fuera su preciado Angus. Sin embargo, Hipo se las arreglÃ³ para convencer a su amiga de dar un Ãºnico vuelvo con Ã©l. Si no le agradaba, jamÃ¡s volverÃ-an a intentarlo y dejarÃ-a de insistir.

-Â¿Lista?- Le preguntÃ³, una vez que estuvieron al borde del risco, con la cascada cayendo a su derecha. La princesa mirÃ³ por sobre el hombro de su amigo cÃ³mo el suelo se terminaba y comenzaba una caÃ-da de muerte. No le temÃ-a a las alturas, lo que le preocupaba era que su vida dependiese en ese momento de un animal que alguna vez intentÃ³ matarla.

-Creo que comienzo a arrepentirme.- ConfesÃ³.

-Entonces estÃ¡s lista.- AnunciÃ³ el jinete, para luego indicarle a su amigo que avanzara.

AutomÃ¡ticamente, el dragÃ³n dio un salto para luego caer en picada al vacÃ-o. Hipo reÃ-a ante el repentino abrazo mortal que su amiga le estaba brindando en ese momento. Cuando tan solo estuvieron a metros del suelo, Chimuelo desplegÃ³ sus alas, elevÃ¡ndolos en el acto. Una vez la caÃ-da libre habÃ-a terminado, MÃ©rida se animÃ³ a abrir los ojos y, al hacerlo, se deslumbrÃ³ con la rapidez y belleza que el animal se desplazaba sobre el ocÃ©ano. Hipo le indicÃ³ a Chimuelo que se elevara y que pasaran a centÃ-metros de la cascada, haciendo que su ala derecha se mojara un poco, salpicando a ambos amigos montados en su lomo.

El abrazo que antes los aferraba, ahora solo era parte del recuerdo. MÃ©rida se habÃ-a soltado por completo, maravillada por la asombrosa vista que desde allÃ- arriba podÃ-a presenciar. Ahora entendÃ-a por quÃ© Hipo la habÃ-a persuadido a ser su pasajera, Ã©l sabÃ-a que ella amarÃ-a aquellas vistas. Â¿QuÃ© mejor para un arquero que la altura? Desde allÃ- se sentÃ-a la reina del universo. Se sentÃ-aâ€¦ libre.

Hipo, ya un poco aburrido de la velocidad crucero, guiÃ³ a Chimuelo hacia las alturas, volviendo a generar que los brazos de MÃ©rida lo rodearan, esta vez un poco mÃ¡s sueltos. Cuando su amigo alado no pudo subir un centÃ-metro mÃ¡s, comenzaron a girar y a bajar velozmente. Chimuelo casi ronroneaba de alegrÃ-a, despuÃ©s de casi dos dÃ-as sin volar. La joven princesa a sus espaldas tampoco

parecÃ-a nada acobardada, gritaba de emociÃ³n y reÃ-a como una niÃ±a que es arrojada hacia arriba y luego vuelto a ser atrapada por su padre.

-Odio tener que admitirlo.- Dijo MÃ©rida minutos despuÃ©s, cuando el sol ya se estaba escondiendo y ellos disfrutaban de la vista desde el lomo del dragÃ³n, mucho mÃ¡s relajados y con su sed de emociÃ³n satisfecha.- Esto es algo de otro mundo. JamÃ¡s habÃ-a experimentado algo como esto.- SuspirÃ³, algo avergonzada debido al recuerdo por haber actuado de una forma tan terca e infantil el dÃ-a que se rencontraron.- Lamento haber sido tanâ€¦-

-Meriâ€¦- La interrumpiÃ³ Hipo.- No tienes por quÃ© disculparte.- La princesa sonriÃ³ y depositÃ³ su mejilla sobre el hombro de su amigo, abrazÃ¡ndolo de la cintura. Hipo se soltÃ³ de su agarre para depositar sus manos sobre las de la pelirroja y suspirar con pesadez. Su tacto le quemaba y se depositaba bajo su piel. MÃ©rida era toda perfecciÃ³n. Todo en ella era perfecto. Su sonrisa, sus rizos, sus manos, sus ojos, su risa, su espÃ-rituâ€¦ Dejarla serÃ-a muy duro. La calidez que ella le provocaba era peor que cualquier tabaco o alcohol, se habÃ-a vuelto adictivo y demasiado tentador como para manejarlo. A pesar de que Astrid era una de las mujeres mÃ¡s codiciadas de todo Berk, apostarÃ-a su vida que si MÃ©rida ponÃ-a un pie nuevamente en esa isla, todos se arrojarÃ-an a ella como fieras. Sin embargo, ninguno de aquellos revoltosos y brutos vikingos se merecÃ-a el amor de esta dulce princesa, ni si quiera Ã©l.

Era un idiota y un estÃºpido por haberse ganado el mejor premio de todos ocultando verdades. Si tan solo se hubiese tomado el tiempo de decirle a MÃ©rida que estaba comprometido y no haberlo desperdiciado en intentar conquistarla, se estarÃ-a ahorrando todas esas batallas mentales que ahora le estaban evitando poder disfrutar de su compaÃ±Ã-a.

Pero incluso sabiendo que aquello no estaba bien, por alguna razÃ³n sentÃ-a que era lo correcto. Eso que sentÃ-a no podÃ-a surgir de un dÃ-a para otro, es decir, habÃ-an pasado poco mÃ¡s de veinticuatro horas desde su rencuentro y el sentÃ-a que estaba demasiado enamorado para dejarla ir. Â¿CÃ³mo era eso posible? La enorme belleza tanto fÃ-sica como espiritual de MÃ©rida no eran excusas vÃ¡lidas. Ese amor que se sentÃ-an debiÃ³ haber nacido hace demasiado tiempo, solo que tuvo que esperar muchos aÃ±os para hacerse presente. DebÃ-a esperar a que ambos estuvieran lo suficientemente listos para concretar aquella pasiÃ³n que los unÃ-a, pero ahora, que ambos tenÃ-an planes y futuros tan diferentes, Â¿cÃ³mo llevarÃ-an el pesar?

* * *

><p>La cama no se veÃ-a nada tentadora a pesar de que habÃ-a pasado casi dos dÃ-as sin dormir desde la huÃ-da de MÃ©rida la noche anterior. Fergus le rogÃ³ que se quedara en la habitaciÃ³n y que intentara recuperar fuerzas, pero era imposible, sus pensamientos la hacÃ-an dar vueltas sin parar, haciendo que conciliar el sueÃ±o sea una misiÃ³n imposible.<p>

AsÃ- que ahora se encontraba deambulando por los pasillos del castillo, idealizando una y otra vez la muerte de aquel joven domador de dragones. Sin poder contener la ira, corriÃ³ hacia afuera y descargÃ³ aquel grito que tenÃ-a en su garganta desde hace ya demasiado tiempo. Como si aquello no hubiese despertado a la mitad

del castillo, la mismÃ-sima Reina Elinor tomÃ³ un hacha que yacÃ-a clavada en el centro de un Ã¡rbol ya talado; y comenzÃ³ a darle golpes desgarradores a uno de los mÃ¡stiles que sostenÃ-an el establo de los caballos.

-Piensa Elinor, piensa.- Se decÃ-a entre cada golpe.- Â¿DÃ³nde pueden estar escondiÃ©ndose?- Se preguntaba.- He buscado en todo rincÃ³n de la isla...- Una idea aterradora se le vino a la mente.- No, MÃ©rida no serÃ-a capaz de irseâ€¦ Â¿O sÃ-?- GritÃ³ nuevamente, desahogando su furia.- Â¿Por quÃ© tuvo que aparecer? Â¿Por quÃ©? Â¿Por quÃ©? Â¿Por quÃ©?- Se preguntaba, mientras caminaba de aquÃ- para allÃ¡, mordiÃ©ndose las uÃ±as con manos temblorosas.

-Â¡Majestad!- EscuchÃ³ a sus espaldas.- Â¡Los hemos encontrado!- Elinor se volteÃ³ a ver al joven guardia que corrÃ-a hacia ella con gran entusiasmo.

-Â¿DÃ³nde? Â¿DÃ³nde estÃ¡n?- El muchacho, exhausto por la travesÃ-a que debiÃ³ pasar corriendo, se tomÃ³ simplemente algunos segundos para respirar, los que fueron suficientes para agotar la paciencia de la Reina.- Â¡Responde, maldita sea!- El guardia levantÃ³ su dedo y apuntÃ³ hacia el bosque.

-Vimos al dragÃ³n a lo lejos y al atravesar el bosque para ir en su bÃºsqueda nos encontramos con una pequeÃ±a cabaÃ±a. ParecÃ-a abandonada, hasta que nos acercamos.- ComentÃ³, entre jadeos, para luego tenderle a Elinor un pequeÃ±o broche de oro con el sÃ-mbolo de su castillo. Un broche que le habÃ-a obsequiado a MÃ©rida para su cumpleaÃ±os nÃºmero dieciocho.- No habÃ-a nadie en la casa, pero la chimenea estaba encendida y lucÃ-a en buen estado. La princesa MÃ©rida se esconde en aquel lugar.- Elinor levantÃ³ la vista, enfurecida.

-Mi hija no se estÃ¡ escondiendo.- Lo corrigiÃ³.- La mantienen cautiva.- AferrÃ³ el broche en su puÃ±o.- Ese domador de dragones es una amenaza. Si no lo obligamos a irse, nunca lo harÃ¡. Prepara a la guardia real, iremos por MÃ©rida.-

* * *

><p>Hipo y MÃ©rida caminaban entre risas de regreso a la cabaÃ±a. Ã‰l mantenÃ-a sus manos unidas a pesar de que debido al entusiasmo de la joven por haber volado, daba brincos y giros, pero siempre encontraban la forma de volver a unirse.<p>

La cabaÃ±a se veÃ-a algo obscura, probablemente el fuego que habÃ-an dejado de aquella maÃ±ana ya se habÃ-a extinguido hace horas. La anciana bruja tampoco parecÃ-a haber vuelto, por lo que ambos acordaron encender la chimenea y preparar pan fresco antes de que ella volviese.

La princesa se encontraba en la cocina, pretendiendo hacer algo, puesto que ser servida por toda su vida habÃ-a afectado sus dotes culinarios. Hipo, por otro lado, habÃ-a ido en busca de leÃ±a y ahora regresaba a la cabaÃ±a con un montÃ³n de Ã©sta Ãºltima en sus brazos. Al ingresar, encontrÃ³ a MÃ©rida algo perdida y no pudo evitar soltar una carcajada.

-Â¡No te burles!- Le ordenÃ³ ella.- La cocina nunca ha sido mi fuerte.- Se excusÃ³. El castaÃ±o simplemente menÃ³ la cabeza con aire

divertido y, remangÃ¡ndose la camisa, se acercÃ³ a la cocina para ayudar a su amiga. Se parÃ³ detrÃ¡s de ella y tomÃ³ sus manos en las suyas, ayudÃ¡ndola a tratar la masa de una forma mÃ¡s dulce. MÃ©rida, un poco avergonzada por la cercanÃa del castaÃ±o, girÃ³ levemente la cabeza, dejando su mejilla cerca de sus labios. Hipo estaba descontrolado, habÃa perdido todo el control sobre sus pensamientos. El olor de la piel de MÃ©rida era una tortura y se animÃ³ a deslizar sus labios hasta su cuello y depositar allÃ algunos suaves besos.

Â¿Por quÃ© no detenÃa aquella falta de respeto una princesa? FÃ¡cil, porque simplemente no podÃa. Â¿Y por quÃ© de hacerlo? Si en realidad le encantaba. Hipo era su debilidad, ya habÃa aceptado que lo que sentÃa por Ã©l solo podÃa ser amor, asÃ que ahora iba a darle riendas sueltas a su corazÃ³n y, por primera vez, iba a darle la voz de la razÃ³n.

Los besos se intensificaron, provocando que la joven princesa se girara para saborear los dulces labios de su amado. Hipo profundizÃ³ el beso de inmediato y se aferrÃ³ a la cintura de la princesa. Ã‰sta se divertÃa jugando con aquel cabello castaÃ±o que adoraba, llenÃ¡ndolo de harina en el proceso. Pero a ninguno de los dos le importaba si terminaban cubiertos de ella, estaban demasiado concentrados amÃ¡ndose como para notar cualquier otra cosa.

El domador de dragones ahora estaba siendo domado por una princesa.

-Â¡MÃ©rida! Â¡Hipo!- La voz angustiada de la anciana los precipitÃ³ a ambos, arruinando el ambiente y llenÃ¡ndolos de temor.

-Â¿QuÃ© ocurre?- Se alarmÃ³ la pelirroja, acercÃ¡ndose a la anciana, seguida por Hipo.

-Algo terrible, hijos mÃos, deben irse de aquÃ ahora mismo.- La bruja comenzÃ³ a empujar a ambos jÃ³venes hacia la puerta.- Deben marcharse, vayan hacia Berk, allÃ estarÃ¡n a salvo.- Hipo se sobresaltÃ³.

-Â¿Por quÃ©? Â¿QuÃ© ocurriÃ³?- PreguntÃ³, ya casi enfurecido.

-Â¡Es la Reina! EstÃ¡ viniendo hacia aquÃ, con toda la guardia real. Vienen en busca de MÃ©rida.- La joven princesa abriÃ³ los ojos de par en par. Su madre estaba totalmente enloquecida, pero sabÃa que si movÃa a toda la guardia real solo para venir en su bÃºsqueda, es porque ademÃ¡s viene buscando cazar a Hipo.

-Debes irte.- Le rogÃ³ al castaÃ±o.-

-Â¿QuÃ©?- PreguntÃ³ Ã©ste, confundido.- MÃ©ridaâ€¦ Â¿por quÃ©? No te dejarÃ©.- ConfirmÃ³, decidido.

-Hipo ella te matarÃ¡ si te encuentra.- TomÃ³ el rostro del joven entre sus manos.- JamÃ¡s me perdonarÃa si te hacen daÃ±o.- Hipo tomÃ³ las manos de MÃ©rida entre las suyas y le lanzÃ³ una mirada totalmente convencida, llena de seguridad.

-No pienso irme de Ã©sta isla sin ti.- La pelirroja le sostuvo la mirada por un par de segundos, antes de ser distraÃda por la anciana, que llamÃ³ su atenciÃ³n al hacer aparecer la armadura de

Hipo, que habÃ-a quedado en el castillo, puesta en Ã©l; luego su arco, cual se posÃ³ entre sus manos, y su carjac de flechas bien puesta en su espalda.

-Â¡Ambos deben irse!- Les ordenÃ³. Hipo se aferrÃ³ a la mano de MÃ©rida.- PequeÃ±osâ€¦- ComenzÃ³.- Su reencuentro es obra del destino, lo que ambos comparten es Ãºnico y mÃ¡gico. Sin embargo, un amor asÃ- no puede existir sin antes ponerse a prueba. VendrÃ¡n Ã©pocas oscuras, de mucha tristeza y soledad, pero les aseguro que no serÃ¡n nada comparado a la felicidad que se brindarÃ¡n mutuamente en cuanto hayan pasado todas sus pruebas. CrÃ©anme, el destino los ha hecho esperar todo este tiempo por una sola razÃ³n. Ahora es el momento de que ambos la descubran.- Habiendo dicho esto, la anciana misteriosamente se desvaneciÃ³, dejando la casa a oscuras y a ambos jÃ³venes repletos de preguntas.

Nuevamente, fue MÃ©rida quien tomÃ³ la iniciativa y, aferrada a la mano de su amado, comenzÃ³ a correr en direcciÃ³n hacia el acantilado, en donde aguardaba Chimuelo.

-Â¡AllÃ¡ van!- Se escuchaba a sus espaldas.

-Â¡Son ellos! Â¡Capturen al muchacho y rescaten a la princesa!- Gritaba otro.

Al llegar donde el dragÃ³n, Hipo despertÃ³ bruscamente a Chimuelo, intentando no asustarlo demasiado. LogrÃ³ subirse a su lomo, pero cuando le tendiÃ³ la mano a su amada amiga para que ella se posicionara, un grito desgarrador la parÃ³ en seco.

-Â¡MÃ©rida!- Era su madre, con aquel llanto tan aplastante que le recordÃ³ la pÃ©sima hija que habÃ-a sido esos Ãºltimos dÃ-as.- Hija mÃ-a, por favor, no lo hagas.- Suplicaba ella. Los guardias ahora se mantenÃ-an apuntando sus lanzas y arcos hacia Hipo y su dragÃ³n, algunos bastante asombrados por el exÃ³tico animal. Sin embargo, la joven princesa se enfocaba en las armas que Ã©stos portaban y pudo notar que la Ãºnica razÃ³n por la cual aÃºn no habÃ-an derribado a Hipo era porque ella se interponÃ-a en su camino. EntendiÃ³, entonces, quÃ© era lo que debÃ-a hacer.- MÃ©rida, por favor, vuelve a casa.- La princesa volteÃ³ para ver a su amado, quien aÃºn tenÃ-a su mano tendida hacia ella.

-Si voy contigoâ€¦ Â¿Lo dejarÃ¡s ir?- PreguntÃ³, con el corazÃ³n haciÃ©ndose pedazos.

-HarÃ© lo que seaâ€¦- ContestÃ³ ella.

-Â¡MÃ©rida, no!- GritÃ³ Hipo a sus espaldas, provocando que la Reina frunciera el seÃ±o.- No tienes que hacerlo. Ven. VÃ¡monos.- Le rogaba.- Ella solo te mantendrÃ¡ prisionera de tu propio castillo.-

-Â¡Silencio, bastardo!- Se desquitÃ³.- TÃº has puesto la vida de MÃ©rida en riesgo demasiadas veces, no te entrometas esta vez.- VolviÃ³ a fijar la vista en la joven.- Hija, siempre he sabido que tu corazÃ³n es demasiado noble como para cometer cualquier acto de maldad. Eres una excelente princesa y una hija extraordinaria. SÃ© que harÃ¡s lo correcto.- TerminÃ³ por decir, antes de tenderle la mano.

-Â¿Lo correcto?- SusurrÃ³ la joven princesa, mirando a su madre y luego girando nuevamente para enfocar la vista en la aÃºn tendida mano del castaÃ±o, quien en sus ojos reflejaban temor. Aquel temor que ya habÃ-a visto en sus ojos una vez, aquella noche en que sus caminos se vieron separados. Esos ojos que temÃ-an volverla a perder.- SÃ- madreâ€¦ voy a hacer lo correcto.-

* * *

><p><strong>Â¡Question Time!<strong>

Me encanta que dejen Reviews por el hecho de que me encanta leerlas/los.

Â¿Me los merezco esta vez?

Tengo un par de preguntas que amarÃ-a que contestaras... TÃº, si tÃº, el que esta leyendo esta historia:

1- Â¿QuÃ© es lo que te llevÃ³ a abrir este Fic? Â¿El tÃ-tulo? Â¿El resumen? Â¿La foto de portada? Â¿El hecho de que era un Fic de Mericcup y hay pocos en espaÃ±ol?

2- Â¿CuÃ¡l ha sido tu parte favorita hasta ahora?

**3- Â¿CuÃ¡l crees que serÃ¡ la decisiÃ³n de MÃ©rida? **

Tengo pensado hacer algo innovador, algo que involucre a los lectores. Â¡Si veo que se comprometen a participar entonces llevarÃ© a cabo mi plan! n.n

Un saludo... Y UN ABRAZOTE

8. CapÃ-tulo 7: Todo tiene un final

Hola a todos, no se alarmen por el tÃ-tulo del capÃ-tulo, esta historia no estÃ¡ pronta a terminar, asÃ- que descuiden... tendrÃ¡n mucho mÃ¡s de mÃ- y de VV por un tiempo. Quiero agradecer por el soporte que me dan capÃ-tulo tras capÃ-tulo... Es algo muy significativo. Me encanta que la historia prospere y no podrÃ-a habelro hecho sin ustedes, mis amados y amadas lectores/as. Un beso grande a todos y gracias por sus Reviews 3

-CapÃ-tulo 7: Todo tiene un final-

La maÃ±ana se alzaba con firmeza y la neblina comenzaba a disiparse. Harris, Hubert y Hamish se escurrÃ-an nuevamente dentro de la cocina. Rudi aÃºn no habÃ-a despertado, por lo que era la ocasiÃ³n perfecta para tomar un bocadillo antes del desayuno.

Con gran destreza y habilidad, los tres hermanos usaron su inteligencia y su fuerza combinada para llegar hasta el gran tarro de galletas que habÃ-an visto esconder a Rudi sobre la alacena. Hubert iba a por ellas, casi las tenÃ-a, cuando las puertas del palacio se abrieron bruscamente, provocando que su torre de sillas y de ellos mismos; desequilibrara y se desarmara por completo.

-Â¡Fergus!- Escucharon. Era la voz de su madre, con ese tono que siempre usaba cuando algo iba realmente mal. Seducidos por la

curiosidad, se acercaron sigilosamente hacia la puerta de la cocina, abriÃ©ndola lentamente, para luego ver cÃ³mo su padre corrÃ-a hacia su madre.

-Elinor, Â¿quÃ© sucede?- Pregunta Ã©ste. La Reina apenas podÃ-a respirar, no lloraba, pero se notaba que estaba punto de hacerlo.

-Se fueâ€¦- Susurro, sin darle a su esposo la posibilidad de escucharle.

-Â¿QuÃ©?- PreguntÃ³ Ã©ste, ingenuo.- Elinor, Â¿quÃ© ocurriÃ³?- La mujer levantÃ³ sus ojos verdes hacia su amado, pero esta vez inundados de una gran ira y una profunda tristeza.

-Â¡Se fue!- GritÃ³.- Â¡Se fue con ese vikingo!- Fergus, quien no era demasiado inteligente, no consiguiÃ³ interpretar las palabras de su esposa de inmediato, pero luego de una rÃ¡pida uniÃ³n de cabos, entendiÃ³.

MÃ©rida se habÃ-a marchado con Hipo.

* * *

><p>La joven princesa observaba cÃ³mo se alejaba de su hogar y Ã©ste se perdÃ-a en el horizonte. Realmente lo habÃ-a hecho. HabÃ-a elegido a Hipo. Ahora no habÃ-a vuelta atrÃ¡s, ya habÃ-a jugado todas sus cartas. Era ganar o morir.<p>

-Meriâ€¦- La llama el jinete. Ella estaba de espaldas a Ã©l, abrazada a sus rodillas, aprovechado que Chimuelo se mantenÃ-a muy estable en su vuelo.- Meri, creo que debemos hablar sobre lo que pasÃ³ ahÃ- atrÃ¡s.- VolviÃ³ a decir, sin obtener ninguna respuesta por parte de la pelirroja, por lo que terminÃ³ por suspirar y volver la vista hacia adelante.

-Â¿Me amas?- PreguntÃ³ ella, de repente. Las mejillas de Hipo se enrojecieron como fuego ardiente.

-Â¿A quÃ© viene esa pregunta?- Quiso saber, antes de contestar lo ya claramente obvio.

-Si no me amas, estoy perdida.- ConfesÃ³ ella, dispuesta a contarle sus inquietudes.- No podrÃ© volver jamÃ¡sâ€¦ Bueno, por lo menos, no sin provocar una guerra entre Las Tierras Altas y Berk.- Se sincerÃ³.- Dios santo, Â¿en quÃ© estaba pensando?- SusurrÃ³ para ella misma, aterrada, mientras hundÃ-a su cabeza entre sus rodillas. Hipo, al escuchar esto, dejÃ³ a Chimuelo planenado y se soltÃ³ para girarse hacia la joven princesa. La tomÃ³ por la cintura y la girÃ³ hacia Ã©l, con cierta dificultad por encontrarse sobre un dragÃ³n a tantos metros de altura; pero lo logrÃ³.

-Ey, Â¿quÃ© diablos dices?- Le preguntÃ³, tomÃ¡ndola del rostro y haciendo que sus ojos se conectaran.- Â¿Acaso te estÃ¡s arrepintiendo?- MÃ©rida simplemente suspirÃ³.- Â¡MÃ©rida!- Se sobresaltÃ³ Ã©l.- Â¿CÃ³mo vas a si quiera considerar la idea de que yo podrÃ-a dejarte tirada como si no me importaras en lo mÃ¡s mÃ-nimo?- La princesa desviÃ³ la mirada, solo para volver a ser atraÃ-da hacia los ojos verdes de Hipo por sus fuertes pero suaves manos.- Â¿EstÃ¡s bromeando, MÃ©rida?- Se ofendiÃ³ Ã©l.-

-Solo hemos estado juntos dos dÃ-as, ni si quiera te conozco.- PronunciÃ³ ella, casi susurrando, pero fue suficiente para destrozar el corazÃ³n de Hipo. Ã‰l, furioso con la pelirroja pero aÃºn mÃ¡s consigo mismo, soltÃ³ con delicadeza el rostro de la joven y girÃ³ para tomar las riendas de Chimuelo y hacer que Ã©ste diese una vuelta de 180Â°.

-Â¿Q-quÃ© haces?- Se sobresaltÃ³ MÃ©rida, tanto por la repentina maniobra que casi la tira como por el hecho de que volvÃ-an hacia Dunbroch.

-Te llevo de vuelta.- MÃ©rida tomÃ³ a Hipo de los hombros, tirÃ¡ndolo hacia atrÃ¡s.

-Â¡No! Â¡Espera!- El castaÃ±o se mantenÃ-a firme.- No me he explicado bien. Por favor, escÃºchame.-

-Ya has dicho suficiente.- La cortÃ³ Ã©l.

-Hipo, entiende que yo estoy en la cuerda flojaâ€¦ Si tÃº me dejas o, los Dioses jamÃ¡s lo permita, te mueresâ€¦ Â¿Entonces quÃ© serÃ¡ de mÃ-, Hipo? Â¿QuÃ© harÃ© sola y asustada en Berk?- El castaÃ±o fingÃ-a no escucharla, pero en sus palabras encontraba una triste realidad. AdemÃ¡s, aÃºn debÃ-a darle la terrible noticia de que estaba comprometido. Â¡Estaba llevando a su amante a su propio hogar! Era una receta para el desastre, pero se jurÃ³ a sÃ- mismo jamÃ¡s herirla. No querÃ-a hacerlo. Ella no se merecÃ-a aquello.- Hasta que apareciste, jamÃ¡s me habÃ-a enamorado, pensÃ© que nunca encontrarÃ-a a alguien que sintiera que me completara; y, entonces, te encontrÃ©. Â¿Quieres la verdad? Estoy aterrada. Aterrada porque lo que siento es demasiado fuerte para controlarlo, aterrada porque estoy actuando de la manera mÃ¡s egoÃ-sta del mundo, aterrada porque me dirijo a un lugar casi desconocido con el chico que mi madre me prohibiÃ³ acercarme y, principalmente, aterrada porque siento que esto estÃ¡ bien a pesar de que se que es absolutamente lo contrario.- El domador de dragones suspirÃ³, con terrible tristeza cargada en su corazÃ³n, porque Ã©l se sentÃ-a de igual forma y ahora, ninguno de los dos estaba pensando racionalmente.- No nos conocemos. A penas si es que hablamos sobre nosotros. Ni si quiera sÃ© si en verdad no hay alguienâ€¦- MÃ©rida sintiÃ³ como el pÃ¡nico inundaba su garganta.-â€¦ no hay alguien esperÃ¡ndote e Berk.-

-Â¿Eso importa?- PreguntÃ³ con desilusiÃ³n el castaÃ±o.

-SÃ-, Hipo.- ConfirmÃ³ ella, con firmeza.- Importa y mucho mÃ¡s para mÃ-.- El terror se apoderÃ³ de ella.- Â¿Hay alguien, Hipo?- Quiso saber. Era hora, necesitaba decÃ-rselo. Necesitaban tomar una decisiÃ³n y eso requerÃ-a toda la verdad. A continuaciÃ³n, divisÃ³ un archipiÃ©lago a lo lejos y decidiÃ³ aterrizar ahÃ-. Hipo desmontÃ³ a Chimuelo, seguida por la ahora muy preocupada MÃ©rida.

-Hay algo que debes saber.- PronunciÃ³, mirando hacia su amada amiga, quien ahora lo observaba con los ojos inundados de ansiedad.

* * *

><p>Tormenta olfateÃ³ toda la zona. Haberlo entrenado como una rastreador habÃ-a servido mucho los Ãºltimos aÃ±os, le resultaba mÃ¡s fÃ¡cil encontrar a Hipo. HabÃ-a viajado por dos dÃ-as sin descansar,

por lo que suponÃ-a que aquel viaje que a su prometido le habrÃ-a levado semanas, ella lo habÃ-a reducido increÃ-blemente. Su dragÃ³n estaba agotado, pero tambiÃ©n estaba entusiasmado, sentÃ-a que el final del rastro no estaba lejos.<p>

-Tranquilo, amigo, estoy segura de que no anda demasiado lejos.- Por lo menos tenÃ-a un buen presentimiento, estaba casi segura de que seguÃ-a vivo. Tormenta comenzÃ³ a precipitarse, habÃ-a encontrado un rastro muy fuerte, tanto de Hipo como de Chimuelo. HabÃ-a neblina, lo que obligÃ³ a Astrid a entrecerrar los ojos para divisar su objetivo. Eran unas cuantas islas, llenas de montaÃ±as y, a lo lejos, podÃ-a divisar un castillo.- Oh, Hipo. Â¿En donde rayos te fuiste a meter?-

Ambos se acercaron a un claro, cerca de un risco del cual descendÃ-a una hermosa cascada. Todo estaba muy silencioso y presentÃ-a que algo malo habÃ-a pasado allÃ-. El sol ya iluminaba con todo fervor el cielo diurno, haciendo que un pequeÃ±o objeto se destacara por su brillo entre el cÃ©sped. CaminÃ³ con cautela hasta llegar a centÃ-metros del objeto y, sin ninguna necesidad de tomarlo, reconociÃ³ de quÃ© se trataba. Era esa piedra caliza que le habÃ-a dado a Hipo antes de uno de sus primeros viajes tan largos. Ahora la preocupaciÃ³n la sofocaba.

-Â¡Alto ahÃ-! Â¡No te muevas!- EscuchÃ³, proveniente del bosque. Al voltearse, notÃ³ a cuatro hombres con relucientes armaduras apuntÃ¡ndola con sus lanzas. Luego llegaron a sus oÃ-dos los quejidos de Tormenta, quien luego de voltearse hacia Ã©l, notÃ³ que lo habÃ-an sometido violentamente contra el suelo otros cinco hombres mÃ¡s.

-Â¡No lo lastimen!- ReclamÃ³, para luego sentir cÃ³mo las lanzas anteriores se habÃ-an aproximado aÃºn mÃ¡s a su cuerpo. LevantÃ³ las manos hacia la cabeza con lentitud, mientras observaba como trataban a su dragÃ³n con tanta rudeza.- Por favor, harÃ© lo que sea, solo no lo lastimen.- Rogaba, ahora rendida.

-TÃº vienes con nosotros.- PronunciÃ³ uno de los hombres.

-Â¿A dÃ³nde me llevarÃ¡n?- Quiso saber, antes de moverse.

-Tu destino serÃ¡ juzgado por nuestra Reina, Elinor de Dunbroch.-

* * *

><p>Hipo caminÃ³ en cÃ-rculos, muy nervioso, intentado encontrar las palabras exactas para decirle a la mujer que amaba aquello que de seguro lo harÃ-a perderla. Ni si quiera sabÃ-a quÃ© era lo que Ã©l querÃ-a, pero necesitaba decÃ-rselo, liberarse de ese peso de una vez por todas. Una vocesita en el fondo de su mente le decÃ-a a gritos que si MÃ©rida decidÃ-a perdonarlo, era hora de comenzar a tomar serias decisiones.<p>

El castaÃ±o se acercÃ³ a su amada para mirarla a los ojos. Iba a ser completamente sincero. El tiempo habÃ-a llegado de hacerse cargo de sus errores.

-Estoy comprometido.- ConfesÃ³, sin dejar de mirarla. A continuaciÃ³n, recibiÃ³ tal golpe en la cara que lo tirÃ³ al suelo. Tan rÃ¡pido que ni lo vio venir, aunque tampoco lo hubiese impedido,

pues sabÃ-a que lo tenÃ-a bien merecido.

-Â¡Lo sabÃ-a!- GritÃ³ la pelirroja.- Eres un farsante y un mentiroso.- Lo acusÃ³. Hipo fue lentamente recuperÃ¡ndose del golpe y se reincorporÃ³ mientras frotaba su mejilla. Se merecÃ-a la furia de MÃ©rida, sus golpes, sus insultos; no iba a poner oposiciÃ³n alguna.- Â¿CÃ³mo pudiste hacerme algo como esto?- Ã‰l simplemente levantÃ³ la vista, arrepentido.

-No fue mi intenciÃ³nâ€¦- ComenzÃ³.

-Â¡Tampoco la mÃ-a!- Le gritÃ³. Su respiraciÃ³n comenzÃ³ a agitarse tanto que cayÃ³ al suelo de rodillas para abrazarse a sÃ- misma con mucha fuerza.- Â¿QuÃ© diablos hice?- Susurraba para ella misma.- Mi madre tenÃ-a razÃ³n.- VolviÃ³ a decirse, cerrando los ojos y tapÃ¡ndose la cara con las manos. No querÃ-a que Ã©l la viera llorar, se sentÃ-a humillada y usada. Hipo se acercÃ³ lentamente a ella.- Â¿CÃ³mo pudiste?- Le preguntÃ³, levantando la vista hacia Ã©l y revelando que sus mejillas estaban cubiertas de lÃ¡grimas. El castaÃ±o se odiaba en aquel momento, quizÃ¡ aÃºn mÃ¡s de lo que MÃ©rida debÃ-a estar odiÃ¡ndolo. No era un buen dÃ-a, para nada.

-JamÃ¡s fue mi intenciÃ³n lastimarte.- Le dijo, observÃ¡ndola a los ojos. QuerÃ-a que ella viera que Ã©l hablaba en serio, que esta vez estaba siendo cien por ciento sincero.

-Pero lo hiciste, Hipo.- Sollozaba ella.- Me engaÃ±aste.- Lo acusÃ³.- Y yo como una tonta confesÃ¡ndote que te amaba, eligiÃ©ndote a ti en lugar de a mi propio reinoâ€¦ mi propia familia.- ContinuÃ³.- Â¿CuÃ¡l era tu plan, eh? Â¿QuÃ© habrÃ-as hecho al momento de arribar a Berk?- Ella lo mirÃ³ con ojos repletos de lÃ¡grimas.- Â¿Me habrÃ-as abandonado, no?- Hipo se animÃ³ a aproximarse a la bella princesa y se arrodillÃ³ a su lado, acortando la proximidad entre ambos.

-No, claro que no.- La pelirroja bufÃ³.- Meri, quizÃ¡ haya sido un completo estÃºpido, pero no soy un monstruo.- Ella volviÃ³ a fijar la vista en Ã©l. El domador de dragones, ya con el corazÃ³n hecho pedazos, estirÃ³ la mano para llegar al suave rostro de la joven princesa, pero fue detenida por Ã©sta al tomarlo del brazo.

-Basta, deja de intentar enmendar las cosas.- Le ordenÃ³, con tanta firmeza en su voz, que Hipo terminÃ³ por simplemente retirar su mano y alejarse del rostro de la joven.- Â¿CÃ³mo se llama?- Le preguntÃ³. El castaÃ±o suspirÃ³.

-Su nombre es Astrid.- La princesa simplemente desviÃ³ la vista. Tratar aquel asunto la destrozaba, pero necesitaba saberlo. Necesitaba odiarlo mÃ¡s para poder alejarse completamente de Ã©l.

-Â¿La amas?-VolviÃ³ a preguntar.- Y quiero la verdad.- Lo amenazÃ³.

-La amo.- RespondiÃ³ el domador de dragones. MÃ©rida tuvo que contenerse para no vomitar.- Pero no de la forma en que te amo a ti.- A pesar de que las intenciones de Hipo eran enmendar las cosas, parecÃ-a que cada muestra sincera que le demostraba empeoraba aÃºn mÃ¡s las cosas. Ã‰sta vez, MÃ©rida simplemente dejÃ³ salir un sollozo, que poco despuÃ©s fueron acompaÃ±ados por varias

lÃ¡grimas.

Lo enfermaba ver a MÃ©rida en aquel estado. Incluso sentÃ-a que le habÃ-a hecho mÃ¡s daÃ±o que su madre. Solo querÃ-a que dejase de llorar, que fuera felizâ€¦ con o sin Ã©l; asÃ- tuviera que ser devorado por dragones salvajes para verla sonreÃ-r.

Por otro lado, la confundida pelirroja solo querÃ-a que esa horrible pesadilla pasara. SabÃ-a que debÃ-a odiarlo por haberla transformado en la amante, pero su amor hacia Ã©l era demasiado y, a pesar de que solo habÃ-an estado dos dÃ-as juntos, sabÃ-a que sin Ã©l su vida serÃ-a mÃ¡s vacÃ-a y solitaria que nunca. Lo necesitaba, incluso si tenÃ-a que sacrificarlo todoâ€¦ incluso si eso significaba verlo casado y feliz con otra mujer. Con su amistad, su compaÃ±Ã-a y su cariÃ±o serÃ-a suficiente; aunque el dolor de haberlo perdido serÃ-a una carga muy triste y pesada.

-Te amo.- ConfesÃ³ Ã©l, al ver que ella no cesaba de llorar.- MÃ¡s que a nada en este mundo.- Dijo despuÃ©s. MÃ©rida levantÃ³ la vista hacia Ã©l, haciendo que sus ojos vidriosos se reflejaran en los suyos.- No quiero perderte.- Hipo se animÃ³ a extender su mano otra vez y, para su felicidad, no fue detenida. LogrÃ³ alcanzar la hÃºmeda mejilla de la pelirroja.- Meri, he sido el mÃ¡s grande idiota de todo el mundo. SÃ© que esto sonarÃ¡ como chantaje, pero te juro que estoy hablando con tanta sinceridad que duele.- Se acercÃ³ aÃºn mÃ¡s a ella.- Necesito que entiendas que nada de esto era parte de mi plan. Si hubiese podidoâ€¦ si hubiese sido mÃ¡s fuerte habrÃ-a dado media vuelta y me hubiese ido. Pero no puedo, me es imposible alejarme de ti.- La pelirroja bajÃ³ la vista, para luego volver a centrarse en Ã©l, Ã©sta vez con una mirada mucho mÃ¡s firme y gÃ©lida.

-Â¿Y quÃ© piensas hacer?- Lo desafiÃ³.- Â¿DejarÃ¡s a la pobre de Astrid solo por un capricho?-

-No eres solo un capricho, MÃ©rida.- Hipo tambiÃ©n se puso firme.- Eres mucho mÃ¡s que eso. AdemÃ¡s, no espero que lo entiendas. QuizÃ¡ sea la primera vez que tu te hayas enamorado, pero no es la mÃ-a. Estuve enamorado de Astrid por tres aÃ±os y al igual que todos en aquella maldita isla, solo me notÃ³ cuando domÃ© a Chimuelo. Tuve que volverme lo que soy hoy para que ella me aceptara. Y tÃº, sin embargo, querÃ-as que fuese yo mismo. Sin la armadura, sin la apariencia de chico maduro. La amo, es verdad, pero siento que es un amor nacido a base de apariencias. Lo que yo siento por ti es tan fuerte, que a pesar de que la soluciÃ³n mÃ¡s fÃ¡cil sea dejarte e irme con mi futura esposa, esa ni si quiera es una opciÃ³n para mÃ-.- Se tomÃ³ un momento para ver a los ojos de la pelirroja, estos se encontraban llenos de confusiÃ³n.- Desde que nos volvimos a encontrar en aquel claro, mi mente estÃ¡ buscando soluciones para mantenerte conmigo.- Hizo otra leve pausa.- No puedo separarme de ti.- A continuaciÃ³n, MÃ©rida se reincorporÃ³ lentamente y le tendiÃ³ una mano para ayudar a Hipo a levantarse. Ã‰l la tomÃ³, con cierta esperanza, solo para enfrentarse a la cruel y dura realidad.

-Entonces, si no puedes, te obligarÃ© a hacerlo.- La princesa se acercÃ³ a Chimuelo y se montÃ³ en su lomo.- LlÃ©vame a Dunbroch, es tiempo de terminar con esta tonterÃ-a.- El rostro de la princesa se mantenÃ-a fruncido, enojado con todo el mundo.

-MÃ©ridaâ€¦ por favorâ€¦- RogÃ³ Ã©l, sintiendo cÃ³mo un grito ahogado

se atascaba en su garganta.

-Hipo, no hagas mÃ¡s difÃcil esto de lo que en realidad es.- Le pidiÃ³ ella, intentando ocultar su terrible dolor.- LlÃ©vame a casa.-

* * *

><p>Elinor intentaba concentrarse, de veras lo intentaba, pero su mente se mantenÃa ocupada en su hija, que solo Dios sabÃa dÃ³nde se encontraba ahora mismo. VolviÃ³ a centrar la vista en las cartas que los Lores le habÃan enviado solicitando, una vez mÃ¡s, la uniÃ³n de la princesa con sus progenitores; incluso sabiendo que aquel trato ya no se cumplirÃa mÃ¡s por peticiÃ³n de la misma princesa.<p>

Le costaba entender por quÃ© todos aquellos hombres de sangre pura no fueron lo suficientemente buenos para llamar la atenciÃ³n de su hija y aquel vikingo salvaje logro conquistarla en cuestiÃ³n de dÃas. Los hijos de los Lores habÃan estado intentando cautivar el corazÃ³n de la princesa por aÃ±os, sin dudas aquel domador de dragones tenÃa que tener alguna prÃ¡ctica domando princesas.

-Reina Elinor.- Un caballero de la Guardia Real ingresÃ³ lentamente en la habitaciÃ³n. TraÃa noticias, se notaba en su rostro que estaba preocupado. Sin embargo, tambiÃ©n se encontraba confundido.

-Â¿CuÃ¡l es el problema?- PreguntÃ³, la ahora intrigada, Reina.

-Hemos hallado a un vikingo en el bosque.- El corazÃ³n de Elinor dio un brinco y se parÃ³ tan rÃ¡pido que sintiÃ³ una punzada en las costillas, justo en donde horas antes le habÃan aplicado el tratamiento.

-Â¿El domador?- PreguntÃ³, ya incapaz de controlar su entusiasmo.

-No, es unaâ€¦ una mujer, alteza.- Elinor estaba confundida. Â¿Por quÃ© una mujer de Berk vendrÃa a Las Tierras Altas?- TambiÃ©n venÃa en un dragÃ³n.- Eso era obvio, no habÃa barcos que vinieran ni fueran hacia a Berk.

-Traedla ante mÃ.- OrdenÃ³ y, luego de una leve reverencia, el guardia volteÃ³ para indicarle a los demÃ¡s que trajeran a la prisionera ante la Reina.

Elinor reconociÃ³ el rostro de la joven de inmediato. Se trataba de la hija de Adonio, uno de los mejores vikingos en la historia de Berk. HabÃa crecido, pero se parecÃa tanto a su madre que era casi imposible no reconocerla. No recordaba su nombre y preferÃa fingir que no la conocÃa.

-Tu nombre.- Le dijo, con firmeza y frialdad en su voz, a la joven arrodillada por la fuerza ante ella. Astrid se mantuvo serena. Callada.- He dicho: Tu nombre.- VolviÃ³ a repetir. La rubia alzÃ³ la mirada hacia la Reina, quien ahora se mantenÃa firme ante ella. Fue un acto de rebeldÃa, una pequeÃ±a venganza por el trato que habÃan tenido sus guardias con Tormenta; Astrid escupiÃ³ sobre los zapatos de la Reina, obteniendo como recompensa un buen golpe por parte de los guardias.- No se preocupenâ€¦- ComenzÃ³ la Reina.- Es tÃpico de

su especie ser salvajes y poco Ã©ticos. Animales sin sentido de lo pulcro y de lo moral.- SiguiÃ³ humillando a la vikinga.- Deja que te lo explique lentamente, pequeÃ±a bestia, pues quizÃ¡s no entiendas nuestro civilizado idioma.- Se arrodillÃ³ para quedar cara a cara con la ahora furiosa Astrid.- Dimeâ€¦ tuâ€¦ nombre.- ExigiÃ³ la Reina, recalcando cada palabra.

-Astrid.- PronunciÃ³ la vikinga, terminando por rendirse.

-Ah, entonces me comprendes. Bien, al fin tu primitiva especie logrÃ³ dar un paso hacia adelante. Â¿CuÃ¡l es tu propÃ³sito en estas islas?- La rubia no podÃ-a dejar de mirar a la Reina con todo el asco y odio que ni siquiera le habÃ-a dedicado a un dragÃ³n jamÃ¡s. Sin embargo, ponerse terca no era una opciÃ³n. Si colaboraba, quizÃ¡ evitarÃ-a que la matasen.- Â¡Tu propÃ³sito, niÃ±a!- GritÃ³ Elinor, impaciente.

-Estoy buscando a alguien.- ContestÃ³ la vikinga.

-Â¿A quiÃ©n exactamente?- Quiso saber la Reina.

-A mi prometido.- Astrid sentÃ-a un terrible dolor en el pecho por estar confesado con tanta facilidad, pero querÃ-a mantenerse viva y, si Hipo ya se habÃ-a ido o habÃ-a sido capturado, quizÃ¡ pudiese saberlo a travÃ©s de la Reina.- Su nombre es Hipo Horrendo Abadejo III. Vino a estas islas por un motivo que desconozco, simplemente estoy en su bÃºsqueda. Mi intenciÃ³n no es ninguna mÃ¡s que encontrarlo.- Elinor no podÃ-a creer lo que escuchaba. TenÃ-a ante ella a la futura esposa del hombre que huyÃ³ con su hija. Los sentimientos y las ideas invadieron su cuerpo, haciendo que tuviese que darle la espalda a la joven para que no notase que sonreÃ-a de gusto. Si MÃ©rida y el vikingo se dirigÃ-an hacia Berk, entonces Hipo sabrÃ-a que Astrid habÃ-a ido en su bÃºsqueda y, para su deleite, tendrÃ-a que volver a Dunbroch. AdemÃ¡s, conociendo a su hija, lo acompaÃ±arÃ-a. Gracias a la estupidez de Astrid no solo obtendrÃ-a la captura de aquel vikingo traidor, sino que tambiÃ©n recuperarÃ-a a su hija.

-LlÃ©venla a los calabozos. EnciÃ©rrenla en el mÃ¡s oscuro y seguro de todos. Nadie mÃ¡s que yo y su guardia de celda serÃ¡n capaces de verla. Maten al dragÃ³n, ahÃ³guenlo y luego quÃ-tenle las escamas, vuelvan al bosque y desparrÃ¡melas por allÃ-. Dejen su aroma en todos lados. Ã‰l tiene que saber que ella se encuentra aquÃ-.- Astrid miraba a la sombrÃ-a mujer horrizada y no tardÃ³ en empezar a gritar piedad por su dragÃ³n, pero fue acallada debido a un terrible golpe detrÃ¡s de la nuca que la dejÃ³ inconsciente en el acto.

* * *

><p>El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y las islas de las Tierras Altas se alzaban sobre el mar imponiendo su lugar en el paisaje. Hipo mantenÃ-a su vista en las islas, mÃ¡s precisamente en la isla de Dunbroch, en donde dejarÃ-a a la mujer que mÃ¡s amaba quizÃ¡s para siempre. La joven princesa miraba hacia el horizonte, melancÃ³lica debido a que su libertad se habÃ-a ido con dos simples palabras: "Estoy comprometido" resonaba por su cabeza una y otra vez. Se habÃ-a enamorado de un hombre que ya tenÃ-a dueÃ±a y, a pesar de que lo seguÃ-a amando, no serÃ-a capaz de hacerle daÃ±o a alguien que ni si quiera conocÃ-a. No era justo, no era correcto y no era lo que deseaba.<p>

-SujÃ©tate, vamos a aterrizar.- InformÃ³ el jinete con la tristeza cortÃ¡ndole la garganta.

Chimuelo descendiÃ³ con facilidad y delicadeza, haciendo que MÃ©rida ni si quiera tuviese la necesidad de aferrarse a Hipoâ€¦ o si quiera tocarlo. Una vez en tierra firme, la princesa desmontÃ³ al dragÃ³n y se dispuso a irse al castillo. El castaÃ±o bajÃ³ del lomo de su amigo con rapidez para tomar a la princesa del brazo y detener su marcha.

-Â¿Piensas irte sin despedirte?- Le preguntÃ³, sin Ã¡nimos.

-No te mereces mÃ¡s que mi odio Hipo Horrendo Abadejo.- ComenzÃ³ la princesa, haciendo que el castaÃ±o desviase la mirada hacia el suelo, avergonzado.- Sin embargo, es imposible ignorar mis sentimientos y eso es lo que me aterra. A pesar de que me quiero convencer a mi misma de que te desprecio, sÃ© que sigo amÃ¡ndote y por eso tengo que irme antes de que cambie de decisiÃ³n.- Los ojos de Hipo de nublaron de alegrÃ-aâ€¦ aÃºn habÃ-a esperanzas. Ella lo seguÃ-a amando.- AsÃ- que no quiero despedidas cursis, ni abrazos, ni llantosâ€¦ ni besos. Simplemente quiero irme y terminar todo esta locura justÃ³ aquÃ-, donde empezÃ³. Solo quiero que quede una cosa clara antes de marcharme: TÃº y yo no somos nada, ni si quiera amigos. AsÃ- que no tienes ninguna razÃ³n para regresar aquÃ- jamÃ¡s. Al igual que yo lo hago contigo, hazme el favor de desaparecer para siempre de mi vida. No necesito una razÃ³n mÃ¡s para llorar.- FinalizÃ³ la pelirroja.

-Meriâ€¦- BalbuceÃ³ el domador de dragones.

-Princesa MÃ©rida de Dunbroch.- Lo corrigiÃ³.- Hasta nunca, Hipo.- TerminÃ³ por decir, antes de caminar con rapidez hacia el bosque y, una vez dentro de Ã©ste, comenzar a correr frenÃ©ticamente.

Hipo, por otro lado, cayÃ³ de rodillas al suelo, sin poder evitar que algunas lÃ¡grimas de completa furia se le escaparan. GolpeÃ³ el suelo tantas veces y tan salvajemente, que podÃ-a escuchar sus nudillos rompiÃ©ndose entre cada golpe. Se odiaba. Ã‰l mismo habÃ-a ocasionado lo que no querÃ-a: HabÃ-a vuelto a perder a MÃ©rida.

Chimuelo se arrojÃ³ sobre Ã©l para evitar que se lastimase aÃºn peor, pero solo logrÃ³ que su dueÃ±o liberase un grito ahogado y desgarrador antes de seguir desquitÃ¡ndose con el suelo. Al cabo de algunos segundos, las energÃ-as se le agotaron y, a pesar de que querÃ-a correr en bÃºsqueda de la pelirroja, se subiÃ³ con pesadez al lomo de su dragÃ³n y le ordenÃ³ a Ã©ste tomar rumbo hacia Berk.

Se habÃ-a terminado. No habÃ-a nada mÃ¡s que hacer. DebÃ-a renunciar a ella, despuÃ©s de todo, sabÃ-a que estarÃ-a mejor sin Ã©l.

Peroâ€¦ Â¿CÃ³mo vivirÃ-a Ã©l sin ella?

* * *

><p><em>Â¡Un saludo a todos y nos leemos en el prÃ³ximo capÃ-tulo!<em>

Â¿Reviews? :3

9. CapÃtulo 8: Complicaciones

**Si, lo sÃ© lo sÃ©... Me he tardado una eternidad. Pero en fin, me fui de vacaciones a las hermosas playas de Brasil, por lo que NO IBA A ESCRIBIR ALLÃ•. Es decir, amo escribir, pero no para desperdiciar un dÃa de sol y arena... **

**Antes del CapÃtulo, quiero que sepan que voy a cambiar un poco la historia de Hipo y su Ã©pica pelea con Drago, no voy a dar Spoilers (Del Fic, de la pelÃcula es probable que sÃ los dÃ©), pero tengo planes de cambiar drÃ¡sticamente algunas cosas. Â¿Por quÃ©? Pues verÃ¡s... porque es mi Fic y al final de cuentas hago lo que quiera :D **

**Ahora sÃ, disfrutad y espero que la flojera no me venza y el prÃ³ximo capÃtulo venga mÃ¡s pronto... **

-CapÃtulo 8: Complicaciones-

Berk se alzaba con un aura oscura, solitaria. Chimuelo resoplaba de cansancio debido a la larga travesÃa que habÃan hecho ambos desde Dunbroch hasta su hogar sin descansar en ningÃºn momento. Se notaba que su jinete estaba huyendo de algo o, para ser mÃ¡s precisos, de alguien. SÃ, estaba huyendo de aquella princesa pelirroja que habÃa conquistado su corazÃ³n y luego lo habÃa roto en miles de pedazos.

No debÃa llorar por mÃ¡s que quisiera desahogarse. Llegar a Berk con los ojos rojos y vidriosos no era una opciÃ³n ya que su padre se preocuparÃa y, ademÃ¡s, lo verÃan como un idiota que llora por una mujer siendo que puede tener a todas las que Ã©l quisiera en Berk. Esa era la realidad y era algo vergonzoso pensar que la Ãºnica mujer con la que Ã©l deseaba estar, no estaba a su alcance. QuizÃ¡ lo estuvo en algÃºn momento, pero ya no mÃ¡s.

-Todas las que yo quisieraâ€¦- Se dijo, en voz baja, con aire desalentador. Era verdad, desde que se habÃa vuelto un domador de dragones, las mujeres estaban muy interesadas en Ã©l. Sin embargo allÃ estaba Astrid para detenerlas a todas antes de que pudieran siquiera intentar cualquier cosa.

Astrid. Ese nombre le dio tal punzada en el pecho que tuvo que llevarse una mano a Ã©ste para asegurarse de que su corazÃ³n siguiera latiendo. La habÃa engaÃ±ado, en todo el sentido de la palabra. A pesar de que Ã©l intentara encontrarle una razÃ³n o una explicaciÃ³n a este hecho, la triste verdad es que habÃa convertido a MÃ©rida en su amante y a Astrid en una prometida con cuernos. Â¿Desde cuÃ¡ndo era tan cÃnico? No querÃa lastimar a nadie, simplemente se comportÃ³ de manera infantil al dejarse llevar por los impulsos de su corazÃ³n. Amaba a Astrid, eso era seguro, pero no era aquel amor pasional que sentÃa por MÃ©rida. Entonces, Â¿quÃ© era aquello que sentÃa? Â¿Por quÃ© estaba tan confundido? De repente, todo lo que habÃa construido parecÃa vacÃo y sin sentido. Encontrar a MÃ©rida fue una de las mejores y una de las peores cosas que habÃa hecho jamÃ¡s.

Su cabeza estaba completamente desordenada, ya no se entendÃa a sÃ mismo. El joven seguro de sÃ ahora necesitaba encontrarse de nuevo. Una vez creyÃ³ que salir de Berk despejarÃa sus pensamientos, pero

todo habÃ-a salido al revÃ©s. Si tan solo se hubiese quedadoâ€¦ sin tan solo no hubiese hecho oÃ-dos sordos a las advertencias de su prometida.

Necesitaba reorganizar su vida, comenzar de cero. Hacer las cosas bien de una vez por todas.

Su llegada a Berk no fue como Ã©l lo esperaba. No habÃ-a nadie en las calles y todos los dragones parecÃ-an haber desaparecido por alguna razÃ³n. El silencio reinaba las calles y no era excusa suficiente decir que el sol reciÃ©n comenzaba a alzarse. Los vikingos comenzaban el dÃ-a realmente temprano y, tanta soledad, no era un buen indicio.

-Â¡Hipo!- Una voz masculina y ronca lo llamaba. Al desmontar a Chimuelo y quitarse el casco, pudo notar mejor la silueta de Patapez corriendo hacia Ã©l. Alarmado, apresurÃ³ el paso hasta llegar frente a su amigo.

-Patapez.- Dijo Ã©l.- Â¿QuÃ© ocurre?- El rubio necesitÃ³ un minuto para reponerse de su ardua carrera.

-Esâ€¦ es Astrid.- PronunciÃ³, solo para congelar la sangre del jinete del Furia Nocturna.- No estÃ¡ por ningÃºn lado.-

* * *

><p>-No querÃ-a decir esto, pero yo te lo advertÃ-.- ExclamÃ³ Elinor mientras que observaba a su hija observar hacia el horizonte desde la ventana de su habitaciÃ³n. Ya habÃ-an pasado dos semanas desde su emotivo regreso. Hubo lÃ¡grimas, gritos, abrazos, reconciliacionesâ€¦ solo para dejar el asunto en un terrible olvido, que quizÃ¡ emporarÃ-an las cosas en algÃºn futuro. MÃ©rida insistÃ-a en que Hipo era inocente, pero su madre se habÃ-a encargado tan bien de hacer que todo el Reino le temiese al domador de dragones, que incluso ella comenzaba a dudar sobre Ã©l. No creÃ-a que fuese capaz de asesinar a inocentes, como estipulaban algunos, pero sÃ- lo creÃ-a capaz de haber jugado con sus ingenuos sentimientos para su propia satisfacciÃ³n.<p>

-Â¿Por quÃ© es tanta la crueldad de los hombres, madre?- PreguntÃ³ ella en un alarido del alma. AÃºn estaba muy afectada, pero fingÃ-a delante de todos los demÃ¡s, excepto de su madre. No querÃ-a que la vieran asÃ- de dÃ©bil ni que la creyesen una ingenua, por lo que ante su pueblo se mostraba firme y desalmada, como si todo aquello hubiese sido un acto de valentÃ-a al escapar de las manos de aquel vikingo tan peligroso del que todo el mundo hablaba.

-No todos los hombres son asÃ-, hija. No culpes a todos por los actos del vikingo. AÃºn no puedo creer que nos hayas dado la espalda por aquel desalmado. Â¿QuÃ© hemos hecho mal al criarte?- MÃ©rida resoplÃ³, allÃ- iba de nuevo.

-MamÃ¡, ya te he dicho que no lo sÃ©.- BufÃ³.- Es que tÃº no lo entiendesâ€¦- ComenzÃ³, intentando contener los alaridos.- Yo jamÃ¡s me he enamorado yâ€¦ al fin habÃ-a llegado a sentir algo.-

-SÃ-, de la mejor persona que pudiste encontrar.- La interrumpiÃ³ ella, de manera sarcÃ¡stica.

-Â¡MamÃ¡!- ReprochÃ³ MÃ©rida.- Â¿CÃ³mo quieres que te lo explique si siguen interrumpiÃ©ndome?- Elinor suspirÃ³ y le mostrÃ³ un gesto de disculpas, indicÃ¡ndole que siguiera adelante. La pelirroja suspirÃ³.- No estoy segura si lo que sentÃ-a era amorâ€¦ pero era algo, mamÃ¡. Y hubiera significado mucho para mÃ- si me hubieses apoyado.- La Reina suspirÃ³, intentando no ceder ante las provocaciones de su hija.- AsÃ- como tÃº me has llenado de preguntas y yo te he respondido Ãºnicamente con verdades, me gustarÃ-a que tÃº me digieras la verdadera razÃ³n por la que los odias tanto.-

-No existe una razÃ³n, hija.- ComenzÃ³ la Reina.

-Â¡Si la hay!- MÃ©rida apretÃ³ los puÃ±os y golpeÃ³ la mesa sobre a cuÃ¡l su madre tejÃ-a.- Â¡Nadie puede odiar sin ninguna razÃ³n!- InhalÃ³ profundamente para relajarse.- Y no me digas que "velabas por mi seguridad".- La imitÃ³.- SÃ© que esa no era la verdadera razÃ³n.- Elinor le sostuvo la mirada desafiante de su hija, que era interrumpida por algunos mechones de cabello ondulado.

-Â¿Quieres saber la verdadera razÃ³n? Bien, MÃ©rida.- La Reina dejÃ³ a un lado el hilo y la aguja para recobrar la compostura en su asiento.- El dÃ-a en que nos marchamos de Berk, las Tierras Altas estaban en medio de una terrible guerra. Tu padre, como el gran lÃ-der que estaba destinado a ser, uniÃ³ a los clanes para pelear contra un solo enemigo en comÃºn y, asÃ-, es como lo declararon su Rey.-

-Esa historia ya me la sÃ©.- ReplicÃ³ MÃ©rida con desagrado. Elinor simplemente hizo oÃ-dos sordos a su comentario y se levantÃ³ de su asiento para deambular por la habitaciÃ³n.

-El contacto entre tu padre y Estoico continuÃ³ por los aÃ±os sin ninguna interrupciÃ³n. Tu padre estaba decidido a mantener su amistad con el lÃ-der del clan, a pesar de mis advertencias. En secreto, le brindÃ³ informaciÃ³n preciada sobre nuestras tropas, nuestra ubicaciÃ³n estratÃ©gicaâ€¦ asuntos militares. Claro que tu padre no lo hizo a propÃ³sito, simplemente conversaban.- La Reina observÃ³ hacia el horizonte, punto desde el cual habÃ-a estado observando su hija minutos atrÃ¡s.- LlegÃ³ una Flota desde Berk. Eran miles. Tomaron la ciudad desprevenida y gracias a Dios nosotras y tus hermanos nos encontrÃ¡bamos en Alta Mar. Â¿Lo recuerdas?- MÃ©rida solo habrÃ-a tenido quince aÃ±os en aquel entonces. HabÃ-an ido a una isla remota por peticiÃ³n de la misma Princesa. Su regalo de cumpleaÃ±os.- Estoico no fue quien enviÃ³ a la flota, pero el Ãºnico que tenÃ-a suficiente informaciÃ³n como para realizar aquel ataque tan organizado era Ã©l. QuizÃ¡ vendiÃ³ la informaciÃ³n, quizÃ¡ alguien se la robÃ³â€¦ pero a partir de aquel dÃ-a los vikingos dejaron de ser nuestros amigos. Nos lo quitaron todo y mÃ¡s. Familias enteras destruidas, Mer. Tu padre no pasÃ³ por alto el asunto y pidiÃ³ justicia por mano de Estoico. Sin embargo, en vez de castigar a los atacantes, Estoico simplemente volteÃ³ la mirada, excusÃ¡ndose al decirâ€¦ "Son vikingos, no hay nada que hacer".- MÃ©rida no podÃ-a creer lo que escuchaba. Â¿Por quÃ© jamÃ¡s habÃ-a oÃ-do de aquello?- Lo llamamos el DÃ-a de la TraiciÃ³n y no hay persona en este Reino que desee recordarlo. El tema se ha vuelto casi prohibido, recordado como el dÃ-a de la vergÃ¼enza del Rey.- VolteÃ³ para observar a su hija.- AsÃ- como yo no entiendo algunas cosasâ€¦ tu jamÃ¡s entenderÃ¡s Ã©sta. Si la hija del Rey se enamora del hijo del lÃ-der de los Vikingos, serÃ-a una de las peores traiciones y vergÃ¼enzas que jamÃ¡s ha ocurrido.- La joven princesa se mantenÃ-a pensativa, un

poco adolorida por lo que su madre acababa de contarle.

-Hipo no serÃ-a capaz de lastimarme.- Elinor arqueÃ³ una ceja.

-Â¿QuÃ© acaso no lo ha hecho ya?- MÃ©rida levantÃ³ la vista hacia su madre y se mordiÃ³ el labio inferior. Era impresionante el amor que sentÃ-a por aquel joven, luego de escuchar una horrorosa historia de su gente y, aÃºn asÃ-, desear su cercanÃ-a.

-El repudio que le tengo al muchacho no es por Ã©l, aunque ahora al verte tan herida mi desprecio hacia Ã©l ha aumentado; mi verdadero problema es con su padre y con los vikingos. Los odio por lo que nos hicieron y me odio a mÃ- misma por haber estado lejos en aquella isla aquel dÃ-a tan oscuro.- La pelirroja puso los ojos en blanco.

-Debes tener cuidado, madre. Tanto odio te harÃ¡ daÃ±o.- Elinor suspirÃ³.

-MÃ©rida, Ã©l no te merece. Ni si quiera estoy segura de que si algÃºn hombre en esta Tierra lo haga.- TomÃ³ a su hija con delicadeza desde el mentÃ³n.- Tu inocencia y dulzura, a pesar de que intentes ocultarlas tras esa fachada de niÃ±a ruda, te hacen demasiado vulnerableâ€¦ pero al mismo tiempo Ãºnica.- SuspirÃ³.- El dolor que sentÃ- al verte partir con aquel vikingo no se compara con nada que haya sentido jamÃ¡s.-

-Â¿Y si lo amo, madre?- Elinor contuvo el aliento, intentando no desmayarse.

-Entonces nos esperan dÃ-as oscuros.- ConfesÃ³, con cierto temor en su voz.

-No sabes lo feliz que serÃ-a si me apoyaras. Si intentaras conocerlo, madre.- SuplicÃ³ la joven princesa.

-Â¿Y luego quÃ©? Â¿Piensas casarte con Ã©l? Â¿Vivir felices para siempre?- PreguntÃ³ con ironÃ-a la Reina.- MÃ©rida, Ã©l estÃ¡ comprometido y, como si eso fuera poco, tiene responsabilidades en Berkâ€¦ Al igual que tÃº las tienes aquÃ-.- La pelirroja suspirÃ³ con tristeza ante la dura realidad.- Hija mÃ-a, debes entender, una historia entre tÃº y el vikingo es completamente absurdo.- MÃ©rida bajÃ³ la mirada, inundada por la tristeza y la soledad. Cuando sintiÃ³ que la primera lÃ¡grima resbalÃ³ por su mejilla, supo que era momento de la retirada.

* * *

><p>Las Islas Calavera habÃ-an resultado ser perfectas para reunir a sus tropas. Todo iba viento en popa y esperaba atacar Berk mucho antes de lo previsto. Drago mirÃ³ hacia el cielo, el cual se habÃ-a tornado gris debido a la prÃ³xima tormenta, e inhalÃ³ profundamente. El aire ya olÃ-a a victoria.<p>

-Â¡Drago!- GritÃ³, una voz conocidaâ€¦ una que no deseaba oÃ-r en mucho tiempo. Era ese bueno para nada que habÃ-a contratado aquella trÃ¡gica noche en que decidiÃ³ hacerlo. HabÃ-a cazado cantidades considerables de dragones en sus inicios, aunque ahora su rendimiento habÃ-a bajado penosamente. Al girarse para ver a Eret, se encontrÃ³ con que venÃ-a acompaÃ±ado con un grupo de jÃ³venes jinetes de

dragones. Un gordito sin mucha gracia, dos gemelos de caras largas y un fornido muchacho con cara de niÃ±o.- Â¿QuÃ© te dije? No solo he capturado varios dragones hoy, sino que tambiÃ©n te he traÃdo a estos jinetes de Berk. Estaban merodeando por las Islas Heladas y pudimos someterlos.- AlardeÃ³. Drago sonriÃ³ ante la noticia.

-Â¿Son todos? No se te habrÃ¡ escapado ningunoâ€¦ Â¿o sÃ?- PronunciÃ³ Drago con su profunda y tenebrosa voz.

-Â¡Oh claro que nâ€¦- Quiso decir Eret.

-Â¡Oh claro que sÃ!- Lo interrumpiÃ³ Brutilda, cegada por el atractivo del joven.- Y se le escapÃ³ de las manos a nada mÃ¡s ni nada menos que al prÃ³ximo lÃder de Berk.- ConfesÃ³ entre risas.

-Â¡El vendrÃ¡ a salvarnos en su temible Furia Nocturna!- Lo desafiÃ³ Patapez, para luego arrepentirse debido a la furia explayada en los ojos del malvado.

-TenÃas al chicoâ€¦ Â¡Â¿Y lo dejaste escapar?!- GritÃ³, furioso, hacia Eret. Ã‰ste Ãºltimo no supo cÃ³mo reaccionar.- Â¡Idiota! Â¡Bastardo! Â¡Bueno para nada!- Los insultos parecÃan salir solos de su boca.- Â¡PodÃa haber sido Rey ahora mismo si no hubiese sido por tu completa imprudencia!- Los guardias no necesitaron mÃ¡s para apresar a todos los reciÃ©n llegados, Eret entre ellos.- Al calabozoâ€¦ dÃ©jenlos pudriÃ©ndose allÃ.- El joven cazador de dragones suplicaba clemencia, pero su lÃder no estaba interesado en sus lloriqueos. DebÃa seguir con su plan.

* * *

><p>MÃ©rida habÃa llorado demasiado por Hipo. Ya no querÃa seguir llorando, pero las lÃ¡grimas no paraban de escabullirse de sus ojos. Cansada de golpear su espada contra los mÃ¡stiles de madera que eran parte de su cama, decidiÃ³ esconderse de la servidumbre del castillo y de todo lo demÃ¡s. Y no habÃa lugar mÃ¡s oscuro y desolado que los calabozos del castillo.<p>

Debido a que nadie nunca era apresado y, si lo eran los llevaban a un calabozo fuera de la ciudad, ese lugar se mantenÃa completamente vacÃo casi todo el aÃ±o, salvo en las festividades, en donde uno o mÃ¡s de dos borrachos eran llevados allÃ abajo para afrontar su ebriedad.

La joven princesa se sorprendiÃ³ al encontrar dos guardias en las puertas que llevaban al ya mencionado lugar. Su curiosidad, como siempre impecable, la llevÃ³ a acercÃ¡rseles y preguntarles quiÃ©n yacÃa allÃ abajo. La sola menciÃ³n de la palabra "vikingo" hizo que el corazÃ³n de MÃ©rida diese un brinco. Â¿Su madre habÃa logrado capturar a Hipo? Â¿Era Ã©l quiÃ©n estaba allÃ abajo, muriendo de sed y hambre, mientras que ella dormÃa con tranquilidad en sus aposentos? El terror la sacÃ³ de aquel trance depresivo en el que Hipo la habÃa dejado.

Con unas cuantas mentiras y unas sonrisas coquetas, MÃ©rida logrÃ³ pasar la seguridad con facilidad. La Guardia Real no mandaba a sus mejores hombres a vigilar puertas, por lo que estaba segura que si lo de "bella princesa" no funcionaba, tan solo con sacar su arco los habrÃa hecho moverse.

La pelirroja bajÃ³ las hÃºmedas escaleras a toda prisa haciendo que, ya en los Ãºltimos cinco escalones, sus torpes pies tropezaran y dieran origen a una queja por su falta de coordinaciÃ³n.

-Â¿Hay alguien ahÃ-?- La sorpresa fue inminente. Aquella era una voz femenina quien la llamaba desde las celdas. Nuevamente impulsada por la curiosidad, la princesa se armÃ³ de valor y, con arco en mano, avanzÃ³ por la oscuridad hasta llegar a la Ãºltima celda, en donde un par de ojos celestes la miraban con tristeza.- Â¡Por favor, debes ayudarme!- Suplicaba, una joven rubia muy hermosa, aunque con apariencia amenazante.

-Â¿Por quÃ© deberÃ-a?- PreguntÃ³ MÃ©rida, aÃºn sin confiar en la desconocida.

-Me han capturado y encerrado aquÃ- sin ninguna razÃ³n.- ConfesÃ³.- Â¡Necesito saber cÃ³mo estÃ¡ mi dragÃ³n!- Suplicaba, al borde de las lÃ¡grimas. Era una vikinga, obviamente de Berk. Â¿QuÃ© harÃ-a ella encerrada en los calabozos del Palacio de Dunbroch?- Por favorâ€¦ ayÃºdame.- A pesar de que querÃ-a actuar con frialdad ante la desconocida, aquellas sÃºplicas ablandaron el corazÃ³n de la joven, haciendo que guardara su arco y estirara sus manos para tomar las de la joven.

-EstÃ¡s helada.- ComentÃ³.- Te traerÃ© algo de comida y abrigo, luego me ocuparÃ© de tu dragÃ³n.- Los ojos de la rubia se nublaron de gratitud, incapaz de decir nada, simplemente de observar a la joven del cabello extraÃ±o con una enorme sonrisa y lÃ¡grimas en los ojos. Al fin un rostro amable.

MÃ©rida corriÃ³ en busca de provisiones y volviÃ³ con la pobre chica lo mÃ¡s rÃ¡pido que pudo. Los guardias cuestionaron quÃ© llevaba dentro de los bolsos y esta vez, sin mÃ¡s paciencia, les advirtiÃ³ a punta de flecha que si se entrometÃ-an en su camino o comentaban algo de aquello a su madre, una flecha y un arco serÃ-an sus menores problemas.

-Listo.- Dijo la princesa, mientras pasaba por entre las rejas la comida, una cantimplora con tÃ© caliente y un buen conjunto de sÃ¡banas.

-No sabes cÃ³mo te lo agradezco.- Se sincerÃ³ la rubia.- Todos han sido tan violentos conmigo sin ninguna razÃ³n.- MÃ©rida se extraÃ±Ã³ al escuchar esto. Era obvio cÃ³mo reaccionarÃ-an los habitantes de Dunbroch ante una vikinga despuÃ©s de lo que habÃ-a pasado, pero quizÃ¡ no todos los vikingos se sabÃ-an la historia. DespuÃ©s de todo ella era la princesa de aquel lugar y tampoco se la sabÃ-a. Pero no eran momentos para dar explicaciones, debÃ-a ayudar a la muchacha.

-Â¿QuiÃ©n te ha encarcelado aquÃ-?- Quiso saber, a pesar de que la respuesta era completamente obvia.

-La Reina Elinor o algo asÃ-â€¦- Le agradaba el estilo de aquella chica, le recordaba mucho a ella misma.- No lo sÃ©, lo Ãºnico que tengo claro ahora mismo es que estÃ¡ completamente loca.- MÃ©rida sonriÃ³.

-SÃ-, mi madre puede ser muy dramÃ¡tica con ciertas cosas.- El rostro

de la rubia se tornÃ³ aÃºn mÃ¡s pÃ¡lido de lo que ya se encontraba.

-Y-yoâ€¦- ComenzÃ³, elaborando una disculpa razonable en su cabeza. MÃ©rida se echÃ³ a reÃ-r.

-No tienes que decir nadaâ€¦ estÃ¡ bien.- SuspirÃ³ y se sentÃ³ sobre el hÃºmedo suelo.- Te entiendo perfectamente.-

-Â¿Ella tambiÃ©n te mantiene cautiva?- Le preguntÃ³ la joven vikinga, mientras que se sentaba a su lado, solo que con unos fuertes barrotes de por medio.

-Algo asÃ-.- ConfesÃ³ la princesa, algo triste. La rubia hizo una mueca.

-Bueno, ya somos dos.- SoltÃ³ una leve risita, intentando subirle los Ã¡nimos a su salvadora.

-Tranquila, te ayudarÃ© a salir de aquÃ-.- Dijo MÃ©rida, mal interpretando sus palabras.

-Oh, noâ€¦ no intentaba decir eso.- La rubia agitÃ³ sus manos; no querÃ-a obligarla a hacer nada que ella no quisiera, aunque salir de ese horrible calabozo no sonaba nada mal. MÃ©rida sonriÃ³.

-Lo harÃ© de todas formas. Te creo, sÃ© que estÃ¡s aquÃ- injustamente y por eso mismo te ayudarÃ© a escapar. Soloâ€¦ debes darme algo de tiempo. Tengo que averiguar dÃ³nde estÃ¡n las llaves de las celdas y luego ir por ellas. No creo que sea la parte mÃ¡s difÃ-cil, pero me llevarÃ¡ un dÃ-a por lo menos.- La vikinga riÃ³ ante el entusiasmo de la princesa.

-Ya he estado aquÃ- demasiado tiempo. Nunca hay luz aquÃ- por lo que no sÃ© cuÃ¡ntos dÃ-as han pasadoâ€¦ pero el tiempo ha sido eterno.- MÃ©rida se sorprendiÃ³ al pensar que la Ãºnica posibilidad de que la hubiesen capturado sin que ella lo viese, habrÃ-a sido en el dÃ-a que ella se fugÃ³ junto a Hipo. Por lo tanto, la muchacha habÃ-a estado en el calabozo durante semanas. Su pena hacia ella se volviÃ³ inmensa.- SÃ© que al ayudarme a escapar estÃ¡s haciendo demasiado por alguien que ni si quiera conocesâ€¦ pero significarÃ-a mucho para mÃ- si volvieras de vez en cuando. Eres el primer rostro que veo en dÃ-as y no tienes idea lo hermoso que es volver a sentirse acompaÃ±ada. Incluso me dan la comida por un sistema de poleas y no por guardias. Me he sentido muy sola aquÃ-.- La princesa estirÃ³ la mano y la pasÃ³ por las rejas, solo para darle unos golpecitos cÃ¡lidos sobre el frÃ-o dorso de la mano de la vikinga.

-CrÃ©eme, a mÃ- tambiÃ©n me hace falta un respiro del mundo superior. Volver aquÃ- no serÃ¡ un problema.- La rubia sonriÃ³.

-Â¡MÃ©rida! Â¿DÃ³nde estÃ¡s, cariÃ±o?- Los gritos lejanos de su madre la sobresaltaron. Si la descubrÃ-a allÃ- abajo, solo empeorarÃ-an las cosas para la muchacha.

-Debo irme.- Dijo, juntando los cuencos vacÃ-os y corriendo apresuradamente escaleras arriba. Cuando estaba por abrir la puerta, mirÃ³ hacia abajo para ver a la joven vikinga, aÃºn dentro de la celda.- Por cierto, me llamo MÃ©rida.- Se presentÃ³, con media sonrisa.

-Es un gusto, MÃ©rida. Yo soy Astrid.-

* * *

><p><em>Bueno, en fin. Un poco corto, pero es para lo que me da la cabeza a estas horas u.u<em>

_Me voy de viaje nuevamente y no quiero dejarlos sin capÃ-tulo... Pero esta vez me voy con el portatil. _

_De Ã©sta manera podrÃ© escribir. _

_Â¡Nuevamente muchas gracias pro su apoyo! _

_Sin ustedes esta historia se habrÃ-a atascado hace mucho tiempo. _

Â¿Me demuestras tu cariÃ±o con un Reviwe?

XOXO

End
file.